

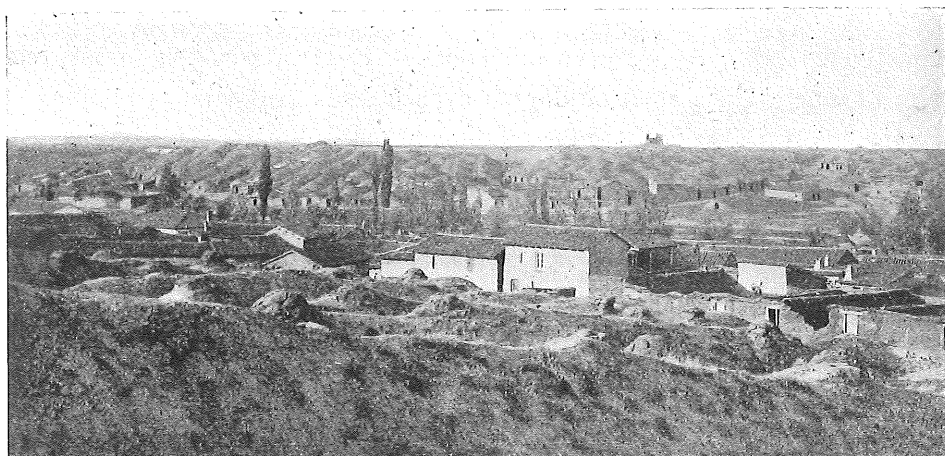
Para la Biblioteca de la
Escuela Superior de Arquitectura
Segundo Torres Balbás
22.XII-1941-

no 2.213

LA VIVIENDA POPULAR EN ESPAÑA

POR

LEOPOLDO TORRES BALBÁS



Valdebimbre (León)

Clisé de Fernández Balbuena

ADVERTENCIA

EMPRENDER el estudio de conjunto de la vivienda popular en España parecerá, sin duda, labor prematura. Como para el conocimiento de otros muchos aspectos de nuestra civilización y de nuestro genio, faltan, para el de éste, una serie numerosa de detalladas monografías regionales y locales sin las que es aventuradísimo acometer el análisis de las construcciones populares con algunas pretensiones de rigor científico. Poseemos trabajos utilizables, parciales y monográficos, de las de varias comarcas: Vascongadas, Navarra, Cataluña; y de diferentes tipos de albergues elementales: las *pallazas* del Cebrero, las *barracas* levantinas, las cuevas habitadas, las chozas jurdanas y los abrigos de piedras sueltas de Levante. Aprovechando cumplidamente tales estudios, rastreando otros datos por publicaciones de índole muy varia, y utilizando en no pequeña proporción nuestros apuntes y recuerdos de viajero por gran parte de la España rural, en un tiempo, que ya va pareciendo remoto, en el que no existían aún las líneas de autobuses que hoy se extienden por casi todas las carreteras, se han redactado estas páginas. Prematuramente desg-

jadas de un trabajo hace años iniciado que exigiría aún una larga gestación, su único objeto es el de dar un avance de la arquitectura popular en España, recopilando casi todo lo publicado hasta el día sobre esa materia, facilitando así la labor de los futuros estudiosos, y formando tan sólo como un andamiaje provisional que sirva de preparación al más sólido y fuerte que el día de mañana ayude a construir el sugestivo tema de la vivienda humilde española.

El cabal y profundo conocimiento de la tierra, de los hombres y de sus hogares, no es cosa fácil ni que se consiga rápidamente; ninguno de ellos nos librará su secreto sino después de una larga convivencia y un íntimo trato. Tan sólo sabiendo palmo a palmo una comarca podremos definirla como región natural; únicamente mezclándonos con los menestrales y campesinos, viviendo algo de su propia vida, evitaremos el natural recelo con que responden siempre a gentes para ellos extranjeras y que les acucian con curiosidades inexplicables; si no conocemos las necesidades del labriego y del obrero, sus usos y formas de vivir, si no les hemos contemplado en las diarias y vulgares faenas de su existencia, mal podremos explicarnos la disposición y arte de sus hogares.

Hay en las páginas que siguen mucho de los demás y muy poco nuestro. En los capítulos dedicados a la vivienda *montañesa* y a la castellana son en los que el autor ha puesto más labor personal; en los que se habla de las viviendas alcarreñas, de las manchegas, de las de la Alpujarra, de las andaluzas y de las del valle bajo del Ebro, hay también notas, fruto de nuestra observación. Lo demás es material de acarreo, que no pocas veces se ha reproducido copiando literalmente lo aprovechado, causa tal vez de falta de armonía entre las diversas monografías que integran estas páginas. Pero ya queda dicho que no se trata, ni en el intento ni en la realización, de hacer una obra lograda, sino de acumular una serie de materiales, lo más detallados y exactos que ha sido posible, para dar idea de la variedad, riqueza e interés de nuestras viviendas populares, y para que puedan servir de punto de partida a los estudios monográficos que algún día permitan realizar el general de conjunto esbozado a continuación.

Además de lo incompletos de algunos de los capítulos de este estudio, a causa de la falta de información, se echará de menos la ausencia total de numerosos tipos de viviendas humildes que hay sin duda en la España rural y de los cuales no tenemos noticia alguna, o de los que existen tan sólo brevísimas y fragmentarias. No tratamos de inventariarlos todos, pero sí



Una calle en Candeleda (Avila)

creemos no haber prescindido de ninguno de los esenciales y característicos; los analizados pueden dar una idea bastante cabal de la vivienda popular en España.

No todos aparecen estudiados con igual extensión, ni ésta es siempre proporcionada a su importancia: la generación de las páginas siguientes puede justificarlo. Describense extensamente las viviendas de las regiones que han sido directamente estudiadas por nosotros y las de aquellas otras de las que hemos podido conseguir numerosos datos—publicados o inéditos—; de algunas no nos fué posible suplir la falta de información que de ellas existe, por lo que aparecen breve y fragmentariamente señaladas.

Por ello esta labor de recopilación y sistematización de la arquitectura popular española puede decirse que estaba inédita. Tan sólo don Vicente Lampérez, en su última obra, “Arquitectura civil española de los siglos I al XVIII” (32) insertó algunas—pocas—páginas, dedicadas al tema. En 1923 nosotros presentamos a un concurso para el premio Charro-Hidalgo, convocado por el Ateneo de Madrid con el tema “La arquitectura popular en las distintas regiones de España”, una memoria que fué premiada; completada y ampliada constituye el presente trabajo. Antes, autorizado para ello, la utilizó ampliamente don Fernando García Mercadal, para la publicación de su libro, interesante y desordenado, “La casa popular en España” (33).

De los varios puntos de vista bajo los cuales puede estudiarse la vivienda popular, nosotros, por razón de oficio y de afición, hemos dado importancia, sobre todo, al arquitectónico. Pero el estudio de las viviendas populares no puede separarse del de las condiciones geográficas del lugar en el que se hallan emplazadas, es decir, de su medio físico. Cuanto más primitivos y elementales son los albergues humanos, tanto más dependen de él, por lo que, a esta arquitectura de los humildes, se le ha llamado natural. La civilización es, en parte considerable, una lucha incesante por liberarse del vasallaje de la naturaleza. Justifícase, pues, que hayamos dado gran importancia a la descripción geográfica de las comarcas en las que están situadas las viviendas populares, como medio de comprender bien éstas, y que dediquemos también alguna atención a las condiciones de la vida humana, factor que, con el físico, influye en grado superlativo en el arte de los hogares campesinos. Al ser la Geografía ciencia ajena a nuestros estudios, aunque no a nuestras aficiones, hemos tenido que acudir para

(32) Tomo primero, “Arquitectura privada, MCMXXII”, Madrid, págs. 65 a 101.

(33) Primera edición, Bilbao, Madrid, Barcelona, 1930.

esas partes descriptivas del medio a trabajos ajenos y entre ellos, principalmente, a algunos de los señores Dantín Cereceda, Hernández Pacheco y Hoyos Sáinz.

Los españoles apenas nos hemos comenzado a ocupar de recoger el caudal enorme de este mundo extraño, oscuro y desdeñado, descubierto por el siglo XIX, de las formas populares, ni menos de archivar en museos, al modo como se hace en otros países, el aspecto y mobiliario de las viviendas aldeanas de las distintas regiones, antes de que desaparezcan por completo, perdiéndose tan capitales documentos humanos, reveladores cual ningunos otros del íntimo espíritu de la raza. En la radical y rápida transformación de la vida a la que estamos asistiendo, los antiguos tipos de viviendas populares, tan diferenciados, tienden a desaparecer. De aquí la urgencia de su estudio. Triunfa la uniformidad por todas partes y se va imponiendo, de modo fatal, la vivienda tipo. Quede registrado en estas páginas, que son una mirada de simpatía aguzada sobre tantas aldeas amenazadas, un ejemplo de esa divina variedad, inactual y anacrónica.

Los arquitectos de hoy gustamos de olvidar a veces el enorme caudal de formas y sugerencias eruditas que nos muestra la historia artística por la contemplación de las creaciones anónimas del arte popular que “encarnan—ha dicho don Manuel B. Cossío—los últimos y más hondos elementos, aquellos datos primitivos del alma de la multitud, que por esto se llaman naturales”. Para bastantes gentes, entre las que no faltan técnicos y eruditos, la arquitectura popular no tiene existencia: acostumbrados a las formas ricas, complejas y llamativas, fruto de una larga elaboración, de iglesias, castillos, palacios y aun de las viviendas burguesas, no saben ver la arquitectura en su forma elemental y primitiva, próxima todavía a su fuente y fin primordial de proporcionar un techo que cobije al hombre. Y, sin embargo, en muchas de estas construcciones que parecen anodinas, vulgares, humildes, suele estar el verdadero espíritu de un pueblo, o, por lo menos, un aspecto de él. La casa, ha dicho Spengler, es la expresión más pura que existe de la raza, factor netamente ligado al hombre.

Un estudio de la índole del presente exige como complemento una copiosa información gráfica; a ella hemos dedicado preferente atención, procurando que fuese lo más completa posible. Por elementales y primitivas que sean las formas artísticas estudiadas, la palabra no puede suplir nunca la superior demostración del documento gráfico. Tan sólo con examinar rápidamente las fotografías y dibujos que se acompañan, se comprenderá la complejidad de nuestro suelo, el aspecto árido y mediterráneo de casi toda

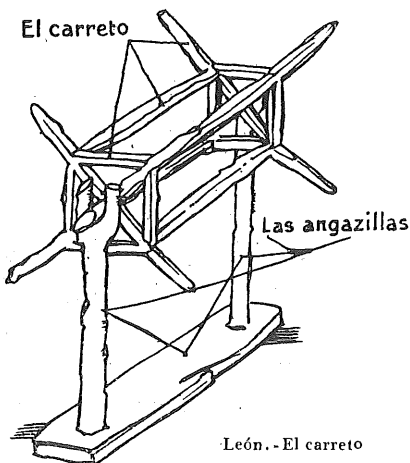
la Península y la escasa atención prestada por la mayoría de nuestros labriegos y menestrales a la comodidad y belleza de sus hogares.

Apenas se ha iniciado en España una campaña para el mejoramiento de la vivienda rural (34). Pocas de tanta urgencia y necesidad, si queremos que las gentes queden unidas a las tierras que labran y no vayan creciendo desmesuradamente las grandes ciudades a costa de los campos cercanos, cada día más desiertos. Para esta labor es de absoluta necesidad conocer el estado de nuestras viviendas rurales.

Estas páginas que, repetimos, son tan sólo síntesis prematura y en agraz, escritas a título provisional, cumplirán con su cometido si consiguen excitar el interés de gentes enteradas de la vida rural en las distintas regiones españolas para que la den a conocer. La vivienda constituye uno de sus aspectos, probablemente el más significativo. En el campo y entre los humildes queda hoy, tal vez, la parte más sana y vigorosa de la raza, la que conserva las antiguas virtudes de nuestra grandeza, las raíces de la patria que ya se van secando: "la simplicidad, la fortaleza, el sufrimiento largo y silencioso bajo severas apariencias" (35). No se podrá remover a España mientras todas esas gentes hoy olvidadas que viven como hace siglos no se incorporen a nuestra existencia moderna.

(34) Hace pocos años se creó, por el negociado de Acción social agraria del Ministerio del Trabajo, una comisión para el estudio del mejoramiento de la vivienda rural.

(35) Azorín, "Un hidalgo".





Cortijo de «Mateo Pablo»

Sevilla

I

CONCEPTO, GÉNESIS Y CLASIFICACIÓN DE LA ARQUITECTURA POPULAR ESPAÑOLA

BOSQUEJO DE UN CONCEPTO GEOGRÁFICO DE ESPAÑA.—Nuestra patria es país de extraordinaria complejidad geográfica y humana. Es, ante todo, un país de montañas y mesetas, tajadas y esculpidas por la erosión fluvial, presentando por todas partes las huellas de un alto y reciente levantamiento. Escasas son sus grandes llanuras o depresiones (fosa tectónica del Ebro, depresión del Guadalquivir). La altitud y disposición del relieve son causa de una extraordinaria variedad dentro de la unidad geográfica peninsular. La gran fatalidad geográfica de España—ha dicho Vidal de la Blache—, es la extrema dificultad de comunicaciones entre sus diversas comarcas; es también la nuestra tierra ingrata, en su mayor parte, que exige del hombre gran cantidad de intenso trabajo y muchas privaciones.

“Parece la Península un bloque continental que estuviese solicitado por dos fuerzas antagónicas que, en sentido opuesto, trataran de inclinar sus accidentes geográficos, unas veces hacia el norte, siguiendo la tendencia de inclinación a que obedecen los estratos del continente europeo, otras veces hacia el sur, en sentido inverso, existiendo entre ambas un plano neutral en el que es nula la solicitud en uno u otro sentido. No es posible señalar dón-

de se separan estas dos tendencias, porque tal plano aparece colocado en la submeseta norte, cubierta por espesos mantos terciarios y cuaternarios" (36).

"Considerada en su conjunto, la Península Ibérica forma como un escudo que se eleva rápidamente en sus bordes, a partir de las costas, que son con frecuencia ásperas y escarpadas. Alrededor de un antiguo y extenso macizo, cuya edad data de los últimos tiempos del paleozóico, se adosan zonas deprimidas, que encuadran al viejo núcleo peninsular, depresiones que, a su vez, están limitadas a la periferia o bordes costeros por zonas de montañas cuya elevación se produjo como consecuencia de los grandes plegamientos alpinos de edad terciaria.

"Podemos, por lo tanto, considerar en la Península los siguientes elementos geográficos:

"*Primero:* El viejo *núcleo peninsular o macizo central ibérico*, integrado por los territorios centrales de España, que se extienden desde las bajas laderas leonesas de la cordillera cantábrica hasta el pie de la Sierra Morena y su prolongación hasta la orla mesozoica del Algarve, y desde la base occidental de los montes ibérico-levantinos hasta la costa atlántica de la región galaico-duriense.

"*Segundo:* Las montañas que bordean el macizo: cordillera cantábrica y zona de los montes ibérico-levantinos.

"*Tercero:* Depresiones exteriores al macizo ibérico: fosas del mar cantábrico, depresión aragonesa, plana costera mediterránea, depresión bética, depresión lusitana.

"*Cuarto:* Montañas exteriores al macizo central ibérico: Pirineo, cadena costera catalana, cordillera bética, cadena costera atlántico-portuguesa" (37).

Esta constitución es causa de que la "Península reúna caracteres tan complejos y variados como no se presentan en país alguno del globo a igualdad de extensión superficial" (38), estando integrada por regiones heterogéneas geográfica, étnica y socialmente. Para muchas gentes no es posible hablar de un alma española como expresión colectiva de nuestra nación" (39).

(36) Dantín Cereceda.

(37) Hernández Pacheco.

(38) Hernández Pacheco.

(39) "El término general *España*, conveniente para geógrafos y políticos, parece hecho para despistar al viajero, pues sería muy difícil afirmar una cosa por sencilla que fuese de España o de los españoles que pudiera ser aplicable a todas sus heterogéneas partes" (Ricardo

En dos grandes divisiones pueden sintetizarse, atendiendo principalmente a los factores geográfico y humano, las cuatro anteriormente enunciadas: un núcleo central constituido por las tierras interiores, mesetas elevadas y comarcas montuosas, pobres, aisladas, de difícil acceso, de clima extremoso y desigual, conservando celosamente sus tradiciones, viviendo aún hoy, a excepción de las poblaciones importantes, la misma vida de hace siglos, y las regiones periféricas de las orillas del Mediterráneo y del Atlántico, con los valles bajos de los grandes ríos, de clima suave y rica vegetación, abiertos desde remotos tiempos, por su fácil acceso y fertilidad, a la influencia civilizadora de los pueblos extranjeros (40).

“Por tierra, son los Pirineos barrera de Europa, que empieza en ellos más bien que Africa. España no es, acaso, ni Africa ni Europa, sino tierra de nadie y de todos, terreno neutral donde han chocado numerosas y antagónicas civilizaciones, escenario épico de razas y pueblos lanzados unos contra otros, en lucha milenaria, que aun prosigue, por el Pirineo y por el Atlas, siempre irreconciliables, mirándose, retadores, desde sus crestas, por encima del mar, de las estepas y de los montes ibéricos. Este combate entre norte y sur se repite hasta en los vientos, que, cuando son cierzo o frío soplo septentrional, repueblan continuamente de arbolado las umbrías de las montañas, y cuando son ábrego o ardiente ráfaga del mediodía, pariente próximo del siroco, rara vez recubren la desnudez pedregosa producida en las solanas por las bárbaras talas codiciosas de los hombres” (41).

Ford, “Cosas de España”, “El país de lo imprevisto”, traducción directa del inglés, Tomo I, Madrid, 1922). “Se engañan los que buscan un *ethnos hispanicum*, y más todavía un alma española como expresión colectiva de la Península Ibérica. Diferencia de caracteres, costumbres diversas, estados de civilización muy diferenciados, llamaron ya la atención de los más antiguos geógrafos e historiadores, y actualmente, el arqueólogo descubre una variedad asombrosa y desconcertante en los objetos que salen a luz en las excavaciones que hacen revivir la primitiva civilización prerromana” (J. Puig Cadafalch, “*L'Architecture en Espagne*”). “El concepto de unidad nacional, entre nosotros a lo menos, aparece de antiguo como una simple fórmula de servidumbre y explotación. Nuestra unidad fué impuesta una y otra vez, bajo romanos, bajo godos y bajo árabes, para regular las operaciones del fisco. El pueblo español quizá no tuvo concepto nacional hasta los tiempos modernos, y ciertamente no le tiene aun cumplido. Una España como ideal colectivo, siquiera en deseo, tal vez no existió nunca, pues a través de opresores y gobernantes que forjaron su historia política y sus linderos, percibimos siempre de región en región, al elemento rebelde y esquivo, desorganizado, pero siguiendo firme un camino, quizá sin variación desde los tiempos más remotos, y según los rumbos que su genio de raza le impone” (Gómez Moreno, “Iglesias mozárabes”).

(40) “En el sentido más amplio, puede observarse una distinción general entre periferia y centro, distinción que ya vieron los antiguos geógrafos e historiadores; un anillo de fertilidad, de lozanía, de pulpa, envolviendo un hueso descarnado; con algún oasis en los valles, entre las cordilleras o en la margen de algún río (Miguel S. Oliver, “La Psicología del pueblo español”).

(41) Luis Araquistáin, “En los Pirineos de Aragón, I—Ansó” (Folleto en el diario *El Sol*). Hay un cierto paralelismo geográfico entre las tierras situadas a ambos lados del Estrecho de Gibraltar, entre las costas marroquíes y las andaluzas, entre las mesetas altas al pie

LA VIVIENDA, EL MEDIO GEOGRÁFICO Y LA REGIÓN NATURAL. — Las moradas humanas están condicionadas en gran parte por los factores naturales. Puede ello afirmarse aún de las viviendas ciudadanas, a pesar de la facilidad de comunicaciones, del internacionalismo social, de las modas y de la tendencia al uniformismo que actualmente contribuye a igualarlas en el mundo entero, privándolas de sus caracteres diferenciales; pero donde se comprueba el hecho con evidencia irrecusable es en las viviendas humildes de campos y aldeas, obras que, como más primitivas y elementales, están menos emancipadas de la servidumbre del medio geográfico, que dirige, no arrastra: la tierra influye en el hombre, pero éste a su vez, reacciona transformando aquélla, modificando más o menos profundamente el medio en su provecho. La casa popular, pues, no es un producto exclusivamente geográfico ni puramente humano; sus formas llevan impresa la marca del medio geográfico y del factor humano; no depende sólo de la herencia o sólo del medio, sino de ambos a la vez.

La arquitectura doméstica es, en las sociedades primitivas, casi un producto natural del suelo y del clima, obra colectiva, salida de la misma vida, que recurre a los materiales más próximos y los emplea apenas sin transformar. Sus progresos civilizadores representan cada vez una mayor reacción contra la naturaleza, libertándose del condicionalismo extremo a que estuvo sometida. Así ocupan áreas geográficas distintas las casas de piedra y las de tierra; vemos inclinarse más o menos las cubiertas según sea región de abundantes nieves o de escasas lluvias; abrirse las viviendas por huecos numerosos en los climas templados y cerrarse casi por completo al exterior cuando el clima es de fríos extremados, reflejando en suma cómo el poder del medio geográfico actúa sobre ellas. Son especialmente la casa rural y la aislada las que muestran mejor las características de esta dependencia.

Las condiciones geográficas, naturales y humanas y las viviendas populares están, pues, tan íntimamente relacionadas y trabadas, dependen en tal forma las unas de las otras, que no podremos analizar las últimas prescindiendo de las primeras. Por ello el estudio de las viviendas constituye una de las partes de la ciencia modernamente llamada geografía humana, dedicada al estudio de los fenómenos geográficos, en los cuales participa la actividad del hombre, grupo complejo de hechos infinitamente variables y variados, englobados en el cuadro de la geografía física,

del Atlas y las castellanas. La mayor parte del suelo español — la porción seca — es más mediterránea y africana que europea.

pero que tienen siempre el carácter, fácilmente discernible, de afectar más o menos directamente al ser humano (42).

• Las viviendas urbanas, como queda dicho, van uniformándose en el mundo entero, perdiendo las características que antes las diferenciaban. Las humildes de campos y aldeas, en cambio, varían notablemente de unas a otras comarcas. En las rurales existe un tipo de casa de tradición secular, que se ha venido repitiendo desde fecha remota, al cual todas obedecen en mayor o menor grado, presentando caracteres comunes, lo que no entraña nunca identidad de ejemplares: materiales idénticos, empleados de la misma manera, igual disposición y reparto, el mismo aspecto. Desde hace siglos, cuando un labrador o un menestral de un lugar apartado tiene que levantar su casa, la hace según los procedimientos tradicionales, repetidos a través de innumerables generaciones. Esta permanencia dista mucho de ser caprichosa: es el resultado de una experiencia remota que ha demostrado las ventajas de las disposiciones y procedimientos adoptados. Surge así la gran diversidad de tipos de viviendas populares que se encuentran en todas las naciones.

✓ El análisis de estos tipos y la comparación entre los de las diversas comarcas, nos enseña que se condicionan y diferencian por una porción de factores, siendo los fundamentales: el relieve del territorio en el que se hallan, o sea su suelo, comprendiendo tanto su forma como su constitución; el clima; la vegetación (agricultura); la fauna; el hombre y las características de la vida social, es decir, los factores del medio físico y humano que integran el concepto moderno y complejísimo, de viva realidad geográfica, de región natural, regido por dos grandes principios: el de correspondencia mutua entre los elementos que entran a componerla y el de coordinación entre las variantes sucesivas de un elemento mismo. De esos factores, los fundamentales y preponderantes son: el relieve, el clima y el hombre; los demás quedan en estrictas relaciones de dependencia y acomodo con éstos (43). La región natural es la unidad perdurable para todo el reparto en el espacio del hombre y de sus obras y actividades naturales, porque está basada en las realidades de tierra, clima y producciones y en la existencia propia de una raza o pueblo con tradiciones y actividades peculiares.

La condición del hombre ejerce más intensa presión en este as-

(42) "*La Géographie humaine*", par Jean Brunhes, deuxième édition, París, 1912.

(43) "Ensayo acerca de las regiones naturales de España", por J. Dantín Cereceda, Tomo I (Museo Pedagógico Nacional), Madrid, 1922.

pecto, que las características de raza, nación, clase social y época. Influye directamente sobre él por el género de su trabajo, por sus herramientas, por los recursos naturales, por los animales que le ayudan a vivir, por su misma alimentación. La vida pastoril y la agrícola, la urbana y la campesina, la del labrador y la del marino, la del insular y la del continental, no son intercambiables: el armazón de cada una de ellas es fuerte y constante y es, tal vez, lo que se mantiene más sólidamente a través de los siglos (43 bis).

Las regiones naturales, enormemente complejas, no tienen linderos que se ajusten a una realidad bien definida, en la que tierra, vida y hombre coincidan (44). Sus límites, en muchos casos, son imprecisos, no líneas tajantes, sino anchas zonas de bordes difusos, tanto más desvanecidos cuanto más natural sea la región misma, pasándose por gradaciones casi insensibles de unas a otras. Así la región del Bierzo, entre Galicia y la llanura de León, es una verdadera zona de atenuación y de transición en la que se percibe todavía la influencia mediterránea, tanto en lo referente a las características geográficas como a la vivienda popular. Y aun analizando a fondo una región natural que creamos bien limitada, encontraremos en sus distintas partes, a veces entre dos aldeas próximas, matices y gradaciones que se prestan a la subdivisión de aquélla. De aquí lo delicado de la determinación del tránsito de unas a otras regiones naturales.

El condicionamiento de la vivienda popular y secular a la región natural, no supone la coincidencia absoluta de los límites relativos de ambas, sino que debe entenderse en un amplio sentido. "Cuando se llega a conocer un poco una realidad cualquiera, se convence uno de la dificultad de someterla a una sistematización determinada." La arquitectura popular es un hecho muy complejo y diferenciado que, a más de las causas citadas, le afectan a veces, aunque siempre en menor grado y de manera más accidental, otras puramente locales que caen fuera de la visión de conjunto de la región natural. Así la proximidad de un río, el paso de un camino muy transitado, un cultivo especial practicado en una pequeña zona, pueden influir sobre la vivienda y crear modalidades diferentes del tipo de la región natural en que se hallen. Los procesos históricos también actúan sobre la vivienda: invasiones, guerras y colonizaciones dejan frecuentemente su huella en ella.

(43 bis) *Art populaire*, travaux artistiques et scientifiques du premier Congrès International des Arts populaires, Prague, MDCCCXXVIII. Tome I, Paris, Introduction par M. Henri Focillon, p. XI.

(44) Hoyos Sáinz.

CONCEPTO Y LÍMITES DE LA ARQUITECTURA POPULAR. — La arquitectura popular, más que otra manifestación artística cualquiera, por ser utilitaria, local y adaptada al modo de vivir familiar, constituye, con el lenguaje, uno de los signos más distintivos de la nacionalidad, una pura creación del medio. En sus obras no queda nada al capricho o al azar; edifican con los recursos del país, según procedimientos seculares, sin influencia exótica alguna. En ellas hay que buscar, y no en iglesias, castillos y palacios, el fondo indígena y milenar del alma colectiva. Están trazadas arbitrariamente, sin preocupación, con ignorancia; poseen el encanto de lo espontáneo y sencillo, de lo concebido sin esfuerzo y trazado sin dolor. “Cuando se necesita una dependencia, se agrega buenamente al cuerpo de edificio ya construido, allí donde convenga, sin acordarse de nada, de ningún modelo, de ningún estilo, de ningún siglo” (45). En esta arquitectura popular llena de vida desaparece todo lo que pue-



El chozo de Prado Puerto (Avila)

de haber de personal y caprichoso en la de los llamados “estilos históricos”. Es función de sus materiales y de su destino, lo que la aproxima a las tendencias arquitectónicas más modernas.

Tales viviendas, profundamente unidas al suelo, al clima y al paisaje, moldeadas por estos factores, hallan en dependencia inmediata del medio, perfectamente adaptadas a él, siendo verdaderos precipitados geográficos, resultado de una “transformación, en la que el suelo proporciona la primera materia y el hombre la actividad transformadora. Hay un tercer factor, que es el que pone en contacto ambos elementos: es la necesidad y sin él no se produciría el precipitado geográfico” (46).

En las ciudades renuévanse las casas con frecuencia; en las aldeas y en

(45) Gustavo Fernández Balbuena.

(46) Urabayen.

los campos, las viviendas humildes suelen durar hasta que sus materiales se disgregan por efecto de la vejez. Las construcciones populares más antiguas no alcanzan más allá de quinientos o seiscientos años, que es el límite máximo que puede perdurar su pobre construcción.

Característica de la arquitectura popular es la permanencia de sus formas, independientes de modas, pasajeras, y estilos, que son por esencia lujo y, por lo tanto, extraños a la pobreza, por la que aquélla principia. No es que el pueblo ame la eliminación del lujo: es que no puede usarlo. El lenguaje arquitectónico que adopta debe, para ser comprendido, ser sencillo. La belleza abstracta y puramente estética de una columna, el efecto decorativo de un friso, no están al alcance de su inteligencia. Dicha permanencia es consecuencia obligada del clima, de los materiales y de las características humanas. Pueden variar éstas, pero siempre perdurarán las condiciones físicas que hacen tan cerrada la casa de la España septentrional y tan distintas las viviendas de los altos páramos castellanos, barridos por el cierzo helado, de las de las ricas vegas andaluzas, soleadas y rientes (47). La casa del labrador se conserva, en cuanto a la idea, inmutable a través de todas las transformaciones de la arquitectura que se verifican junto a ella.

Tampoco el concepto de lo popular lleva implícita la idea de primitivismo, aunque con frecuencia suelen coincidir. Primitivo es lo no elaborado, lo que está en los comienzos de su desarrollo por razón de juventud o por haberse fijado en ese primer grado evolutivo. Primitivas son las viviendas troglodíticas, los abrigo de piedras sueltas, las chozas y barracas. No lo son, en cambio, entre otros muchos ejemplos que pudieran citarse, los caseríos vascos, los cortijos andaluces, las viviendas *montañesas*, frutos seculares, todos ellos, de un lento trabajo de adaptación y depuración.

Al ser España un país esencialmente agrícola, las viviendas populares, rurales en su inmensa mayoría, responden en su distribución interior a satisfacer del mejor modo posible las necesidades que el trabajo del campo impone. "El aldeano utiliza los elementos de arquitectura que ve en sus andanzas, según su limitada necesidad del momento, sin apurar los temas ni desarrollarlos de un modo completo, según es ley entre los técnicos del arte; acabada la función asignada a un elemento arquitectónico, no hay por qué continuar abusando de éste" (48).

(47) García Mercadal, obra citada.

(48) Gustavo Fernández Balbuena.

La valoración del arte popular alcanza pocas veces un ponderado equilibrio. Forrer veía tan sólo en él una forma inferior del universal, un arte urbano retrasado y pasado de moda, descendido desde su nivel de origen hasta una tosquedad rústica. Para Haberlandt es una rama secundaria de la corriente de la producción artística nacional.

Otros sienten por él veneración religiosa y ser popular equivale para ellos a ser sagrado y bello *a priori*, atribuyendo al pueblo un poder creador fresco e infatigable, de matiz primordial; el ser producto de un espíritu subconsciente abona su infalibilidad. Para algunos, en cambio, es casi nada más que pretérito inalterado, estancado, inmóvil; el entusiasta de lo castizo, un alma torpe e ingénua (49), el creacionismo de lo popular, un mito: el pueblo no crea nada o crea muy poco y sólo se apropia de las creaciones eruditas que, cayendo donde no hay historia ni, por lo tanto, cambio, donde no hay corrientes, sino ondas estacionarias, únicamente sufren la alteración del uso, del roce, del desgaste. Pero de ellas nada sale: han perdido su virtud germinativa, la posibilidad de toda evolución, que les da un carácter definitivo, que es a la vez lo que nos lo muestra bello y perfecto. Probablemente, es falsa esa pretendida inmovilidad del arte y, sobre todo, de la arquitectura popular; lo que pasa es que su evolución es lentísima. “Perpetuidad—la del arte popular, ha escrito Cossío—no estática, sino evolutiva, aunque de tan mansa evolución como el lento cambio de la naturaleza”. No hay que hacer de él ni un mito de intangible belleza y sabiduría, ni suponerlo producto inferior y bastardo, negando por completo su originalidad. Es, sencillamente, obra humana, natural, colectiva y humilde de la que podemos deducir una profunda lección de disciplina y armonía, provechosa siempre, pero más todavía cuando la arquitectura culta se pierde en divagaciones abstractas y se complica en retorcimientos ilógicos de formas.

A veces el concepto de arquitectura popular—y ello ha sido frecuente en los últimos años entre nosotros—se ha extendido mucho. Forman parte de ella tan sólo las edificaciones levantadas por las gentes humildes, por hombres como aquel de *afán*, del que nos hablan las “Generaciones y semblanzas”, “que no tenía sino una azada e un asno con que mantenía a sí e a su muger e a sus hijos”, emigrante de la Castilla de Enrique III por que-

(49) Respecto de los trajes populares, ha dicho Ortega y Gasset, en el prólogo de “Tipos y trajes de España”, por J. Ortiz Echagüe, Bilbao, Madrid, Barcelona, 1930, que no son ni más ni menos modas que los usados por las aristocracias. La única diferencia consiste en que el *tempo* de variación, de *modificación*, es mucho más lento en el pueblo”.

rer hacérsele pagar impuestos como a los labradores ricos. Hogares de menestrales y labradores, desde las chozas más miserables y las cuevas excavadas en arcilla hasta los grandes caseríos vascos, y aquellas otras construcciones elementales, como hórreos y molinos, son obras también esencialmente populares.

No ignoramos que este estudio hubiera tenido mayor visualidad y prestancia de haber penetrado en el atractivo y frondoso campo de las arquitecturas regionales, y que el análisis de las viviendas burguesas y de los palacios, nos hubiera permitido llenar muchas páginas, acompañadas de numerosos dibujos y de pintorescas fotografías. Pero ni las casonas *montañesas*, ni los *pazos* gallegos, ni las viviendas aragonesas con *luna*, alero tallado y galería de ladrillo, ni muchas *masías* catalanas, son obras de arte popular. En algunas de ellas tropezamos con temas elaborados por el pueblo, pero sus formas son, sobre todo, degeneraciones de las cultas y eruditas aportadas por los llamados estilos históricos y nunca resultado de una depuración de las populares; consecuencias últimas de aquéllas, no refinamiento y elevación de éstas.

No admitiendo en las páginas siguientes más que lo estrictamente popular, claro es que las que en ellas se presentan son obras de un arte humilde, pobre y austero, lo que no las hace menos interesantes, pues son como la célula originaria que, por transformaciones, lentas, seculares, adquiriendo cada vez más complejidad, da origen a los grandes edificios que llenan la historia de la arquitectura.

Arquitectura y arte populares son propios de humildes o de refinados: "sólo hablan y se entregan al pueblo mismo, de cuyo espíritu subconsciente, sin saberlo y sin quererlo, manan; a los hogares donde, en la hora de trabajo y en las fiestas, tienen su familiar y perdurable convivencia, o al ingenio sutil y aleccionado que logra percibir con agudeza, tras de la sencillez y aun la barbarie de asuntos y de formas, de materiales y de procedimientos, la serena armonía de aquella labor caudalosa de siglos y de razas; la mística belleza de las creaciones populares" (50). Arquitectura y arte populares se forman y viven, ignorantes de sí mismos, en los medios elementales y aldeanos, en las sociedades que no han alcanzado un grado avanzado de evolución. La erudición desdeña su fantasía primitiva, clara sencilla, ingenua, modesta, sobre todo abnegada, sin pretenciosos alardes

(50) (Manuel B. Cossío) "Elogio del Arte popular, Bordados populares y encajes, Exposición", Madrid, mayo, MCMXIII. A esas páginas pertenecen también algunos de los conceptos y palabras que se glosan a continuación.

de originalidad innovadora; su patrimonio común, por todos conservado y aumentado y al que ninguno deja de prestar amorosa obediencia. Y de ese fondo popular lo extraen un día espíritus ahitos de culteranismo, de conceptismo, y de retorcimientos, fatigados por un falso y flojo refinamiento, para refrescar y rejuvenecer, con la serena armonía de su caudaloso y secular acerbo, la arquitectura y el arte eruditos, agotados en subjetivismos caprichosos, disonancias y aberraciones.

EL ARQUITECTO POPULAR. — El artista popular crea tan sólo a base de lo que conoce. La vida sentimental tiene para él escasa importancia, por lo que se encuentran en sus creaciones muy pocas ideas subjetivas personales. La forma de su experiencia plástica, es generalmente un “standard” de las necesidades del pueblo. Rechaza todo lo incomprendible e inutilizable; su arte no se eleva a causa de ello, arraigado a esta base sólida y tradicional. El arte popular no se siente impulsado hacia la semejanza, cuando se inspira en la naturaleza. El pueblo construye todo empíricamente, trabajando directamente el material, sin corrección posible, sin plano, sin premeditación de concepto. A pesar de ello, el genio colectivo popular posee infinitos medios de expresión, de un grado plástico inferior ciertamente, para que el conjunto de sus creaciones pueda ser considerado como arte e inspirar, a su vez, otros. La actividad creadora popular se mueve en un ciclo cerrado, sus límites le imposibilitan, a pesar de las tentativas románticas, el elevarse a la categoría de arte nacional (51).



Cuevas en Benimamet (Valencia)

(51) *Art populaire, travaux artistiques...*, Tome I, Paris. Des principes constructifs et logiques du génie artistique populaire, par M. le Prof. Joseph Vydra.

Las viviendas populares más elementales, chozas, cabañas, barracas, constrúyelas el que las va a habitar, lo mismo que las casas de muchos lugares y aldeas pequeñas y apartadas. Hoy encuéntrase obreros especializados en casi todos los pueblos; hace unos cuantos años era difícil hallar un albañil o un carpintero fuera de las villas. Pero los aldeanos tenían su banco de carpintero y sus herramientas; sabían asimismo construir muros de tapial o de mampostería, levantar una armadura, retejar. Cada cual labrábase su propio hogar y éste era por ello obra de verdadero amor. Cada cual edificaba atendiendo principalmente a sus necesidades y a sus gustos personales, con los materiales del país, no resultando nunca dos casas completamente iguales: todas tenían su personalidad, su alma. Eran obras espontáneas en las que, a falta de otros conocimientos, había que echar mano de la ingeniosidad, de la habilidad y del esfuerzo; obras humildes de las gentes que trabajan y penan en silencio a lo largo de los años y de los siglos, de la "masa anónima, paciente, incansable... formadora de pueblos, plasmadora de civilizaciones, corriente eterna a lo largo del tiempo, hacia lo ideal" (52).

— El arte de construir la propia vivienda se transmitía de generación en generación, a través de los siglos. Ninguno ignoraba a qué vientos debían abrirse los huecos, dónde convenía poner la cocina para que resultase abrigada, cuál era el mejor sitio para colocar el carro y los aperos de labranza. Si un temperamento de mayor receptividad artística que la mayoría, impresionado por detalles o disposiciones vistos en obras de más pretensiones, procuraba trasladarlos a su vivienda, no comprendiéndolos bien, tendía a simplificarles en un estilo bastante duro, muy lejano del original y aquella obra, a su vez, inspirando a otros artistas primitivos, iba pasando de mano en mano, cada vez más distante de su forma primaria. Todas las casas así construídas tenían una fisonomía propia, nos hablaban con palabras distintas, pues en cada una de ellas, su arquitecto y dueño había puesto algo de sí mismo.

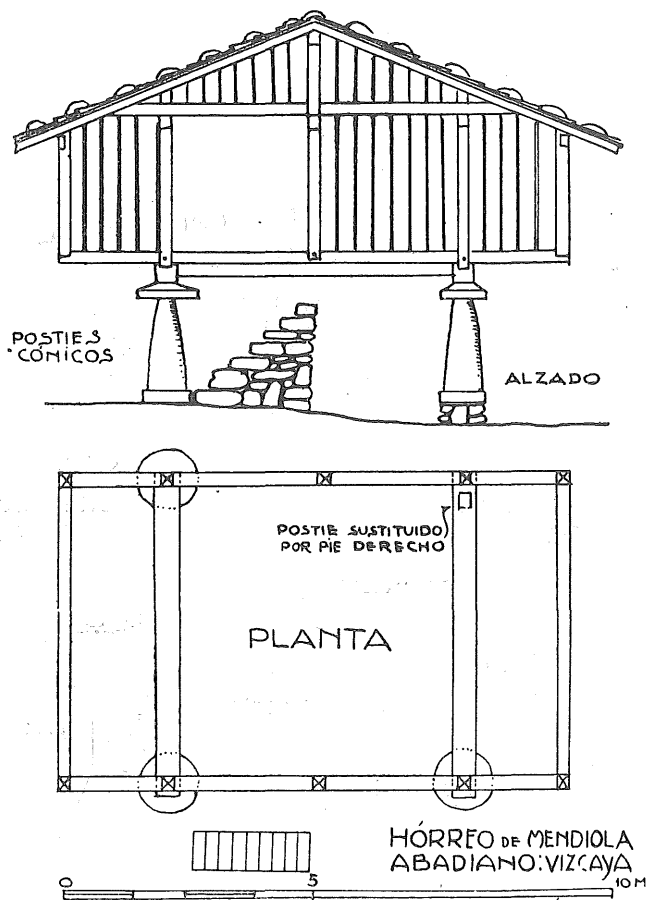
Si algún artista existía en los pueblos, era hombre de talento innato y cuyo gusto decorativo se había desarrollado al contacto con la naturaleza que le rodeaba. Eran artesanos pródigos en iniciativas, habilidosos, llenos de tacto, sin historia, cuya boga no se extendía más allá de veinte leguas a la redonda. Formábanse en la comarca, al lado de maestros que trataban siempre de imitar. No tenían más ambición que la de parecerse a ellos e

inconscientemente, sin pretenderlo, eran originales, diferenciábanse sus obras de las de los demás. En trabajar bien ponían una fuerte voluntad; el deseo de immortalizarse no les perturbaba. Trabajaban, no por la gloria, sino sencillamente para vivir. Ignorantes del pasado, en el cual, sin embargo, penetraban profundamente las raíces de su arte, el porvenir para ellos terminaba con la vida (53).

LA CUBIERTA DE LAS VIVIENDAS POPULARES. — El fin primordial de la arquitectura es el de proporcionar un techo que cobije al hombre. Es, pues, el techo o la cubierta, la parte esencial de la construcción, la más afectada por el factor climatológico y la más difícil de construir.

Se ha dicho que existe una relación o correspondencia entre la superficie del tejado y el área de la vivienda, entre la forma de aquél y el clima:

“La superficie de la cubierta aumenta de una manera general, en tanto mayor grado con relación a la de la planta de la vivienda, cuanto más húmedo y frío es el clima de la región donde la vivienda se halle enclavada. A medida que crece el coeficiente de deslizamiento de las precipitaciones sobre esos materiales, la relación entre la superficie de la vivienda y la de su planta, tiende, en proporciones semejantes, a apro-



Hórreo vasco

Dibujo de Baeschlin

(53) Anatole France, *Le Lys rouge*.

ximarse a la igualdad" (54). La inclinación de la cubierta se afirma también que depende del clima.

Este condicionamiento es muy relativo. En la edificación popular las formas no son nunca una resultante tan sólo del clima, ni de los materiales empleados, ni del cultivo, ni de los factores humanos. Todos estos elementos, como hemos dicho, intervienen en la formación de la arquitectura popular, pero en proporciones muy diferentes, según los casos, y aun ocurre con frecuencia que se prescinde de uno o de varios. Es pueril hacer depender de las condiciones naturales todas las manifestaciones distintivas de la actividad humana en un determinismo fatalista: el medio no lo es todo; hay tan sólo una cierta dependencia relativa y limitada del hombre con respecto a la naturaleza. Así, en las zonas más lluviosas de Galicia encontramos cubiertas de poca inclinación y el alero no tiene casi importancia; alcánzala mucha en comarcas aragonesas de la España árida. Viviendas serranas enclavadas en regiones de abundantes nevadas tienen también cubiertas de reducida pendiente.

En general, la arquitectura popular, tendiendo al menor esfuerzo y al gasto reducido, procura emplear la cubierta de una sola vertiente o de dos. Tan sólo en comarcas de suelo rico, abundantes en maderas de construcción y, al mismo tiempo, de clima lluvioso o frío, la cubierta se complica con el consiguiente aumento de superficie. Es casi exclusivamente en la zona pirenaica en la que encontramos cubiertas a cuatro vertientes; en las Vascongadas no es raro ver, cortando las de a dos aguas, un faldón reducido que las chaffana.

El alero saliente, en general—ya hemos visto que hay notables excepciones—, es propio de regiones de lluvia abundante y tiene por objeto proteger determinados espacios—fachada, balcones—de la vivienda, formando una prolongación de la cubierta. Pero este alero volado, construido de madera, exige comarcas en las que ese material sea abundante y barato y si el país, a pesar de ser muy lluvioso, es pobre en arbolado, el pueblo prescinde de él. En regiones de nieves frecuentes o de fuertes vientos, el alero se reduce mucho.

Casi todas las viviendas populares españolas se cubren con tejados. Tan sólo hay una estrecha faja costera a mediodía y levante, formada por zonas aisladas, en la que es general el empleo de la terraza. Como material utilízase la teja curva; en algunos sitios en los que el suelo proporciona bue-

(54) Urabayen.

nas pizarras, empléase ésta (comarcas situadas donde se unen las provincias de Lugo, Asturias, León y Zamora; parte de la región pirenaica, etc.):

Las cubiertas y los materiales con que se construyen, van escapando cada vez más a la relativa imposición del medio, tendiendo a uniformarse por la facilidad de las comunicaciones.

LA EXTINCIÓN DE LA ARQUITECTURA POPULAR. — Después de un lento proceso de desaparición, el arte popular se extingue en los días presentes. En otras naciones sus productos se encuentran ya tan sólo en los museos y colecciones, que es adónde van a parar fatalmente las obras de arte que no hemos sabido conservar junto a nosotros, formando parte de nuestra vida. Las condiciones de apartamiento, dificultad de acceso y carencia de vías de comunicación de muchas regiones españolas, y el tradicionalismo de la raza, han sido causa de una mayor supervivencia de las formas populares en nuestro suelo. Pero en estos últimos treinta años, en ese as-



La Alberca (Salamanca)

pecto, nos hemos igualado casi con el resto de Europa, y hay que ir a los lugares más lejanos y pobres para encontrar actualmente manifestaciones aun vivaces de ese arte. Ello atañe, sobre todo, a los objetos muebles, usos y costumbres. Las viviendas, renovadas casi totalmente en villas y ciudades, apenas han comenzado a serlo en los campos y las aldeas, y si los procedimientos y las reglas constructivas de las gentes que los levantaron se han perdido, aun quedan, para ayudar a comprenderlos, nume-

rosos ejemplares de las edificadas hace doscientos, trescientos o quinientos años. El conservarse ha sido por la pobreza de gran parte del país y por la inmovilidad de nuestra vida rural, para la que las últimas centurias puede decirse que no han pasado.

El arte popular muere al no transformarse, agotado su interés, degenera sus formas con la repetición y, sobre todo, con el proceso uniformador universal y el aceleramiento general de la vida y del progreso. La casa y el vestido, con el ajuar y los aperos, hállanse en período de transformación o desaparición. Las aldeas han dejado de ser como un pequeño universo que se bastaba a sí mismo, viviendo de sus propios recursos: mobiliario, alimentación, ropas... El maquinismo, la división al infinito del trabajo, mataron las pequeñas industrias. El artesano, concienzudo y lento, no puede luchar con las producciones de la fábrica. Su humilde clientela desdeña además por anticuados los muebles fuertes y pesados de los abuelos, los lienzos ásperos y eternos, tejidos en casa, los cacharros hechos por los alfareros del lugar, y las casas viejas en las que vivieron sus ascendientes. Prefiere todas esas cosas frágiles, pretenciosas y efímeras, que tienen una apariencia de lujo burgués y que admiran tras los escaparates de las tiendas ciudadanas: ligeros muebles de maderas curvadas, telas estampadas, cromos de marcos dorados. Y a las casas aisladas, amplias, de antaño, prefieren los pisos de habitaciones estrechísimas, separadas por delgados tabiques.

Pastores y leñadores perdidos en las montañas, alfareros trabajando en humildes y apartados villorrios de la meseta, mujeres que en el recato de sus hogares han conservado la tradición de los tejidos y labores, quizá unos pocos obreros rezagados en rincones de nuestra patria, trabajan aún hoy según las fórmulas seculares o atendiendo a su ingenua inspiración. Escasos son: casi todas las formas artísticas descritas en estas páginas, se refieren al pasado.

A medida que las manifestaciones del arte popular mueren y que las gentes humildes, desechándolas, buscan la apariencia de un falso lujo burgués, y van perdiendo la conciencia de sí mismas, "que el mucho aparentar nace con la conciencia de dejar de ser" (55), sus productos son acogidos por las clases acomodadas y la moda de lo primitivo y regional impónese. Los objetos mobiliarios cambian de cuadro y pasan a decorar las habitaciones de la burguesía. Anticuarios y chamarileros despojan las

(55) Pérez de Ayala.

casas aldeanas de los fuertes muebles tradicionales, de los lienzos y tejidos transmitidos de generación en generación, de las humildes joyas y preseas con que se engalanaban las mujeres en los días señalados. A semejanza de estos objetos fabricanse otros por obreros que, con distinta educación y espíritu muy desemejante, tan sólo pueden lograr su leve apariencia. Eruditos y escritores comienzan a escribir sobre el arte popular y sus diversas manifestaciones. Son todos síntomas de su desaparición, pues éste, en plena vitalidad, suele pasar desapercibido para la burguesía: arte humilde y modesto, parece como exigir el silencio y la ignorancia de sí mismo para existir: cuando llega a las viviendas burguesas y a las plumas eruditas, pertenece al vasto reino del pasado. Dolerse de su desaparición es inútil y pueril; termina fatalmente por las condiciones de la vida contemporánea. “No; lo pasado—ha dicho Azorín—no se puede volver a vivir; la corriente del tiempo no puede ser remontada. Las calzas atacadas, como los cachivaches de la casa, las diversiones, las costumbres, todo se modifica y cambia. Vivamos nuestro tiempo...” Lo lamentable es que sustituyan al arte popular, entre los humildes, los productos híbridos de un industrialismo de mala ley y que le caricaturicen los burgueses imponiendo la moda de sus creaciones.

RELACIONES ENTRE LAS VIVIENDAS POPULARES ESPAÑOLAS Y LAS DE OTROS PAÍSES. — El arte y las arquitecturas cultas y eruditas marcan fácilmente diferencias y contradicciones; en los populares, como en todas las manifestaciones de este carácter, el alma del hombre se muestra una sola, en los tiempos antiguos como en los modernos (56). Sus productos ofrecen—contra lo que el ingenuo se figura—antes que lo diferenciado, lo homogéneo; las más chocantes analogías, los más persistentes influjos entre épocas apartadas, entre regiones diversas y países remotos (57).

Distintas son las relaciones y semejanzas de los dos grandes grupos, bien diferenciados, de viviendas populares españolas: las de la zona lluviosa y las de la seca.

Respecto a las de la primera, las relaciones de parentesco danse con las de la Europa central. Espolones o muros laterales en voladizo, soportando la gran saliente de la cubierta, semejantes a los de las casas *montañesas* y vascas, se ven en otras de la Borgoña y de Bretaña; pisos ligeramente volados, avanzando unos sobre otros, como en las construcciones populares

(56) Enrique Díez-Canedo, “Canciones eslovacas”. Folletón de *El Sol* del 1 de agosto de 1931.

(57) Manuel B. Cossio. Elogio...

de las Vascongadas, son frecuentes en Normandía; escaleras exteriores parecidas a las de Galicia, parte de Asturias y el país vasco, en Borgoña y Normandía; entramados regulares y de buenas maderas, comparables a los de los caseríos vascongados, en la última comarca citada.

En cambio, para buscar semejanzas a las viviendas populares de la España árida hay que acudir a las del norte de Africa, a las de las costas mediterráneas, y aún a las del próximo oriente. En Marruecos, Argel y Túnez se encuentran cuevas habitadas análogas a las españolas; en el primero de esos países hay viviendas de montaña, parecidísimas a las hurdanas y a las de las Alpujarras. La casa de terrado, blanca, lisa, se extiende por gran parte de las costas mediterráneas, como, por ejemplo, en las islas y costas del mar Egeo (Santorin, Kea, Amorgos, etc.). La casa de la meseta, de adobe o tierra apisonada, con entramado de madera oculto y piso alto volado, se presenta también en otras regiones meridionales de Europa y en el oriente mediterráneo (Damasco, por ejemplo).

LOS PUEBLOS Y LAS CASAS. — La agrupación de las viviendas es un hecho estudiado hoy por la geografía humana, subordinado estrechamente a las características de la región natural. En efecto, es el factor económico el que fundamentalmente influye en el reparto de la población y éste, dicho está que depende de aquéllas; allí donde haya fáciles y abundantes medios de subsistencia se concentrará la población; en un país árido y pobre en el que modernamente no se hayan creado industrias, los poblados serán escasos y reducidos; si los cultivos de la comarca exigen un cuidado minucioso y constante, las viviendas se repartirán por todo el campo; si, por el contrario, la región es de cultivo de cereales, los labradores podrán vivir relativamente distantes de los sembrados.

En la región central de España, la castellana, las propiedades agrícolas tienen una extensión media. Los pueblos se presentan en aglomeraciones apretadas alrededor del campanario; es raro que estén emplazados en las altas mesetas planas, privadas de agua. Dispónense a lo largo de los valles de erosión, en donde, al contacto de las calizas superiores de los páramos y las arcillas infrayacentes, brota el agua. Sin embargo, pueblos y villas de origen remoto, que lo son casi todos, se emplazaron en altos cerros por razones históricas, de defensa, y en ellos siguen, privados totalmente, con frecuencia, de agua (58), condición esencial de vida y cultura.

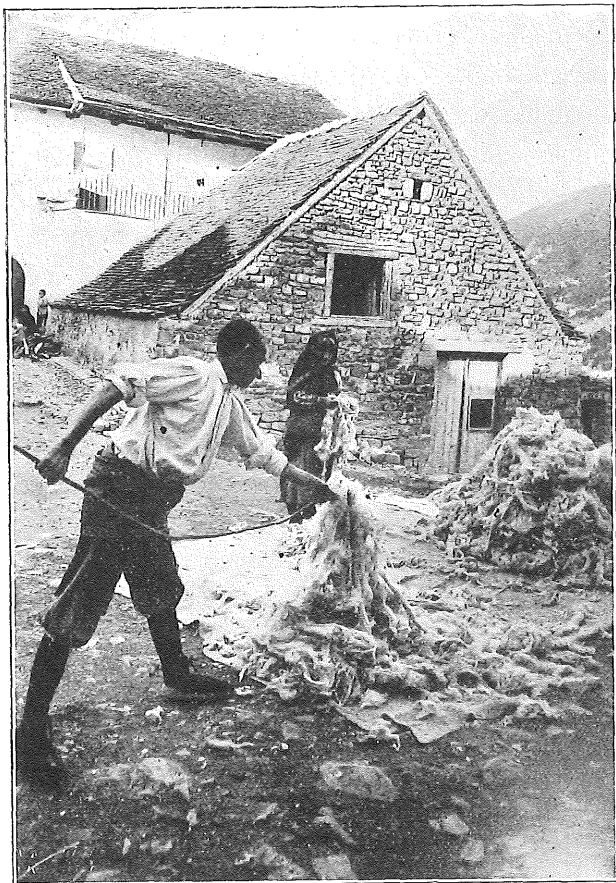
(58) Véase el capítulo dedicado a "Las casas castellanas". La escasez de aguas dulces es grande en no pocas regiones interiores y costaneras. "Hay en la Península ibérica tantas comarcas exhaustas de arroyos y de manantiales perennes, tantos distritos desprovistos de aguas potables

En la España lluviosa y septentrional, las aldeas se desparraman en casas sueltas y en numerosos barrios de poca importancia, situados en lo hondo de los valles o colgados en los flancos de las montañas. La propiedad está muy dividida y el campo se ve lleno de viviendas aisladas, medio ocultas entre árboles y prados, en las que habita el labrador sobre su pequeña propiedad. Como toda la tierra es fértil, no hay lugares des poblados. En los montes existen invernales en donde el ganado pasa los meses fríos y lluviosos, y aun en la región de las altas cumbres abundan las cabañas en las que los pastores se albergan durante el verano.

En las comarcas meridionales de extraordinaria fertilidad, de cultivo intensivo, merced al regadío, el labrador ha de vivir atado a su tierra y el campo está lleno de viviendas; tal ocurre en grado extraordinario en la huerta valenciana y en las de Murcia y Orihuela y, con menos

intensidad, en la vegas andaluzas. El sistema de riego de todas estas comarcas obliga al labrador a no faltar un momento de su propiedad.

En lo hondo de los valles húmedos, las casas tienden a elevarse, buscando la caricia del sol; y en las proximidades de las costas, por el con-



Casas en Ansó (Huesca)

para gentes y ganados, que son muchos los pueblos atenidos a un pozo común, para todo el vecindario y sus averíos, o a una charca artificial, que recoge las filtraciones y aguas pluviales..." ("Fomento de la población rural", por el Excmo. señor don Fermín Caballero, Tercera edición, página 110, Madrid, 1864).

trario, en las que el viento impera casi constantemente, hácese bajas y achaparradas, procurando reducir todo lo posible la superficie que oponen a su fuerza. Los vientos reinantes, la proximidad de un río o de una montaña, la existencia de una o varias fuentes, un cultivo especial, etc., son factores que condicionan la disposición de las agrupaciones de viviendas, pudiendo crear modalidades diferentes del tipo de la región. Pero, además de estos factores naturales, aféctanlas también otros humanos, variadísimos. Uno de los más interesantes es el que proporciona un frecuentado camino o ruta de tránsito: los pueblos situados en tales condiciones suelen tener sus casas alineadas a lo largo de él, en agrupación de gran longitud y escaso fondo; entre centenares de ejemplos citemos los de Torreldones (Madrid), San Juan en la Huerta de Alicante, Segorbe (Valencia), Lanjarón (Granada), Becerreá (Lugo)...

LA HISTORIA DE LA ARQUITECTURA MONUMENTAL Y LA DE LA HUMILDE.— La Historia de los pueblos ha sido, durante mucho tiempo, un relato interminable de batallas y hechos de príncipes y magnates. Hoy búscase, tras las grandes personalidades, al coro, es decir, al pueblo, que es el supremo actor histórico, oculto casi siempre por los gestos histriónicos de los que pasan por sus pastores. La Historia es, en gran parte, el relato del vivir de las gentes humildes que forman la masa amorfa de las naciones, no “tan sólo la de coturno y blasones, creación artificial de una cultura impuesta o prestada a veces, pero siempre algo exterior y superpuesta por las instituciones políticas y sociales, a la perdurable vida popular, raíz y base de la de cortesanos, militares, funcionarios y clérigos, que en toda la historia son los que dirigen y modifican, pero que no anulan ni borran ese fondo permanente de lo anónimo e indiferente, que constituye la masa popular” (59). Aislado de este fondo gris de lo popular, los grandes actos históricos nos parecen hoy gestos vacíos, de espectros, desprovistos de linfa vital.

La Historia de la arquitectura, más rezagada que la general de los pueblos, ha sido hasta ahora, exclusivamente, la historia de los grandes monumentos, exóticos con frecuencia al país en el que se levantan. Nuestros tratados tan sólo se ocupan de las obras eruditas, edificios levantados por gentes que habían recibido una enseñanza técnica, ya fuese en el taller, en la obra o en la escuela. Falta escribir el análisis y la historia de la arquitectura popular, del arte espontáneo con el que la gran muchedumbre de las

(59) L. de Hoyos Sáinz, “La Exposición del Traje Regional”, Folletones de *El Sol*, 24 de abril de 1925.

gentes han construído y acondicionado sus hogares; la historia de las casas humildes, modestas, construídas sin preocupación alguna de arte ni de arquitectura, por obreros anónimos que no soñaron con dejar su nombre a la posteridad, ni cursaron en escuela alguna: formáronse en el taller, en la calle, entre el pueblo al cual pertenecían, confundidos en la masa anónima toda instinto y naturalidad.

Muchos problemas de la gran historia han de encontrar su explicación en la de la arquitectura popular. Y se verá al estudiar ésta la influencia ejercida sobre la erudita, como el pueblo coge espontáneamente los elementos más vitales y afines a su naturaleza de aquélla, en algunas ocasiones, y los adapta a su sentir, y de qué manera la arquitectura monumental llega a un momento—como el actual—en el que, ahita de erudición, con un caudal enorme de formas complejas, vuélvese hacia el arte popular en busca de un poco de sencillez, de buen sentido, de espontaneidad sobre todo. Es el momento en que el artista, formado en las escuelas, reniega de su saber y quisiera olvidar gran parte de lo aprendido, volviendo a aquel estado de ingenuidad primitiva que una vez perdido es tan difícil volver a recobrar.

No hay que considerar al arte popular como un movimiento secundario, consecuencia del gran arte que, algo impropriamente, pudiera llamarse culto, sino como un orden que tiene sus leyes especiales, como un lenguaje humano distinto del aristocrático y que recibe su caudal de otras regiones de la vida. Tal vez esté justificada la creencia de que no se trata de dos ramas situadas a distinto nivel, sino de diferentes aspectos humanos. Ha habido épocas y medios en los que estos dos artes aparecen mezclados, en los que el arte popular era una trasposición fiel del culto en materiales humildes, por medio de técnicas rápidas y sencillas (59 bis).

Del “fondo del *demos* amorfo, surge a veces el artista *distinguido* y la obra *aristocrática*; brotan las diferenciaciones, las escuelas, los transportes de la inspiración, los acentos de los genios creadores; y todo esto, nacido, al arte popular nuevamente revierte, y en él se incorpora, y él de ello se alimenta, como la madre tierra vive y se nutre a expensas de los seres que fecunda engendrara”.

“Como la nube al mar, así torna finalmente por innúmeras sendas a la amplia cuenca del espíritu común todo el arte erudito; al seno impersonal

(59 bis) Henri Focillon, en la introducción a la obra citada, pág. 12. Ejemplos numerosos de esta mezcla de las arquitecturas culta y popular, se encuentran en nuestro país, en donde el elemento popular, sobre todo en la región central, ha ejercido durante la edad media una gran influencia. La arquitectura morisca de ladrillo es resultado, por ejemplo, de una técnica y un espíritu popular influidos por formas cultas.

donde tuvo su origen. Mas la fusión es lenta y obra oculta de siglos, al cabo de los cuales solamente aparece" (60).

En tal forma, arquitectura erudita y arquitectura popular se complementan: ésta es la raíz profunda que alimenta las frondosas ramas de la primera, el origen sin el cual no hubiera podido producirse, la razón para explicarla y comprenderla.

No pocas formas y disposiciones de la arquitectura monumental del pasado que nos parecen hoy insólitas, de las cuales no llegamos a alcanzar ni el origen ni la evolución, hallan seguramente su justificación en otras de la arquitectura popular totalmente perdidas, como lo han sido todas las de la antigüedad, y gran parte de las de la Edad Media y aun de los tiempos modernos (61).

NO CLASIFICACIÓN DE LAS VIVIENDAS POPULARES ESPAÑOLAS. — El geógrafo español que ha estudiado con más detalle nuestras regiones naturales, y al cual seguimos en estas páginas para casi todo lo referente a ellas (62), admite, por razones principalmente de morfología y de clima, diecisiete extensas en la Península Ibérica:

I. Región galaica.—II. Región astur-leonesa.—III. Región lusitana.—IV. Región carpetana.—V. Región oretana.—VI. Región mariánica.—VII. Región castellana.—VIII. Región manchega.—IX. Región vasco-cántabra.—X. Región pirenaica.—XI. Región catalana.—XII. Región aragonesa.—XIII. Región ibérica.—XIV. Región levantina.—XV. Región bética.—XVI. Región penibética.—XVII. Región atlántico-portuguesa.

Cada una de estas grandes regiones se subdivide en otras varias, más pequeñas y definidas, limitadas y concretas, atendiendo sobre todo a las clasificaciones locales adoptadas por el mismo pueblo que las habita y de siglos las vive, las conoce y las tiene incorporadas a su espíritu, con algún nombre, por lo general, alta y claramente significativo: son mucho menos arbitrarias y discutibles que las diecisiete grandes enumeradas, pero su estudio está tan sólo abocetado, y las regiones naturales difusa e imprecisamente conocidas y determinadas.

Entre esas diecisiete regiones pertenecen unas—galaica, astur-leonesa, vasco-cántabra, pirenaica—a la porción lluviosa de España, siendo las úni-

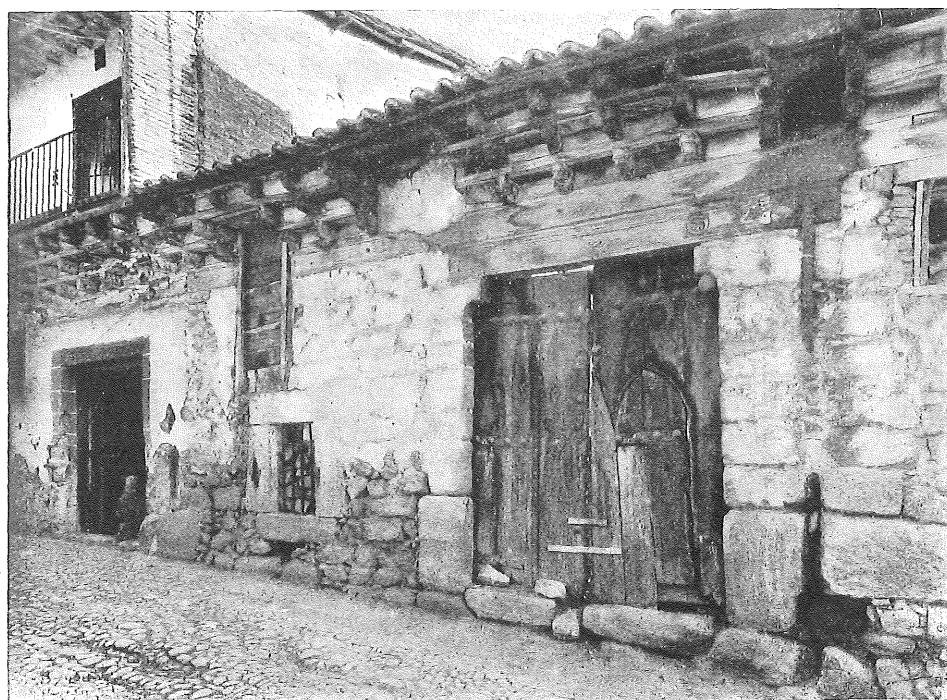
(60) Manuel B. Cossio, *Elogio...*

(61) Tal ocurre, por ejemplo, con las arquitecturas de los imperios asirio y persa anteriores a nuestra era. Al lado de los grandes palacios y monumentos "oficiales", cuyas ruínas conocemos, hubo sin duda, una arquitectura popular de barro, que empleaba frecuentemente la bóveda, y cuyas obras humildes han desaparecido. Esta arquitectura es la que resurge en los tiempos posteriores al triunfo de la Iglesia y, alcanzando zonas más elevadas, influye en las medievales de oriente y occidente.

(62) Dantín Cereceda, obra citada.



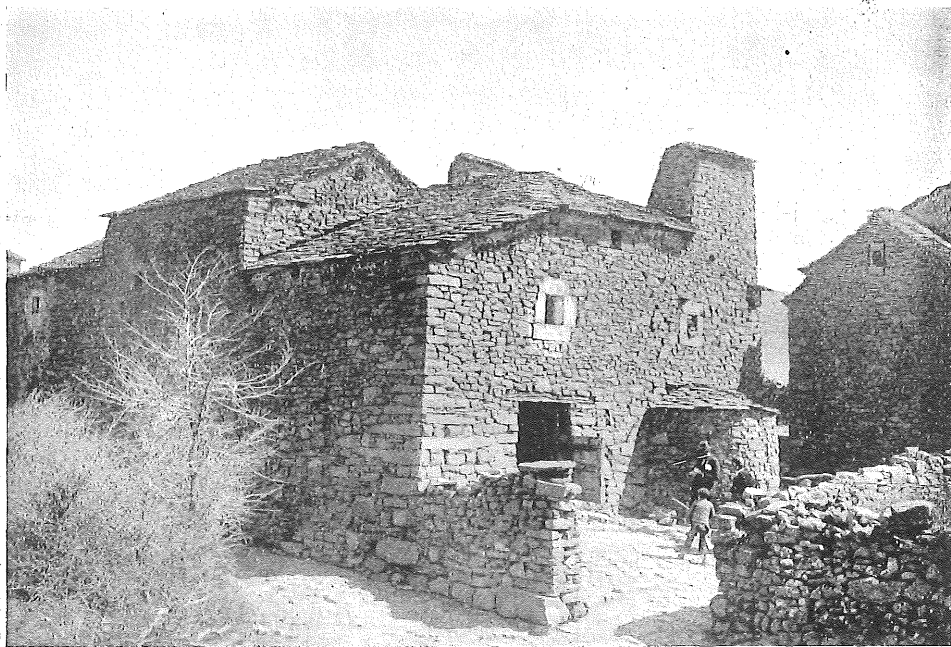
Calle típica en Candelario (Salamanca).



Casa antigua en Béjar (Salamanca)



Sala de la ante-cocina de una casa particular en Lagartera (Toledo)



Casa serrana, en Gallinero (Soria)

cas de tipo nordoccidental o centroeuropeo que existen en la Península; las restantes ocupan toda la España seca o árida, siendo de puro tipo mediterráneo, con marcado carácter, a medida que se camina hacia el mar, de tránsito al macizo nordafricano.

Para nuestro estudio de las viviendas adoptamos esa misma clasificación de la España lluviosa y de la España seca, por encontrar en aquéllas una diferenciación bien acusada entre las de esas dos grandes divisiones de nuestro país, diferenciación que se señala en todos los factores geográficos y en los humanos que, como sabemos, se influyen mutuamente.

Pero como estudio preliminar al de las viviendas de esas dos Españas, emprendemos el de un grupo de albergues primitivos y rudimentarios que parecen supervivencias de los de remotas edades, formas intermedias entre la tienda y la casa, como el *gurbi*, habitación rural casi única en la parte septentrional de Túnez. Corresponden algunas de esas españolas a las dos clases de *gurbi*: el *kib*, choza de ramaje o de paja, y la *maasura*, cuyos muros son de mampostería o tierra y el techo de bálago o paja. De esos albergues elementales unos son cuevas, viviendas troglodíticas, como las del hombre prehistórico; otros, chozas, abrigos provisionales de gentes nómadas, convertidos, por pobreza o por las condiciones naturales de la región, en definitivos; algunas, finalmente, como las barracas valencianas, obedecen a una organización de cultivo en pequeñas parcelas sobre las que hay que residir de continuo a causa del régimen de riegos, en un clima meridional. Tal vez deberían entrar en este grupo preliminar otras viviendas que, como las *pallazas* gallegas, son de remotísima ascendencia, o, como las chozas hurdanas, son hogares de los más elementales y primitivos: sin embargo, hemos creído preferible agruparlas en la parte de España—seca o lluviosa—a la que pertenecen por tener características muy definidas que las hacen entrar en una de esas dos grandes agrupaciones. No dejamos de reconocer que es algo arbitrario el desgajar de su región respectiva a estas viviendas elementales para hacer con ellas un primer grupo. Las cuevas, los abrigos de piedras sueltas, las chozas del Sur, los chozos toledanos, las barracas levantinas, pertenecen a la España seca; las *pallazas* del Cebreiro, las cabañas asturianas y los hórreos, a la lluviosa (63).

Desde las costas gallegas del Atlántico hasta los Pirineos catalanes,

(63) El Sr. Lampérez (obra citada), clasifica las casas rústicas y populares españolas en dos grandes grupos, *septentrional* y *meridional*, a más de otras manifestaciones de arquitectura popular especialísimas, nacidas por circunstancias locales o sociales determinadas y que, por su misma rareza, son de excepcional interés; barracas valencianas, barracas tarraconenses, casas subterráneas de la Alta Andalucía, *pallazas gallegas*...

¡qué admirable sucesión encontramos de casas y caseríos enraizados fuertemente en el suelo que los sustenta! Forma esa zona, de lluvias abundantes y vegetación espléndida, la España europea, de grandes analogías con algunas comarcas del centro y septentrión de Europa. Consta de dos partes principales: una occidental, estrecha faja comprendida entre las cordilleras que limitan a norte y noroeste la meseta, en las vertientes Atlántica y Cantábrica, desde Galicia a Vasconia, con “una unidad de facies, de ambiente e indumentaria, que permite caracterizarla como una de las más fundamentales y homogéneas del solar peninsular, sin más distinción que separar la zona costera de la montañosa”, y otra oriental, reducida zona también, en la vertiente sur de los Pirineos, desde la desembocadura del Bidasoa hasta el cabo de Creus. En total su superficie es aproximadamente la tercera parte de la de España; su clima, el templado de la Europa nord-occidental oceánica (64); el paisaje, verde y jugoso; pródiga la vegetación. Las viviendas aprovechan de la abundancia de buenos materiales de construcción en toda la zona: piedra de fácil labra y madera de regular escuadría. La gran cantidad de lluvia y su escasa evaporación obliga a edificar casas sólidas, grandes y estables, en cuyo interior pueda residirse bien resguardado gran número de días al año. Son viviendas de perímetro cuadrangular cerrado, sin patio, aglomerándose en un solo edificio los locales de habitación humana y los que imponen las necesidades agrícolas, por lo que suelen tener dos o más pisos. La cubierta es en ellas preocupación fundamental, si han de satisfacer esas necesidades. Búscanse los beneficios del sol, que proporciona luz y calor y no abrasa, como en regiones meridionales, orientando las fachadas principales a mediodía o levante. Las viviendas espárcense generalmente por todo el campo, sin formar núcleos apretados de población: es la comarca de la casa aislada y de la aldea diminuta, próxima a otros caseríos o centros de población, y de la pequeña propiedad. El labrador es frecuente que posea la casa en que habita, el hórreo en el que guarda y conserva la cosecha, el prado que mantiene la vaca. En esta España lluviosa encontramos las casas populares más grandes y mejores de nuestro país, las que dan impresión de mayor riqueza y bienestar. El material y la disposición de la cubierta pueden servir para clasificarlas. En Galicia, el granito en grandes sillares las da singular prestancia; en Asturias y Santander, las galerías y solanas de maderas bien talladas y la vertiente del tejado a fachada; en el País Vasco los sólidos entramados apa-

(64) J. Brunhes, *L'irrigation dans la Péninsule iberique et dans l'Afrique du Nord*, París, 1904, y Dantín Cereceda, obra citada.

rentes y las pendientes de la cubierta acusándose en el frente y desaguando a los costados, al revés que en las anteriores; en la vertiente pirenaica, región de abundantes nevadas y clima frío, las cubiertas muy peraltadas, de pizarra.

El paso de la zona septentrional atlántica y cantábrica a la central hácese cruzando altas cordilleras. En sus laderas y en los elevados valles inmediatos existe un tipo de vivienda—*pallazas* gallegas, casas de las brañas asturianas, del valle leonés de Valdeburón, etc.—, provisional, muy característico de la alta montaña, con cubierta de paja. Desde las cumbres pirenaicas, en cambio, hacia el sur, es un no interrumpido descenso a la hoya del Ebro y la gradación desde la casa de montaña a la de la España árida hácese casi insensible.

En el numeroso grupo de las regiones de la España seca se distinguen las que se dilatan por el interior o los bordes de la meseta de las que se extienden por las depresiones laterales o quedan, exteriores, al margen de estas últimas. En esta España árida, de clima continental, extremado, seco (la evaporación en ella excede a la lluvia), de tránsito a los climas desérticos de la faja árida subtropical, podemos considerar dos partes: la meseta, defendida y separada del influjo atlántico por las montañas de sus rebordes montañosos norte y oeste, zona de mayor individualidad de la Península, y las depresiones laterales que la encuadran y exteriormente la limitan. La primera es la zona castellana, de “valles, aldeas y rincones de la España miserable, desperdigados por sierras peladas, parameras, incultas y valles que son hoces y tajos de paso, pero no de estancia y sostén del hombre” (65); en la segunda, la España mediterránea por antonomasia, hay una levantina y otra andaluza. La porción árida y seca, de cultivos esencialmente mediterráneos (viña, olivo, cereales, leguminosas de secano), es el país de la gran propiedad (llanuras) y de los centros de población de 5.000 a 30.000 habitantes, y el de la media (páramos y mesetas), de grupo medio también de aglomeración de la población campesina. La población, pues, en aquélla, se concentra en grandes centros, que, no obstante, conservan su carácter agrícola y rural; la propiedad se acumula en reducido número de propietarios. Todo un régimen social se establece entonces; la numerosa población asalariada trabaja con las estaciones agrícolas. En el invierno, con la recolección de la aceituna y elaboración del aceite; en la primavera, con la escarda; en el verano, con la siega y el agosto; en el

(65) Hoyos Sáinz.

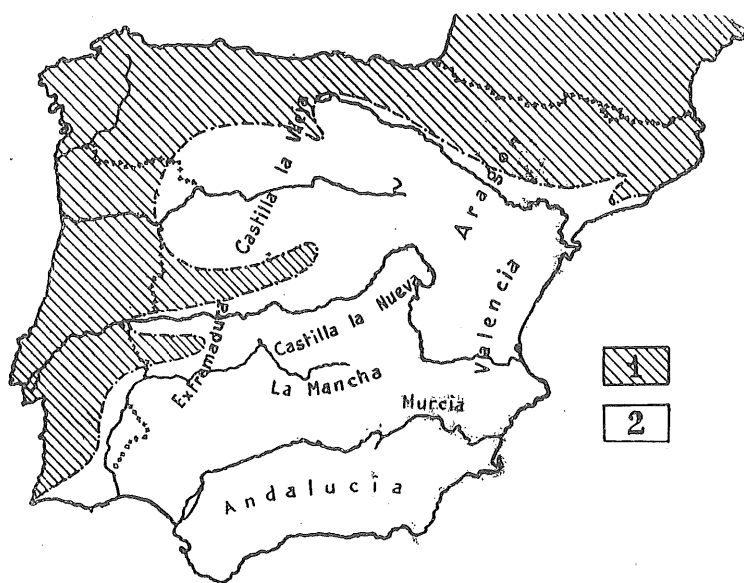
otoño, con la vendimia y siembra. Su dependencia con el medio es tan estrecha, que lluvias pertinaces, sequías extremas y prolongadas, pérdida o disminución de la cosecha, suponen el desequilibrio y el hambre. En estas zonas esteparias, áridas o secas de la Península, interviene un elemento nuevo: el regadío. Entonces, de improviso, en enérgico contraste con las comarcas de alrededor, áridas y despobladas, la población crece y se condensa. Es el bienestar y la abundancia. Viviendas y cortijos aislados, espárcense por la huerta. Los materiales de construcción en esta extensa España árida, son malos y pobres; empléase la arcilla, ya sin cocer, en forma de tapial o de adobe, ya cocida—ladrillo—; la piedra para mampostería en los bordes montañosos o allí donde una sierra levanta su lomo desnudo. La sillería es material de lujo nunca usado en las viviendas humildes. Las especies arbóreas son de escaso desarrollo y malas como materiales de construcción, lo que obliga a dar escaso ancho a las crujiás y a ocultar las maderas, (dejándolas generalmente sin labrar (66), Encuéntrase la vivienda de tipo cerrado, como la de la España lluviosa, pero en gran parte de esta árida predomina la más abierta de corral o patio. En lugar de las casas altas, apretadas, de aquélla, encontramos en ésta, otras bajas, más extendidas que elevadas. Tan sólo en las zonas de regadío las viviendas se aíslan, esparciéndose por las vegas; en el resto tienden a agruparse y el campo queda solitario.

La línea divisoria de los climas y de las viviendas de estas dos Españas, "pasa por las faldas meridionales de los Pirineos y sistema cantábrico, sufriendo luego una inflexión en círculo, para correr próximamente a lo largo de las fronteras orientales de Portugal, desplazándose más al occidente en su encuentro con el Guadiana. Esta línea separatoria es fundamental en la climatología" y en el estudio de la vivienda peninsular. Siendo la extensión superficial de España de 492.343 kilómetros, corresponden a la porción lluviosa 178.259 y 314.084 a la seca. "La parte de clima húmedo y de moderadas temperaturas viene a representar un 36,2 por 100 (cerca de

(66) "Es un gravísimo inconveniente para edificar casas en ciertos campos (españoles), la escasez que en ellos se tiene de materiales de construcción, sobre todo de piedra y mezclas, tanto que hay puntos en que apenas se conocen otras paredes que las tapias de tierra. Es cierto que en algunas comarcas, como en la Mancha, se construyen excelentes tapierías, por la buena calidad de la tierra roja, entre arcillosa y arenisca, y por la destreza de los alarifes, que aplanan y apisonan bien; pero donde el material es malo u hornaguero, las tapias duran poco y son un perpetuo nido de ratones. Falta en otras partes la teja y la pizarra, para techumbres, y las casas pajizas, cubiertas con centeno, carrizo, espadaña, retama; junco u otras plantas ofrecen poca seguridad y escaso abrigo. Las maderas suelen faltar igualmente, y gracias si a su carestía no se añade la dificultad de conducir las al pie de obra..." Fermín Caballero, obra citada, pág. 114.

una tercera parte) del suelo español, y la de clima seco y extremado en sus temperaturas, un 63,8 (cerca de dos terceras partes) del territorio nacional”.

Hay una zona de tránsito entre la España lluviosa y la árida, que comprende una serie de regiones naturales en la que los caracteres de aquéllas se encuentran como atenuados y fundidos. En la zona cantábrica ocupan la vertiente sur de la Cordillera: porción septentrional de la provincia de Zamora, el Bierzo, el norte de las provincias de León, Palencia y Burgos (la Bureba entre ellas), parte de la provincia de Alava. En la zona pi-



Escala 1 : 11.788,000

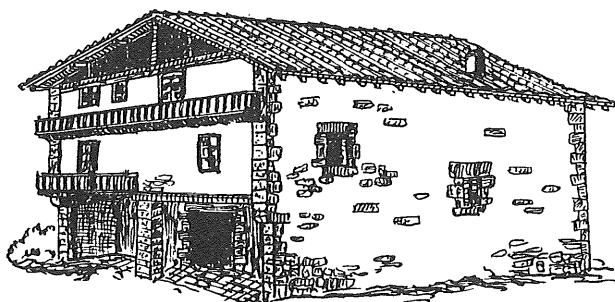
Distribución y extensión de las porciones lluviosa y seca de la Península, según Brunhes y Dantín (1, porción lluviosa; 2, seca)

renaica el tránsito es más suave, por tratarse casi siempre de la misma vertiente. Así hay fajas transitivas en Navarra, Aragón y Cataluña. Otras de análogo carácter se presentan en el sistema central divisorio, debidas a su clima de montaña.

Geológicamente también se puede considerar dividida España en tres grandes agrupaciones: una, la España silíceá, coincidente, en líneas generales, con la lluviosa, constituyendo las regiones occidentales; la seca se divide en dos, la España calcárea, de las zonas ibérica, levantina y subbética, y la España arcillosa, que comprende las altiplanicies castellanas y las llanuras del Ebro y del Guadalquivir (67).

(67) Hernández-Pacheco.

La misma división podría hacerse respecto al paisaje. El de la España húmeda, higrófila, con predominio de la vegetación, verde todo el año; los de la árida y xerófila, con el roqueño como elemento preponderante, con carácter cambiante, verde en primavera, adquiriendo policromías otoñales y presentando en el verano tonos verdes el bosque y el matorral, y amarillos el pastizal. En las primeras, las gentes campesinas son, esencialmente, leñadores y ganaderos estables; en la segunda hay una zona levantina y andaluza en las que el pozo y el huerto son blasón, y otra interior, trasmontana y de rebaño.



Casa vasca



Cuevas en Guadix

Granada

II

LAS VIVIENDAS RUDIMENTARIAS: CABAÑAS, CHOZAS, CUEVAS, ALBERGUES DE PIEDRAS
SUELTAS Y BARRACAS

LAS PALLAZAS DE LA REGIÓN DEL CEBRERO (68). Las “Pallazas” o “Pallotas”. — En lo alto del puerto por el que se pasa de la comarca leonesa del Bierzo a la de Lugo, en una de las entradas naturales del antiguo reino de Galicia, ya en la vertiente atlántica, hállase el pueblo del Cebreiro. Hoy es una pequeña aldea de montaña, insignificante, en sitio erguido y despoblado; en la Edad Media fué estación del camino francés que iba a Compostela y tuvo hospital de peregrinos y monasterio, sujeto al lejano de San Giraldo de Orleans. Su altitud es de 1293 metros; la región, extraordinariamente montañosa, está rodeada por las recortadas sierras de Ancares, Cebreiro y Caurel, las más elevadas de Galicia, que la cercan por todas partes, juntando, más que limitando, las tierras asturianas, leonesas y galaicas.

(68) Bibliografía: Angel del Castillo, “Por las montañas de Galicia”, “Las casas del Cebreiro” y “Origen y antigüedad de las pallazas del Cebreiro”.. (*Boletín de la Real Academia Gallega*, años VIII y IX, números 78 y 82, 1913 y 1914). L. Crespi, “Contribuciones al folklore gallego”. Extracto de las *Conferencias y reseñas científicas*, de la Real Sociedad Española de Historia Natural, tomo IV, 1929, Madrid. Los señores Castillo y Crespi han estudiado y descrito concienzudamente algunas *pallazas*, pero el estudio de conjunto está por hacer. En las páginas siguientes se han seguido esas descripciones, considerándolas como de tipos diferentes, ya que varían en algunos detalles.

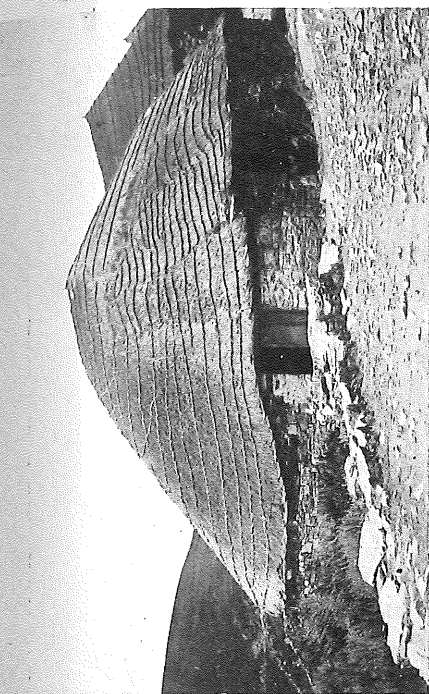
En esta comarca quebrada de Fonsagrada, Cervantes, Ancares y Caurrel en la provincia de Lugo, y las Portillas en la de Orense, hay un tipo general de viviendas circulares o con los extremos redondeados, de muros sumamente bajos y cubierta cónica de paja, en las que se alberga una familia campesina con su ganado; llámanse *pallazas* o *pallotas*. En los valles son escasas las que quedan, abundando en cambio en las montañas, en los sitios más altos y apartados, impuestas por la crudeza del clima y el carácter tradicional de las gentes, como en Deva, Cereiñido, Padornelo y el Cebreiro, cuya iglesia se cubría de paja antiguamente, lugares en los que constituye el tipo único de habitación. Se ven algunas aisladas en la parte más baja de la comarca, pero hasta pasar Doncos en la carretera de Castilla, no constituyen lugares, y aun siguiendo por la vertiente leonesa los de Castro, Laguía y Herrerías de Valcárcel y los ayuntamientos de Caudin, Paradaseca, Barjas, etc., fórmanse también de *pallazas*, hasta Trabadelo (69), donde las casas tienden ya a ser completamente rectangulares, aunque cubiertas de paja a dos vertientes. En Piedrafitá, pueblo por el que pasa la carretera, se ven algunas monumentales, anchas y capaces para abundante familia y mucha labor.

“Obedecen a las especiales condiciones del terreno donde se levantan y a la clase de vida que hacen las gentes que en ellas se albergan. Tierras las del Cebreiro y Ancares extraordinariamente montañosas, envueltas por las nieblas aun en los días más hermosos del estío, y cubiertas en gran parte del año por las nieves del invierno, tienen que ser viviendas sumamente resguardadas de los fríos y las aguas; y nada más a propósito para defenderse de los unos y las otras que las típicas *pallazas*, convertidas por su forma más o menos circular y por lo cónico de su cubierta, en un perfecto reflector del calor que despidе el hogar, levantado casi siempre en el centro, y que hace de ellas un horno donde se mantiene una temperatura constante y media de 14°, cuando fuera sopla el cierzo a 11 bajo cero y la nieve lo cubre todo con su blanco sudario. Allí, acogidos al amor de la lumbre, viviendo en común hombres y ganados, hacinados entre el estiércol y el humo, la vida familiar se intensifica, dedicando las largas horas de encierro a la construcción de aperos, cestos, etc., los hombres, y a la elaboración del *botelo* (embutido compuesto de carne vieja, pimienta, ajo, laurel y huesos de costilla de cerdo; cocido todo y en tripa gruesa), man-

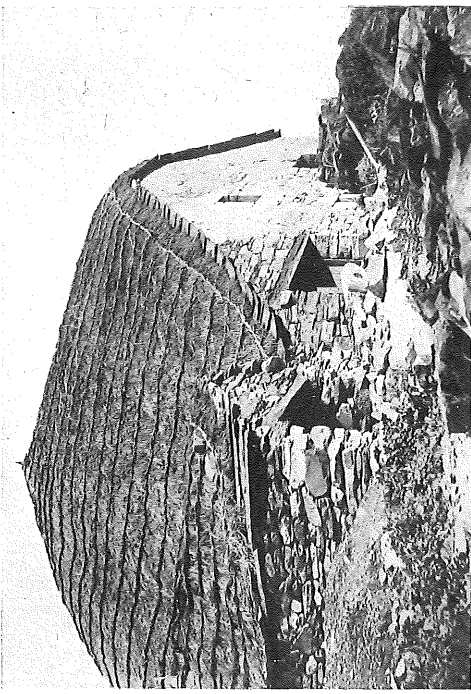
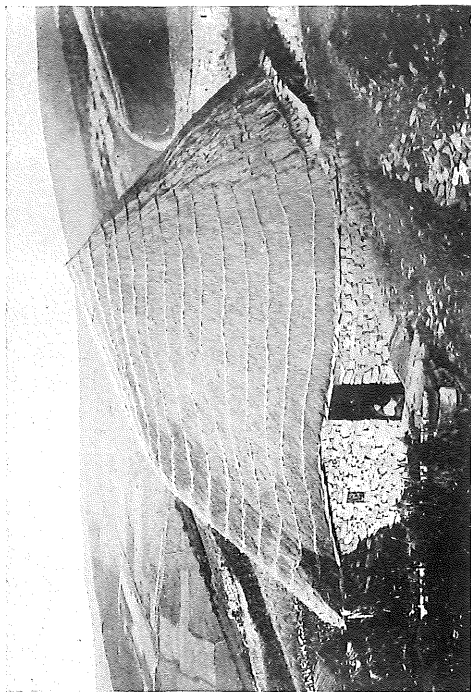
(69) M. Medina Bravo, “Tierra leonesa”. Ensayo geográfico sobre la provincia de León, León, pág. 105.

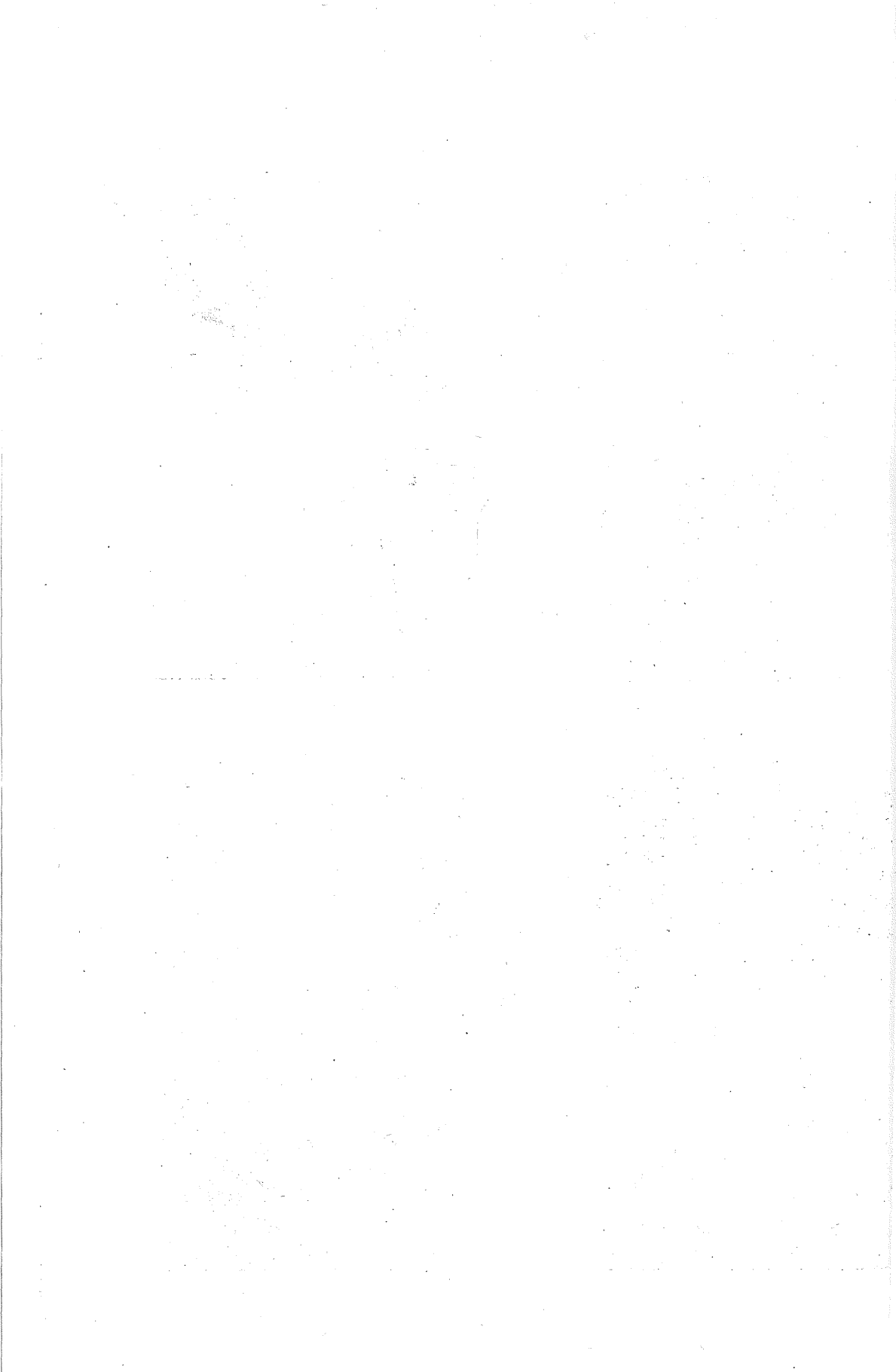


Pallazas del Cebreiro (Lugo)



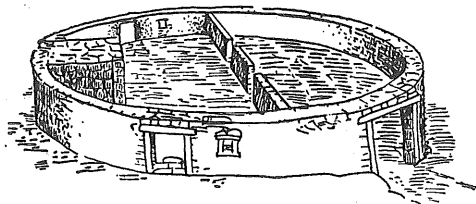
Clisés de Castillo, López



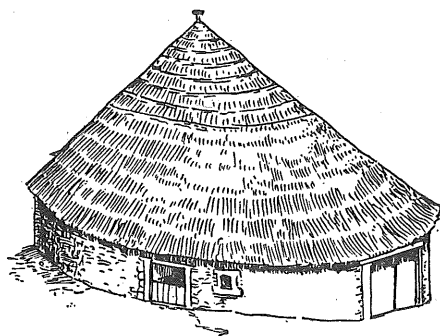


teca y de los sabrosos quesos del Cebrero, las mujeres; artículos que, vendidos luego en el mercado, han de redimirlos de las numerosas cargas que sobre los pobres campesinos pesan. Y cuando el tiempo abonanza y el terreno lo permite, celébranse allí, por la noche, los clásicos *filandones* o *polavías*, reuniéndose las gentes a *fiandar* (hilar), leer, charlar, jugar y retozar.”

“En los lugares donde los rigores del invierno no son muy duros y el terreno es relativamente fértil, como Vilanova, Cervantes y Noceda, una vivienda se compone de la *pallaza*, el *cuarto*, y el *hórreo*, entre cuyas construcciones se extiende la *eira*, todo limitado por un muro de poca altura.



Pallaza en construcción, dispuesta para recibir la armadura de la cubierta



Pallaza de Vilarello (Lugo)

Dibujos de Crespi

Pero allí donde los fríos de la sierra y la nieve de la invernada azotan con persistencia a los pobres montañeses, la vivienda no es más que la *pallaza*, en la que se recogen durante las largas nevadas, y de las que no pueden salir a veces en muchos días, como sucede en las *Casas da Serra* y en el propio Cebrero.”

“La *pallaza* es siempre la verdadera vivienda y, por lo tanto, el edificio de más amplitud. El *cuarto* viene a ser una especie de casita, con más aspecto de vivienda que la *pallaza*, aunque de más reducidas proporciones; es de forma corriente, cubierta de pizarra a dos vertientes, y está destinada a guardar las ropas, aperos, utensilios, etc.; es algo así como un inmenso armario donde el campesino guarda “su riqueza”; y, por último, el *horreo*, de tipo asturiano o gallego, depósito de granos y aun de otros comestibles. Su planta es rectangular o cuadrada y la cubierta, también de paja, piramidal a cuatro vertientes; está montado sobre cuatro altos soportes de piedra o madera, aislado por unas piedras rodadas que buscan

en algunos ríos, permitiendo cobijar el carro y otros instrumentos de labor debajo de su *grade* (rectángulo que forman las vigas que se apoyan en los soportes y sobre el cual se levanta el *horreo*) y destinarlo además a *cabana*.”

“La forma de las pallazas, construídas por los mismos campesinos, varía bastante. En los bajos, como Penaseara y Veiga de Brañas, y en las orillas de la carretera, como Piedrafita y Castro, suele ser de planta rectangular, con la cubierta a dos aguas y su cumbre perfilando un conopio; pero en la sierra, donde las inclemencias del invierno son muy duras”, las formas casi únicas, y sin duda las más características y primitivas, son las de planta circular, elíptica u oval, con diámetros de 10 a 20 metros, y cubierta cónica muy elevada. El trazado de esa planta lo hacen a ojo. Pero no permitiendo ese trazado casas muy espaciosas, por las dificultades que presentaría entonces la cubierta y la mucha resistencia a los fuertes vientos reinantes, adoptaron la de lados no paralelos, terminados en semicírculos de radios desiguales, o en un semicírculo y un muro recto, orientándolas en el sentido de los vientos reinantes, razón por la cual hace tan curioso ver, por ejemplo, en el mismo lugar del Cebrero, todas las casas en una misma dirección.

Los muros que las limitan, de unos 65 centímetros de espesor y hechos de mampostería de pizarra en seco, bien asentada, tienen muy poca altura: 1,80 a 2 metros. Amóldanlos a las sinuosidades del terreno, hundiéndose en los baches y trepando por los altos, y su diámetro mayor sigue la línea de máxima pendiente—cuando las casas se agrupan, esa regla se anula o altera, forzados por las exigencias del espacio—. Las rodea un surco (*as vielas*) destinado a recoger el agua y la nieve de sus pinas cubiertas. “El piso de la casa es la superficie natural del terreno, salvo contados espacios que suelen enlosar, y conserva la inclinación con arreglo a la cual colocan: en la parte más elevada, el horno para cocer pan; en la más baja, las cuadras del ganado mayor.”

“Generalmente, tiene tres departamentos: vivienda propiamente dicha, cuadra del ganado vacuno (llamando *estrevariza* al lugar donde está la vaca)” y cuadra de ganado lanar, cabrío o de cerda, ambas separadas y con puertas aparte. Puede tener una, a cuya entrada llaman *ástrago*, dos o tres ventanucos, casi siempre tapados, y un pequeño orificio en el tejado en la zona correspondiente al horno, para salida del humo. “La luz que por la puerta entra, en los días en que puede estar franca, les ilumina en los breves momentos que pasan en la *pallaza*; la vida del campesino no se

hace en la casa más que de noche, y cuando el invierno lo acorrala entre sus muros, y entonces todos los *fachuzos* (haces de paja), son pocos para tapar los numerosos resquicios de las puertas y los muros. Cuando hay más de una puerta, la mayor, de unos dos metros de anchura, da entrada a la cuadra y por ella ha de pasar el carro para cargarlo de estiércol que luego llevarán por los más empinados senderos a fertilizar los pedazos de tierra que labran.” La otra u otras dos puertas, más pequeñas, dan acceso a la parte destinada a vivienda del hombre y son las utilizadas para todo



Calle principal del Cebrero (Lugo), destacándose al fondo la iglesia

el tráfico de la casa con el exterior. Próximas a ellas están los ventanucos, de unos 30 a 50 centímetros de ancho y altura. A la entrada, los pies se hunden en una alfombra de estiércol.

“El ganado pasa de las cuadras a la vivienda humana por dos huecos del muro transversal que divide la *pallota*, y de esta suerte, sin necesidad de salir al exterior, el hombre lo vigila y cuida, y en lugar inmediato a donde él vive, ordeña sus vacas y cabras y sirve la comida a sus cerdos, terneros, etc.

Por una de las puertas pequeñas—en particular por la emplazada en la parte que pudiéramos llamar delantera de la construcción—salen habitualmente los ganados y las personas.”

Centro de la vivienda es el hogar, donde arde continuamente el fuego, rodeado de escaños, y el horno, “hecho de piedra toscamente labrada, de

unos dos metros de alto por 2,60 de frente, con un hueco (*fornela*) en su parte inferior para almacenar las cenizas y una piedra saliente y ligeramente inclinada en la superior, sobre la boca del horno, que sirve para contener las llamas y chispas que pueden salir cuando se enciende, evitando que prendan fuego a la cubierta de paja. El interior del horno tiene la forma de una bóveda toscamente hemiesférica”.

Los patriarcales escaños (*escanos*) son unos bancos de madera de formas diversas, “muchos de ellos constituídos por troncos escuadrados a los cuales se fijan los respaldos. Uno está adosado a la pared transversal que divide la *pallota* y los otros dos se colocan perpendicularmente en los extremos del primero. Limitan por tres lados un espacio en cuyo centro se sitúa el hogar, centro de la casa y centro de la vida de la familia, constituido por unas losas de piedra a flor de tierra y sobre ellas el montón de leña que ha de arder”. Sirve de pantalla que detiene las chispas (*muxenas*) que pueden elevarse desde el fuego, una *lousa* (losa), que pende del *caizo* o *canizo*, sequero de castañas. Suspendido desde las *gameiras* está la *garnalleira*, cadena de grandes eslabones con ganchos de varios tamaños, en los cuales se cuelgan los diversos recipientes donde han de cocer los alimentos destinados a personas y ganados”. Alrededor del hogar están también los *cileiros*, *sarillo*, *paneiras*, *uchas*, *cunqueiro*, *barrela* (para el combustible, generalmente *uces*, *acebo* y *xesta*), *canadeiro* (para el *canado*, recipiente para el agua), *barra* (para el comestible del ganado), aperos de labranza, etc.

“Los dormitorios son a modo de cajones, de unos dos metros de alto, inmediatos a las puertas de servicio; no excusa ello el uso de los mismos escaños o de bancos cubiertos con colchones de paja y, a veces, el dormir sobre el heno.”

La casa queda, pues, en las viviendas más amplias, dividida en dos pisos de modo incompleto. La planta baja con el horno, el hogar, los dormitorios y las cuadras y un a modo de desván sobre los dos últimos, llamado *barra*, que es almacén de los henos y las leñas. Ese desván se extiende en algunos ejemplares solamente sobre las cuadras y entonces la gente duerme en él.

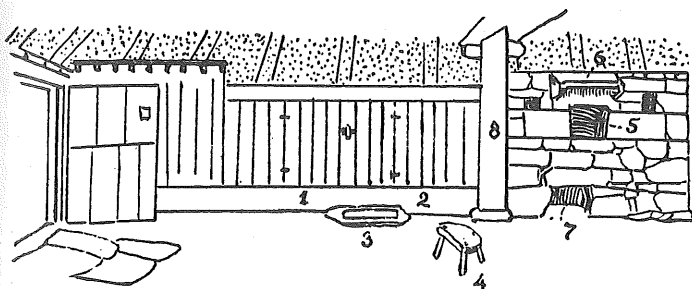
En las pallazas circulares y pobres, alrededor de la *lareira*, en una especie de nichos, están los lechos, establos, etc.

La estructura de las *pallazas* es muy sencilla: dentro de los muros y en los centros de los semicírculos en que éstos se terminan, o, adosado a la arista central del horno y frente a él el otro, inmediato a la parte media

del muro que divide la casa en las viviendas grandes ovaladas, se colocan verticalmente, encajando en unas piedras bien afirmadas, los *esteos* o *pes de armar*, gruesos troncos de castaño descortezados y a veces ligeramente

descuadrados a golpes de hacha, terminados en fuertes horquillas (*tixei-rado*).

Cuando la *pallaza* es alargada, en las dos horquillas de los *esteos*, que suelen tener diferente altura, descansa el *cume* o *viga de armar* que

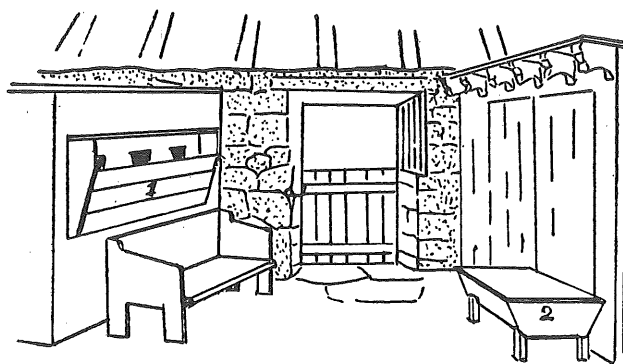


Interior de una pallaza en Donis (Lugo)

1 y 2, cuadra para terneros y cerdos; 3, madera donde se hecha la comida a los cerdos; 4, banquillo llamado *vaeso*, para uso de las personas; 5, boca del horno; 6, piedra inclinada que sirve de pantalla, que detiene las llamas y chispas que pueden venir del horno; 7, forneta donde se recogen las cenizas del horno; 8, *esteo*.

Dibujo de Crespi

soporta todo el peso de la cubierta; en las ovaladas o circulares grandes, sujétanse en las horquillas dos palos o tijeras inclinados que se cruzan para formar el vértice o punto más elevado de la cubierta. En uno y otro caso del *cume* o de las tijeras a los muros, y en forma radial, van “los *tiradores* o *cangos*, a manera de *pontones*; perpendiculares a éstos se tienden las latas o estelas, que son unos *tablotes* de madera, sobre los cuales va la *bouza*”. El ensamble de los troncos se realiza con espigas, escopleaduras y pasadores de tal suerte que no intervienen clavos ni piezas de metal. Sobre los *cangos* colocan las *ripias* simplemente aturugadas y a ellas fijan con un trenzado especial los manojos de paja de cen-



Interior de una pallaza en Piornedo, en Sierra de Ancares

1, pesebre de terneros; 2, artesa

Dibujo de Crespi

teno que forman el *colmado* o cubierta de paja, que puede ser de dos maneras, *apretada* (dispuesta, arreglada), con *beo*, disposición en la cual sólo dura 3 ó 4 años, o con *bara*, y entonces llega hasta siete. “La espesa

cubierta de paja, a la vez que excelente medio aislador, evita la enorme carga de un tejado de pizarra, único material de que podrían disponer aquellas gentes. Pero hay peligro de que el viento levante porciones del mismo y eso lo remedian con unos a modo de cinchos de paja prensada con los que sujetan la parte superior, y con piedras en la inferior del mismo.”

Vive el labrador de esta región en el monte, y sólo se recoge en la *pallaza* para descansar y cuidar sus ganados en las largas horas del invierno.

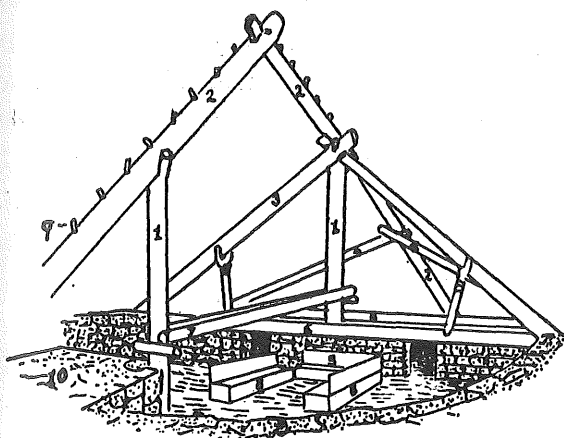
“Inútil consignar que mezclado con este tipo de construcción se ven casas y horreos de planta más moderna y con tejados de pizarra, e incluso casas circulares con tejado de este mismo material.”

“Otra construcción rústica en la comarca de Ancares, además de la *pallaza*, es la *casopa* o *caseta*, especie de choza hecha con ramas por los pastores que acuden en el verano a pastar sus ganados en la sierra, hacia la Braña de Bregua, pero es de una construcción tan sencilla y de una vida tan corta que sólo merece esta ligera mención. Las construyen en junio, cuando todavía hay nieve, y las queman a últimos de septiembre.”

Ascendencia de la “Pallaza”. — Es en esta tierra gallega, en la que el remoto pasado parece seguir perdurando, en la que encontramos un tipo de vivienda tal vez el más viejo de nuestra Patria. Las *pallazas* pudieron ser, en efecto, las últimas supervivencias de las viviendas primitivas del noroeste de la Península. El prehistoriador sueco Montelius opina que las más antiguas chozas y viviendas del hombre presentaban todas forma redonda, transformada luego en rectangular, pasando por la intermedia de testero plano en uno de sus lados y ovalado en el otro. En las montañas de Asturias se encontraron hace más de un siglo cimientos de casas circulares; más recientemente en las laderas del castro de Troña, cerca de Mondáriz, y en lo alto de Ancos junto a Jubia (70). Pero los descubrimientos más importantes fueron los de las *citánias* portuguesas y del monte de Santa Tecla, junto a La Guardia. En las *citánias* célticas portuguesas se han encontrado gran número de viviendas circulares y otras de lados paralelos y rincones redondeados, con piedra central excavada para apoyar el pie derecho que sustentaba la cubierta. En el monte de Santa Tecla ha aparecido la parte baja de los muros de más de mil casas, de piedra, de planta circular u ovalada, o formados por el contorno de dos o tres círcu-

(70) Angel del Castillo. “Por las montañas de Galicia”, artículo ya citado.

los intersacados, el más pequeño, que podría servir de vestíbulo, cortado



Principales elementos de la armadura de la cubierta de una pallota de Vilarello, en Sierra de Ancares (Lugo)

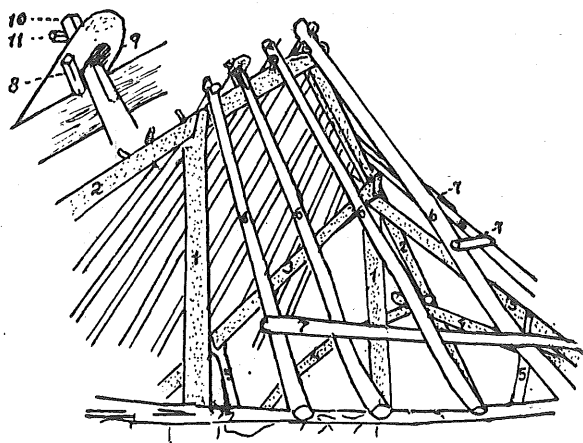
Dibujo de Crespi

1, esteos; 2, 3 y 4, tijeras; 5, horcas; 6, vigas; 7, gameiras; 8, escaños que aparecen en la posición ordinaria; 9, pinos; 10, horno visto por encima.

por el más grande, que parece ser propiamente la habitación. Tienen unos cuatro o cinco metros de diámetro y las rodean curiosos canales o regueros, correspondientes a las *vielas* de las actuales *pallazas*. En el centro de muchas queda la piedra en la que se ajustaba el pie derecho que sostenía la techumbre. Se hallan tan próximas unas a otras, que apenas puede pasar una persona entre ellas, observándose también que los mu-

ros de una vivienda nunca tocan a los de las inmediatas por muy cercanos que estén.

Restos de poblados neolíticos con cabañas circulares se han reconocido también, en nuestro país, en Argecilla (Guadalajara), Sabadell (Barcelona), Ciurana (Tarragona) y en el Garcel y Tres Cabezas en la provincia de Almería (71), así como en Italia, Francia, Bélgica y en el oriente Mediterráneo, excavada su área bajo el nivel del suelo y con restos de paredes de zarzo reves-



Armadura de la cubierta de una pallaza en un estado avanzado de construcción

Dibujo de Crespi

1 esteos; 2, 3 y 4, tijeras; 5, horcas; 6, congos; 7, ripias; 8, pino; 9, agujas de congo; 10, espiga del congo; 11, cuño

(71) José R. Melida, "Arqueología española", Colección Labor, núms. 189-190, Barcelona, 1929, págs. 34 y 35.

tidas de arcilla (72). Parecen ser, pues, las *pallazas*, curiosísimas supervivencias, a través de más de veinte siglos, de viviendas primitivas. De aquí su enorme interés en la arquitectura popular española. Con ellas aparece relacionado el tipo arcaico de casas de la montaña leonesa, lo que se puede observar en el terreno filológico comparando algunas de las palabras que designan en ambas regiones sus elementos componentes. Aun en otro tipo de vivienda, producto ya de una larga evolución, y no petrificado como éste, alguna denominación como la de *estragal* para entrada o portal, se encuentra también en las *pallazas*, lo que podría motivar curiosas sugerencias y deducciones.

LAS “CABAÑAS” ASTURIANAS.—Son casi todas viviendas temporales de pastores, situadas en la vertiente meridional de la cordillera cantábrica, en las cumbres y valles altos, desde los Picos de Europa hasta los concejos de Ibias y Pesoz, en la raya de Galicia. Unas veces, sobre todo en la parte oriental, agrúpanse ocho, diez o quince cabañas; en el concejo de Lena y en algunos otros están aisladas. Habítanlas sólo en verano, época en la cual suben los pastores con el ganado a los sitios elevados en los que se hallan.

En estas regiones altas hay algunos pueblos o aldeas, habitados permanentemente, cuyas viviendas son cabañas análogas a las de los pastores. Muchos de los formados hoy por casas mejores debieron tener su origen en tal agrupación de cabañas: “La Cabana y las Cabanas se llaman dos lugares de Boal: hay Cabanal en Cangas de Tineo: Cabanela es un pueblo de Pesoz; en el Franco aparece Cabanella; Tineo da Cabaniella; por Aller se tropieza Cabanielles; Aller también, presenta Cabanón, mientras se hallan en Valdés el Cabaniu... Luego, en Siero, la Cabaña y en Allande, las Cabañas; luego, en Villaviciosa, Les Cabañes, y en San Martín del Rey la Cabañina...” (73)

Una cabaña se compone de cuatro paredes, unas tejas y una puerta. La planta suele ser rectangular y el techo, a dos vertientes. Las paredes son de piedras sueltas, sin argamasa alguna y la cubierta, unas veces es de pizarra y más frecuentemente de *tapines* —pedazos de césped, arrancados del campo con la tierra que prenden las raicillas—, colocando la tierra como esponja, hacia arriba.

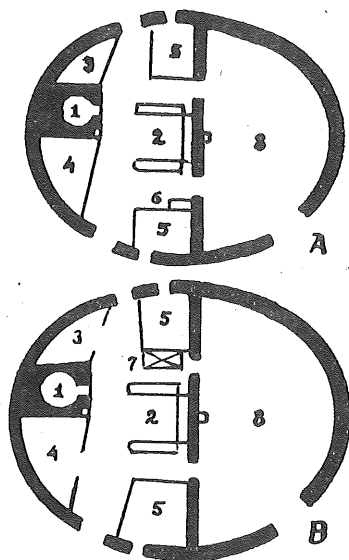
(72) Dechelette, *Manuel d'Archeologie prehistorique, celtique et gallo romaine*, París, 1924, tomo I, pág. 348.

(73) Constantino Cabal, “Las costumbres asturianas, su significación y sus orígenes. La familia: la vivienda, los oficios primitivos”. Madrid, 1931. De esta obra son también los demás párrafos entrecomillados.

“No hay pueblo ganadero en la provincia sin majadas en el norte, y he aquí los de Cabrales, verbigracia, que tienen las de Ostandi, Coprevidi, Brañaredonda y Bezuga; Semuñón, Bercerá y el Abedul; Villasondi, Tazones y Dubriello; Tordin, Ceribios y Orandi; Maneda, Pierdón y Pando; Tremiarma, Caranda y Somas... En pueblos de Teverga y de Quirós, a la majada llámanla *matsau*.”

Veamos cómo son las cabañas del oriente y centro de Asturias. “En el suelo, sobre *llábanas*—piedras de poco grueso y mucho plano—, se forma el *llar* para cocer las tortas. Si acaso algún madero la divide, a sólo unos centímetros del piso, a fin de que el pastor se siente en él; se llama a este madero *clambiyeiru*. A veces, ábrese un vano a modo de alhacena en la pared, donde se ponen las latas, se guardan los zurrones, se echa el pan... En la tranca de la puerta, a veces, hay un palillo que se denomina *tornu*—para colgar la cuerna y el *colín*—... La cama del pastor se hace de ramos, y se acolchona con henos, y se completa con mantas. Para comer, el perro tiene duerna, que es *jamba* en los decires del pastor. Al lado de la puerta en que está el cierre, entra por la pared un agujero, por donde cabe una mano que pueda manejar la *taravica*, es decir, la taravilla. Al lado de la cabaña muéstrase alguna vez el *estacón*, al que se amarran las vacas, cuando puede estorbar para el ordeño la presencia de los *xatos*. Para ello, se les pone la *collera* y hace de cuerda un trozo de *belorta*—una rama fortísima y flexible—. Cerca del *estacón* se halla el *arrudo*, tronco con varios gajos hacia arriba, que hace como de percha del pastor.”

En Tordin y Portudera, cerca de Arenas, las cabañas se cubren con tejas y están divididas en cuatro departamentos: la cocina, el *hornu*, la cabriera y la cama. En el concejo de Lena tienen unos dos metros de lado y cúbreanse con pizarra; una parte del local está destinado a la cama, en cuyo borde hay un madero llamado *primiñero*, a la puerta se ve la *cola*



Planta de dos pallazas: A, de Piorredo; B, de Dónis; ambas de la Sierra de Ancares (Lugo)

1, horno; 2, *lareira* rodeada por los *escaños*; 3, hueco que suele destinarse a depósito de leñas (*riqueiro*) o a vivienda de cerdos o cabras; 4, lugar destinado a cerdos o terneros; 5, en unos casos es dormitorio para personas, en otros establo de terneros o de cerdos, según la abundancia de ganados, generalmente uno de ellos está destinado a las personas; 6, artesa; 7, cama supletoria destinada a quien vigila el ganado durante las noches; 8, establo para el ganado mayor (vacas, caballos).

Dibujo de Crespi

dera de cuerno, una hoz y el báculo pastoril. Las cabañas de la majada de Arin, habitadas durante el verano por ancianos, jóvenes y niños del pueblo de La Rebollada, del concejo de Onís, son distintas: no están divididas en departamentos, como aquéllas; en un lado está la cama de hierba en un tablero levantado medio metro del suelo, y en otro, el fuego, delante del cual hay un *sete* (74). Los pastores que las habitan hacen queso parecido al de Cabrales.

La casa de los *vaqueiros* que van en alzada a las alturas remotas y pasan en ella los estíos, la forman cuatro paredes: “La cubren las pizarras, las *escobas*, en ocasiones, la piedra. Cuando la deja, el *vaqueiro* lleva la puerta consigo, para evitar que acaso se la roben. Y en el centro de la casa se encuentran los montones de ceniza, que revelan el hogar y que son a la vez único signo que separa al *vaqueiro* del ganado. A un lado se ve el establo; al otro, en el suelo, el lecho, formado por la paja que se tiende, y acaso un banco de piedra adosado a la pared. Ventana, quizá la hay, quizá no”, y de haberla, es muy estrecha.

Varía en occidente la cabaña. Allí existe el *arrudo*, que llaman *ruda* los pastores, del cual se cuelga el zurrón, el odre y la manta alguna vez. “Aun la parte exterior, de forma cuadrangular, tiene en el occidente otro carácter que le presta la techumbre. Se hace allí esta techumbre con matojo, que llaman unos *peorno*, otros *escoba*, y se alzan empinadísimas, en un ángulo muy agudo. Se tiende este matojo densamente, con espesor que impida que la nieve que habrá de posarse en él, lo pueda atravesar al derretirse. Las lastras que lo sujetan para que con el viento no se vaya, se denominan *cubijas*. La parte superior de la techumbre, coge con varios troncos el matojo, y se meten por él varios *gabitos*, para amarrar los troncos a su vez. La distribución interna, aun cuando coincida por acaso con la de la cabaña de otras zonas, tiene vocabulario diferente. Junto a la pared, el llar. A metro y medio de altura sale de la pared, y sobre el llar, la que se denomina la *chispera*, laja de buen tamaño, negra de humo, donde las chispas se mueren, porque les corta el paso hacia la *escoba*. Junto al llar, hay un escaño. Frente al llar, junto al escaño, hállanse la *camera* y el *rincón*... El *rincón* — el depósito de leña —, y la *camera*—la cama—. Los arqueros de esta cama se denominan *te-r ranchas*, y la tabla, como banco que hace de frente a la vez a la cama

(74) “Bellezas de Asturias. De oriente a occidente”, por Aurelio de Llano Roza de Ampudia, Oviedo, 1928, págs. 94 y 420.

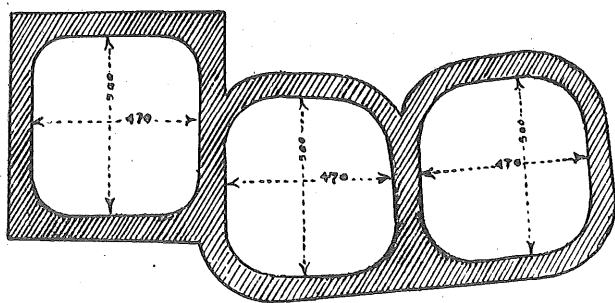
y al *rincón*, se llama en estos puntos *premiñera*. Hay un ensanchamiento lateral, que puede servir de corte, y encima de este corte, aun hay un piso. Para formar este piso, tiéndense como vigas varios troncos, y entre ellos van tejiéndose ramajes, generalmente de acebo. El piso, se llama *treme* y el espacio tejido entre dos troncos, se denomina *portietcho* en todos los lugares de Teverga. En este piso se amontona paja, como si fuera un henil. También hace de lecho a cada paso, y nómbbranlo *talamera*, que deriva de *tálamo*, sin duda. A la viga mayor de la techumbre, *cumen* la denominan por Somiedo, mientras que por Teverga es el *cumal*... A la cuerda de *belortas* que sujeta el ganado a los varales en estos pueblos se la llama *rondio*... La parte de la cabaña que suelen destinar a los terneros es la que se llama *corro*—y tienen asimismo *corros* fuera—, *xáteras* en otros puntos. Fuera de la cabaña existe un vano en la pared de delante, donde poner la lata de la leche, que llaman *caramañola*.” (75).

En las brañas hay agrupaciones de chozas, rectangulares unas, otras redondas, con techos de piedras, de tapín o de tojo. “Cuando en la braña se construyen *cierros*—o, lo que es lo mismo, *corros*, donde el ganado pueda recogerse—, la llaman *braña deorros*, que vale en muchas partes por *parada*. En el centro de la braña se encuentra la *cabanona*, que nombran asimismo el *cabanon*. Es una choza idéntica a las otras, pero de mayor tamaño. Alzanla los vaqueros entre todos, y no la habita ninguno. Es ella lugar común; la colectividad celebra en ella sus reuniones frecuentes, en horas de solaz o de reposo, de discusión o de trámite. En brañas aun no remotas, era esta *cabanona* susodicha la única habitación de los pastores, aun cuando hubieran de dormir en ella personas de los dos sexos... Muchas de las brañas que hoy existen comenzaron de este modo.”

“Para cuando viene el mal tiempo, tienen los pastores, entre el poblado y el monte, otras cabañas grandes con pajar, a las que bajan las reses cuando la nieve asoma entre las nubes. Su planta es rectangular y de mampostería las paredes: el bajo, todo una pieza; y es muy corriente el tipo de cabaña en que existe este bajo nada más. El llar se enciende en un ángulo, y el resto se destina a dormitorio, y a cuadra para las reses. Si falta el henar encima, en el resto también se echa la hierba. A esto se llama *corte* al occidente, y a esto *invernal* al oriente; y aun cuando esta palabra de *invernal* dice exclusivamente habitación para los puertos de invierno,

son muchos los lugares, al oriente, en los que se le toma por cabaña, sin ningún otro arrequive.”

Cabañas y casas circulares. — Como supervivencia de remotas edades, quedan en algunas comarcas de las más apartadas y abruptas de la cordillera cantábrica, en las montañas del occidente y sur de Asturias, cabañas circulares. En su extremo occidental, en tierras gallegas, se conserva el interesantísimo núcleo de las pallazas del Cebrero, ya analizado. Otras circulares situadas más a oriente, en tierras ya de Asturias, que constituyen casos aislados, cítanse en las líneas siguientes. Parecen ser ejemplares de un tipo primitivo de vivienda que en otros tiempos predominaría en toda esta región. A fines del siglo xvi, háblase de un pueblo



Planta de las casas del castro de Illano (Asturias).

Dib. de Llano Roza de Ampudias

del concejo de Ibias, zona vaqueira de un extremo al otro, el Tormaleo, “populosa ciudad de hasta diez casas, todas redondas”. En ellas no había sala, ni retrete, ni cuadra, ni cosa alguna. Un “aposento redondo” en todo el interior, y nada más. En medio

de él, el fuego. Y luego, congregados en montón, los hombres, y los puercos, y los bueyes. Las techumbres eran “cimborios... de paja” (76). En Castrillón persisten las ruinas de un poblado de viviendas redondas, habiendo algunas elípticas y rectangulares; serán unas ciento, diseminadas sin orden y con el sólo empeño de meterlas en un terreno minúsculo; en ninguna hay ventanas ni aberturas: se conocen por las *casuas*. En el castro de Illano consérvanse la parte baja de los muros de tres casas, dos de ellas de planta ovalada, formados de lajas delgaditas unidas con barro, inclinadas para adentro formando curva (77).

En el concejo de Lena existen cabañas de planta circular y alzado cónico, aisladas. Constrúyense de piedras sueltas, sin argamasa, y se las encuentra en los puertos altos y las brañas—puertos de verano—de diversos lugares de la Cordillera. A veces se cubren con las mismas piedras, for-

(76) *Cartas de Eugenio de Salazar* — vecino y natural de Madrid — escritas a muy particulares amigos suyos, Madrid, 1886, págs. 82 y 83. Citado por Constantino Cabal.

(77) Llano Roza de Ampudia, obra citada, pág. 513.

mando una falsa bóveda. La puerta, baja y humilde, sólo se pone en los goznes mientras está habitada; al irse el pastor, se la lleva. A esta cabaña se la llama *corro*, y hay a su lado *corros* sin techumbre, donde se guardan las crías. Este corro de vivienda tiene dos o tres metros como diámetro; a medio metro del suelo, tiéndense unos barrotes con helecho que hacen las veces de cama. Enfrente, acaso un escaño, generalmente de piedra... Y en el centro del círculo, está la *llar*... Es decir, la casa vaqueira primitiva.



Alquería jurdana

Cinsé de Campúa

Llámesese o no vaqueiro quien la habite, esta cabaña redonda aparece en la braña a cada instante, juntándose en núcleos, semejando pueblecillos primitivos.

LAS CHOZAS JURDANAS (78). *Las Jurdes*. — Forman una pequeña comarca áspera y quebrada en la provincia de Cáceres, al norte de Extremadura, en la vertiente meridional de la sierra de Francia, y al extremo oeste del sistema central divisorio. Riéganla seis arroyos o pequeños ríos, estando

(78) Sobre las Jurdes hay una completa y excelente monografía: *Las Jurdes, Etude de Geographie Humaine*, par Maurice Legendre, Ancien eleve de l'Ecole Normale Supérieure. Agrégé de l'Université, Secrétaire général de l'Ecole des Hautes Hispaniques, Bibliothèque des Hautes Etudes Hispaniques, fascicule XIII. — También se han aprovechado para estas páginas: Pascual Madoz, "Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar, tomo IX, Madrid, 1847; J. Dantín Cereceda, "Ensayo acerca de las regiones naturales de España", tomo I. (Museo Pedagógico Nacional), Madrid, 1922, y L. de Hoyos Sáinz, "Las Hurdes: La tierra y los hombres", en el diario *El Sol*, del 14 de junio de 1922.

amurallada e incomunicada por sierras, reforzadas con varios ramales montañosos no de gran altura, pero acumulados de tal suerte que dificultan enormemente las naturales relaciones humanas, dividiendo el país en compartimientos. Lo que allí se llaman caminos, ofrecen no pocas dificultades para el tránsito: son simplemente algo menos ásperos que los terrenos inmediatos. En todo el país no existe carro, ni carreta, ni vehículo de ninguna clase.

Los límites de las Jurdes, como ocurre en la mayoría de las regiones naturales, no aparecen muy claramente señalados. Unos comprenden en ellas tan sólo los cinco concejos de Cabezo, Camino Morisco, Casares, Nuñomoral y Pinofranqueado; otros incluyen también en el territorio jurdano a los pueblos y parroquias de Casar de Palomero, Ribera-Oveja y Pesga, tan sólo separados de aquéllos por el río de los Angeles, siempre vadeable.

Su terreno es paleozoico, de cuarcitas cambricas y pizarras que dan origen a escasas e infecundas tierras de cultivo, y prestan singular fisonomía al paisaje y a las viviendas; en toda la parte alta falta el suelo vegetal que se lleva a hombros desde largas distancias para formar miserables huertecillos a la orilla de los arroyos o quebradas.

El paisaje es rudo y abrupto, de grandes rocas desnudas y matorrales enmarañados. La vegetación está representada por castaños que, envejecidos o enfermos, van muriendo; encinas y alcornoques y, esencialmente, por matorrales de brezo, jara, madroño, tomillo, espliego, romero, cantueso y lentisco. Durante el verano, el país de las Jurdes exhala un intenso y rudo perfume a incienso, que domina todos los demás olores; en la primavera, del fondo de los valles se desprende un delicioso olor a brezo. Es comarca sometida a la vez a la influencia mediterránea y a la oceánica, participando de la aridez africana o andaluza y de la humedad de un país septentrional, próximas las especies vegetales que evocan Asturias con las que recuerdan Marruecos. Abundan las aguas corrientes, torrenciales a veces, que trabajan activamente el relieve; el clima es relativamente suave.

La producción agrícola, miserable y primitiva, se reduce a centeno, castañas, cera y miel. El país no se presta a la animalidad doméstica; favorece tan sólo la de la abeja, que no reconoce dominio humano.

—La esterilidad del suelo jurdano es causa de que esté escasamente habitado. Los poblados, o alquerías, como se llaman en el país, tienen vecindario muy reducido: la mayor, Ladrillar, 374 habitantes; bastantes no llegan a la centena. Sin embargo, este país inhabitable, hecho desconcertante, tiende a superpoblarse.

—Forman las Jurdes tres valles: al norte, el del río Ladrillar; en el

centro, el del río Jurdano; al sur, el del río de los Angeles. Hay Jurdes altas y Jurdes bajas; las primeras tienen su acceso por tierras de Plasencia; a las segundas éntrase más fácilmente por el portillo de la Alberca, en Salamanca. En la región natural reconócese a su vez tres zonas: una habitable, formada por lá margen derecha del río de los Angeles; otra, capaz de ponerse en condiciones análogas de producción a la anterior: “la margen izquierda de dicho río y las vegas y lomas que forman el tercio inferior de Pinofranqueado, los pueblos de Camino Morisco y los valles bajos de los ríos Jurdano y Malo, desde Vegas de Coria en el primero y El Cabezo en el último. Finalmente, la zona alta, la de las serranías y escarpes, donde los materiales rocosos del terreno cambriano están sin denudar ni descomponer” (79), es inhabitable en absoluto por no ser susceptible de cultivo agrícola, inexplorable para el pastoreo y hasta imposible de poblar de arbolado. La naturaleza negó a las Jurdes todo lo que atrae al hombre y le permite subsistir: las rodeó de ásperas murallas, difíciles de franquear, dobladas y reforzadas por varios lados. Las condiciones de vida siempre malas, van empeorando de la zona baja a la superior. En aquélla no son inferiores a las de otras muchas regiones pobres españolas; en las alta e intermedia encuéntranse características tan primitivas y elementales que le han dado una triste popularidad; los jurdanos viven perpetuamente en la enfermedad y la miseria. Tan sólo se explica que permanezcan seres humanos en este país inhabitable, de tal pobreza de recursos naturales, suponiendo a sus primeros pobladores refugiados, huídos de algún enemigo extranjero o de la dureza de las leyes de su patria (80), y atraídos por un clima relativamente suave que enmascara su esterilidad.

Las Jurdes, que geográficamente no son aptas para la habitación ni para el tránsito, resumen de una manera algo brutal, exagerándolos—ha escrito Legendre—, los rasgos esenciales de la España central, su monotonía, su rudeza y la humildad de los elementos primitivos que la forman.

Las alquerías. La vida jurdana. El Jurdano. — Dos o tres docenas de chozas uniformes, agrupadas, forman las alquerías, en las que se ha impuesto una especie de mimetismo; apenas se distinguen de la pizarra que por todas partes surge en las laderas de los valles y el hombre terroso que en ellas se alberga tampoco se destaca sobre el estercolero en el que vive.

Están situadas las alquerías en lo profundo de los valles y al margen de los arroyos: algunas, como Riomalo de Arriba, carecen de sol de

(79) Hoyos Sáinz, trabajo citado.

(80) Legendre, obra citada.

noviembre a febrero. Falta a su alrededor el suelo vegetal: la erosión en los fuertes taludes es constante, pero la sedimentación no puede verificarse por las grandes pendientes y “la conquista del suelo es heroica lucha en la que los jurdanos emplean trabajo y tiempo que no han de cobrar, porque la ruindad superficial de la heredad creada por cada generación no puede rendir frutos que paguen el esfuerzo empleado” (81); “a costa de enormes trabajos crean una reducida heredad, la conservan y la fecundan; jamás les colma, no les da alegría, ni fiestas, ni descanso; cuando les sirve para terminar el año pueden considerarse felices; nunca tendrán la seguridad del año siguiente; no tienen derecho a envejecer ni a debilitarse por bajo del nivel de debilidad del cual hacen brotar ordinariamente su esfuerzo” (82). Aquí la propiedad no es sinónimo de riqueza. Es, todo lo más, una garantía contra la muerte, no contra la miseria.

Para el cultivo tállanse en las laderas estrechos escalones que, cuando la menguada tierra, rojiza y desecada, falta, se rellenan con la traída a hombros de sitios a veces lejanos. Las cosechas recógense cuando las torrenteras no arrastran la delgada capa en la que se hizo la siembra.

Aliméntanse los jurdanos casi todo el año de vegetales: cerezas y castañas a todas horas, en su tiempo; habichuelas; una hierba o verdura que las mujeres buscan por la tierra y que comen sin condimentar. El pan de trigo pocos lo conocen. Por las veredas y atajos que cruzan la comarca es frecuente ver mendigos o *pidiores* de escasa estatura, revuelta melena y ojos penetrantes, con un saco a la espalda en el que llevan menudrugos de pan moreno y duro, mendigados en comarcas próximas y que luego venden: llámense *panaderos*. Hasta hace unos veinticinco años no se supo ni se pudo amasar pan en muchas alquerías. Únicamente en la época de la matanza comen holgadamente.

La población jurdana ha vivido durante siglos en el aislamiento más completo, permaneciendo ignorada mientras que hasta en los antípodas se descubrían mundos nuevos, y alcanzando el más profundo grado de miseria colectiva al que el hombre puede llegar sin perder todo lo que caracteriza a la humanidad y, sin duda, la misma existencia (83).

Muchas mujeres jurdanas se dedican a criar niños expósitos de las casas cunas de Ciudad Rodrigo y Plasencia. En toda la parte alta no hubo, hasta hace pocos años, médico, farmacia ni botiquín. Cuando alguno se

(81) Hoyos Sáinz, artículo citado.

(82) Legendre, obra citada.

(83) Legendre, obra citada.



Una calle de Las Mestas, en Las Hurdes (Cáceres)



muere, como los cementerios suelen estar muy lejos de las alquerías, colocan el cadáver, metido en un saco, bien cosido, en unas parihuelas o sobre un mulo, y de esta suerte lo llevan al lugar en el que corresponde énterrarlo.

El jurdano es “de corta talla, color oscuro, cabello crespo, barba rala, cabeza pequeña, occipucio aplanado, frente inclinada hacia adelante, orejas grandes, fisonomía inexpresiva y, a veces, semi-imbécil”. “Suele aparecer desfigurado por hernias, bocio, cretinismo, viruela y otras enferme-



Calle de una alquería jurdana

Olisé de Campúa

dades adquiridas con harapos contaminados... Moralmente, es prototipo de hombría de bien, de sentimiento noble, de fe sincera” (84).

Las chozas. — La casa fué primitivamente en las Jurdes una habitación temporal: la *majada*, construída fácil y rápidamente de piedras sueltas para abrigar durante las noches al pastor que acudía allí a pasar la época de buen tiempo. La diferencia principal entre las antiguas majadas y las actuales casas jurdanas consiste en que las viviendas temporales de los pastores estaban aisladas, mientras que las casas se amontonan, dando la impresión de ahogamiento. Entre grandes espacios desiertos en los que abundan los materiales se han concentrado en posiciones privilegiadas por el agua, la tierra o los pobres medios de comunicación.

(84) Hoyos Sáinz, artículo citado.

Construídas de piedras pizarrosas, sin mortero ni argamasa alguna, en terrenos en pendiente, las viviendas no tienen más que una planta baja y ordinariamente se levantan sobre la roca dura o sobre una tierra compacta y arcillosa. Su altura es de 2 ó 3 varas en fachada, en la que se abre la única entrada, puerta baja y estrecha, cuyo dintel está formado por una piedra larga de pizarra sin desbatar. Las construyen los mismos que van a vivirlas; casi todas, en el momento en el que sus futuros habitantes se casan. Es un asunto de dos o tres días. Reunidos los amigos del novio, le ayudan a procurarse la piedra y las losas de pizarra. Cavan la tierra desmontando el rectángulo de su planta. La techumbre apóyase en vigas o troncos de árboles sobre los que descansan una capa de ramaje sosteniendo delgadas losas de pizarra toscamente trabajadas, que montan unas sobre otras, sin trabazón alguna, por lo que las piedras tienen muy escasa pendiente. No hay chimenea: el humo del hogar sale por entre los intersticios de las pizarras.

Estas casas carecen de ventanas y la luz que penetra en el interior llega tan sólo por la puerta. Si el exterior es triste, mil veces más triste y miserable es el interior, dividido en dos o tres piezas oscuras, pequeñas y malsanas que suelen exhalar un olor nauseabundo y amoniacal. El aire no puede renovarse más que por la puerta y por los intersticios que quedan entre las piedras pizarrosas que forman los muros. En la habitación de ingreso se instala el miserable jumento, cuando lo hay, la cabra enana y degenerada que apenas cría leche, el cerdo, importado, y las gallinas.

La segunda pieza, pequeña y oscura, apenas separada de la de entrada, es el *zaguán* o *patio* de la casa; está llena de una camada de helechos—*jelechus*—secos, que sirven para el descanso en común; con frecuencia se ve en ella un tronco de árbol o viga de prensa—*batán*—que sirve para la fabricación del vino y del aceite y que se puede utilizar como cama llenándole de hojas secas o de vainas de judías; en un rincón, en cuatro piedras, está el hogar. La podredumbre de los helechos tiene la propiedad de fermentar la basura que producen unos y otros habitantes, que no se extrae fuera y que se llama *vicio*, sirviendo para abonar las huertas.

Cuando la casa se compone de tres habitaciones la última sirve de despensa o de dormitorio. En tal caso, los padres duermen en una habitación y los hijos en otra, pero esto es raro.

La cal, el yeso y aun la arcilla blanca son materiales desconocidos; no existen más de una docena de casas que estén *lucidas*, como dicen.

Hay pocos habitantes en cada casa, porque es muy difícil construirlas

grandes y sencillo levantarlas reducidas: el techo de pizarra pesa mucho y no hay buenas vigas para sostener las placas de ese material; es más fácil aumentar el número de habitaciones que no su superficie, aunque tampoco puede hacerse casi nunca por el amontonamiento de las viviendas. La crecida mortalidad infantil permite que con una natalidad alta las casas no alberguen familias numerosas. Hay más amontonamiento en el cementerio que en las viviendas de los vivos.

En las casas de los pordioseros de oficio existe una sola cama de hojas secas, helechos, etc., en la que todos duermen juntos, sin distinción de edad ni sexo, en el más completo abandono. Así son la mayoría de las viviendas de Horcajada, Rubiaco, Fragosa, El Gasco, Martilandrán, Arrolobos, etcétera. Hay algunas casas mejores, raras en las alquerías; pero numerosas en Pinofranqueado y en Ovejuela, semejantes a las de las aldeas de Extremadura. En las de Nuñomoral, Ladrillar, Mestas y Cambroncino las únicas viviendas decentes son las de los curas.

Todas son del mismo tipo: no hay tiendas ni almacenes. Así construídas, las que no están habitadas y entretenidas se arruinan rápidamente. En otros lugares las ruinas son siempre una evocación, con frecuencia espléndida, del pasado; aquí significan la miseria presente e ininterrumpida.

Hace algunos años había casa que valía 10 duros; el precio de 300 pesetas constituía un caso excepcional, de gran rareza.

Veamos el menaje doméstico. Una sartén y un plato grande y hondo, de madera, componen, en general, el ornamento de la cocina, comiendo todos en el último. Se emplean escudillas y cucharas de madera, ya que el barro o el metal son más caros. En la casa típica de las Jurdes altas no existen ni cama ni mesa. Tan sólo en muy raras chozas se encontrará otra cosa que una cama de helechos, un cobertor sucio y roto, una sartén, algunas cucharas de madera y escabeles de corcho o madera. Para alumbrarse en las noches de invierno no cuentan con más luz que la del hogar.

Se ha señalado certeramente la semejanza extraordinaria entre el medio geográfico, las casas y los habitantes de las Jurdes y los de algunas comarcas marroquíes. El recuadro blanco de yeso en las puertas y ventanas de las negras casas de pizarra es un procedimiento para alejar los malos espíritus en Marruecos. Por la misma causa se construyen en ese país los molinos de aceite con huecos muy pequeños, a pesar de que la luz es en ellos necesaria; idéntica disposición tienen los jurdanos (85).

(85) Legendre, obra citada, págs. 291, 302 (n. 1), 423.

La adherencia a la tierra natal. — No son las tierras pródidas y fecundas las que despiertan más amor y adhesión en sus naturales. Parece—y varias veces lo comprobaremos a través de estas páginas—que allí donde el terreno es más árido y la naturaleza más hostil, donde el hombre tiene que sostener una lucha incesante y agotadora para subsistir, se une de tal modo a la tierra que es imposible arrancarle de ella. Probablemente, lo que ata con más fuerza al lugar y al suelo es el trabajo y cuanto más cantidad de éste se haya invertido, más cuesta abandonar aquéllos.

Tal ocurre en la parte alta de las Jurdes, mísero territorio, lugar impropio para estancia y sostén del hombre. A poca distancia de ella, con sólo asomarse a las aldeas de la periferia como Pinofranqueado y las Mesas, la vida y el caserío tienen un aire más humano, hay cierto bienestar y relativa riqueza; vense numerosas casas de muros blanqueados; arboledas abundantes; plazas que sirven de reunión a las gentes los días de fiesta, en cuyo centro una olma robusta y centenaria testimonia la fecundidad de la tierra; rincones pintorescos y casas burguesas con cubierta de teja a dos vertientes y balcones volados sobre ménsulas de madera o hierro; cipreses que elevan al cielo sus copas sombrías; flores de colores brillantes en las ventanas, y viñas que se enroscan en las fachadas. No muy distantes están los lugares de las Jurdes altas, como Martilandrán, Fragosa o Gasco, formados por dos filas de pobres chozas bordeando el sendero pedregoso, a las que el sol apenas llega durante el invierno. Sin embargo, en ellos viven tenazmente los jurdanos, si vivir se puede llamar a la existencia de esas gentes, arrancando un miserable producto a su propiedad, sin pensar en abandonar aquellos lugares ingratos por tierras más fértiles para someterse a un amo o pagar un arrendamiento. Pero aquella tierra en la que viven es su propiedad, su obra; la han arrancado, con sudores heroicos, a las garras de la madrastra naturaleza. Cada cual ha hecho la suya, plantando un olivo, levantando una parata para poner una vid, rehaciendo la cerca destruída por la lluvia torrencial o por el jabalí. Y los que emigran a Europa o a América, al suelo natal suelen volver “como a cárcel voluntaria y sin rancho” (86).

Las chozas jurdanas y las viviendas bereberes del Atlas africano. — En las montañas del Alto Atlas occidental y del Anti-Atlas vive una población de pacíficos sedentarios, de hombres tenaces que tratan de sacar fruto del suelo ingrato y conservan íntegras sus tradiciones seculares. Las

(86) Hoyos Sáinz, artículo citado.

lluvias son muy escasas y la vida se concentra sobre todo en los valles, esclavizándose el hombre al suelo regado. Con una obstinación extraordinaria y con incansable cariño a su solar, los bereberes roturan los montes, construyen aljibes, fundan aldeas. Al ser la vida precaria a causa de los largos períodos de sequía, buscan las tribus en la emigración temporal un suplemento imprescindible de recursos. Las condiciones de vida son muy parecidas, aunque

menos trágicas, que en las Jurdes; el medio geográfico de ambas y distantes comarcas, muy semejante. Pero lo que ofrece parecido extraordinario son las viviendas; cualquier alquería jurdana podría confundirse con uno de estos poblados del Atlas o del Anti-Atlas, como Aghbar, Assa o Amassiu: ambos ocupan una posición escalonada cerca de los arroyos, en lo hondo de los valles, cubiertas sus casas, de piedras sin revestir, con terrazas; abiertas por pocos huecos, con algún balcón a mediodía, en



Calle en las Mestas, Las Hurdes (Salamanca)

un paisaje, seco y mediterráneo, de valles encajonados, cuyas pendientes, incultas en su mayor parte, muestran algunos almendros y pobres campos en terraza, de cebada.

LOS CHOZOS TOLEDANOS.—En gran parte del campo de la España árida se encuentran chozas, construcciones más o menos provisionales, supervivencias, sin duda, a través de muchos siglos, de viviendas de remota tradición.

Con las cuevas y abrigos naturales forman el tipo de albergue más elemental, construido con los materiales que proporciona el mismo te-

rreno, sin transformación alguna y con un mínimo de mano de obra (87).

He aquí la descripción de *un chozo* de Layos, vivienda rústica de algunos lugares del agro toledano:

La forma del chozo, situado en medio de un campo arado, es perfectamente cónica, dando idea por su construcción de solidez y hasta de permanencia en su habitación. Está hecho con juncos y anea, "material seguramente recolectado a orillas del arroyo Guajaraz, que un poco más arriba serpentea, y que ostenta toda esa vegetación en sus márgenes".

"El junco forma haces atados sólo por uno de los extremos. Dichos haces están relacionados y ligados, formando trabazón empizarrada y a zonas, que hace difícil penetrar, dentro del chozo, agua y aire. En la base de la construcción y rodeándola, hay tierra apisonada. El remate de esta picuda cabaña es el símbolo del cristianismo: la cruz. Al lado de esta vivienda hay otra más pequeña, pero de igual forma, que sirve de albergue a las gallinas."

"Si curioso es el *chozo* en su exterior, aun lo es más por dentro. Resulta de bastante capacidad, aunque no tanta, para el número de personas que pernoctan en él, pues son catorce, entre hombres, mujeres y niños. Obligada promiscuidad en que la Providencia coloca a los seres que viven en estado natural. El recinto es, a la vez, dormitorio y cocina. En el centro está el hogar, circuido por piedras. Allí, el fuego de esta vivienda, *casi neolítica*, lamerá con su llama el caldero de hierro, que por medio de un gancho, puede colgarse del centro de esta cabaña. Y, a la vez, en los crudos días del invierno, cuando el bloqueo de la nieve impida salir de allí a sus habitantes, calentará los rústicos lechos de junco y de paja, que a modo de camastro, rodean el hogar en el interior de esta vivienda."

"Para darle solidez contra los vendavales, tiene por dentro esta choza una serie de troncos, o ramas gruesas, de árboles, que siguen las direcciones de las generatrices del cono, que forma el *chozo*, cuyos sostenes son, a la vez, de los haces de juncos y aneas, que forman la cubierta de tan primitiva casa. Una puerta, muy baja, sirve de acceso al interior de la cabaña, la que, desprovista de todo otro hueco, queda sumida en la más absoluta oscuridad cuando se cierra la mísera puertecilla. Es maravilloso cómo pueden permanecer tantas personas en el interior, sin luz ni ventilación, cuando las inclemencias del tiempo impiden salir de allí a sus habitantes. Y aun sorprende

(87) "Notas para el estudio de la Prehistoria, Etnología y Folklore de Toledo y su provincia," por Ismael del Pan y Fernández, Toledo, 1928, págs. 30 a 32.

más, cómo pueden pasar una noche entera, en una atmósfera tan confinada e irrespirable...”

“¿A qué se dedica esta gente y qué hace allí? Una mujeruca que tiene una ropilla, junto al *chozo*, nos lo explica. Aquello es una especie de tribu, dedicada, a la vez, al pastoreo y a la agricultura. Uno y otra, establecen, en su vida, la alternancia de períodos de estabilidad en el cultivo del campo, y de cambios de lugar cuando la tierra no produce ya lo suficiente o el pasto escasea. Estas gentes tienen sus rebaños, que apacientan, pero a la vez cultivan tierras, que toman en arriendo, sirviéndoles de abono para esas tierras, el estiércol producido por el ganado. Viven de continuo en el chozo, que construyen para un cierto tiempo de explotación de la tierra, y cuando la explotación termina, cambian de lugar y construyen una nueva vivienda en otro terreno. Estas gentes son



Chozas de la laguna de la Janda

Clisé de E. Hernández

pastores y agricultores a un mismo tiempo. Hay en su género de vida reminiscencias muy primitivas. La trashumancia, impuesta por el pastoreo y la explotación de la tierra, y el sedentarismo agrícola, temporal, imprimen a esta vivienda carácter etnológico tan peculiar como el indicado.”

LAS CHOZAS DEL SUR DE ESPAÑA. — *Las chozas de Barbate y de la laguna de la Janda.* — “Entre Tarifa y Barbate extiéndose una ancha bahía sensiblemente semicircular, bordeada de pendientes suaves de arena, muy abierta al este y mal abrigada contra el temible levante, protegida a poniente por un acantilado a pico; en frente vense las montañas de Marruecos, envueltas en bruma y los puntos brillantes, a ras de agua, de la blanca Tánger; detrás, un anfiteatro profundo de rocas de crestas afiladas sobre el cielo azul: San Bartolomé, la Silla del Papa con vestigios prehistóricos, y, elevándose escalonadamente hasta el pie de las rocas, campos y sotos de palmitos. Tal es el lugar conocido antes por Villavieja, hoy día llamado Campo de Bolonia” (88). Grandes dunas de arena durante siglos y siglos,

(88) *Promenades archeologiques en Espagne*, tomo II, Pierre París, París, 1921.

en un trabajo lento, pero invencible, arrastradas por las olas y el viento, van escalando las rocas cortadas a pico. Hállase toda esta zona casi al mismo nivel del mar, por lo que las aguas se acumulan en ella en grandes cantidades en las épocas de lluvias, formándose un lago de varias leguas de extensión, cuyo desagüe se realiza muy difícilmente por el pantanoso estuario situado hacia el oeste, entre la meseta de Meca y la sierra de Betín. Ocupan esta depresión de la laguna de la Janda, de fondo perfectamente plano, tierras negras, en gran parte análogas por su composición al *tchernoziom* de Rusia meridional... (89).

En esta parte de la costa de dunas y terrenos pantanosos, en los contornos de la histórica laguna de la Janda y al borde del mar, en la miserable playa de Barbate, vive hoy una población albergada en pobrísimas chozas de junco y paja. Tales son las que existen en la aldea de Barbate o las que, agrupadas alrededor de la duna que sirve de playa, forman la aldea de Bolonia, elevándose entre ellas, como única construcción exótica con muros blanqueados y rojo tejado, el cuartel de los carabineros. Sus habitantes son, como todos los de esta región, agricultores que siembran y recogen trigo, cebada y habas, y ganaderos dedicados a la cría de bueyes y cerdos; otros, los de Barbate, pescadores que comparten la vida entre la tierra y el mar, pues desde el mes de octubre al de abril realizan varias expediciones a la costa de Africa y el pueblo queda casi abandonado. "Casi todas las casas de Bolonia están precedidas de un lindo patio lleno de flores cultivadas cuidadosamente en los cacharros más dispares; ollas viejas, cazos rotos, bidones de petróleo, fondos de toneles, todo ello meticulosamente blanqueado; a la sombra de la parra hay una vibrante armonía de colores y perfumes, rojos geranios flameantes, capuchinas oscuras, encarnadas o amarillas, albahaca de un verde sombrío, y grandes lirios blancos de aroma embriagador; manchas de color brillante alegrando los blancos muros encalados bajo un sol ardiente, en una costa árida e ingrata" (90).

En las orillas de la laguna de la Janda vense pequeñas agrupaciones de cuatro o cinco chozas habitadas por ganaderos. Las hay de dos tipos, circulares unas, rectangulares otras, mezclados ambos sin que parezca obedecer a razón alguna su distinta disposición. Sus muros son de mampos-

(89) "Las tierras negras del extremo Sur de España y sus yacimientos paleolíticos", por E. Hernández Pacheco. (Trabajo del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Serie geológica, número 13). Madrid, 1915.

(90) Pierre Paris, obra citada.

tería mala o de ramas sujetas horizontalmente con otras largas. En las rectangulares un palo horizontal, puesto a alguna altura en el sentido de la mayor dimensión y promediando el perímetro, sirve de cumbrera de la cubierta. Está sostenido en otros tres verticales, uno en el centro y dos a los extremos, arrimados por dentro a los muros. En ese horizontal y en la parte alta de aquéllos, apoyan otros palos, a modo de pares, dibujando



Choza de pastor en el Pirineo, cerca de las Çuques o Assuques,
en las alturas de Camprodón (Gerona)

una cubierta a dos vertientes que se concluye cubriéndola con anea, abundante en aquellos parajes. Como el viento es allí intensísimo y estas cubiertas muy ligeras, se remedia empotrando en el exterior de los muros, un poco más abajo de su parte superior, cuernos o femúres de bueyes a los que se atan los palos de la armadura por medio de cuerdas de cerdas. En el interior dispónese, pegado a uno de los lados menores, el lecho, formado por un armadijo de retorcidos y nudosos palos de encina, que es la madera empleada en toda la choza, tablas encima y una estera. Cercano al lecho y en el eje de la choza establécese el hogar, formado por tres

o cuatro piedras, y al otro extremo se acomodan el burro y las caballerías, cuando las hay. Casi todo el menaje, algún tosquísimo banco, cazuelas para gazpacho, arcas, etc., es de corcho. Vense también trébedes y capachos. El gallinero suele estar afuera, en alto, sobre cuatro estacas en forma de pequeña choza, construída de corcho.

Hernández Pacheco (91) cree reconocer en ciertas representaciones pictóricas del famoso "Tajo de las figuras", en las inmediaciones de la laguna de la Janda, a barracas lacustres, montadas encima de pies de madera.

Las chozas del sur de Extremadura.—En el sur de Extremadura existen también aldeas formadas por chozas de planta circular, con muros de mampostería muy desigual y cubierta cónica bastante peraltada de paja y broza.

Las chozas de Sierra Morena. — Ocupan las pendientes de Sierra Morena humildes viviendas de pastores. Pertenecen a dos tipos. El menos mísero, de planta circular y cubierta sensiblemente cónica, lo construyen clavando en el suelo una serie de estacas desiguales, de la madera que tienen más a mano, en el sentido de las generatrices de dos cilindros del mismo eje, separadas entre sí unos 40 a 50 centímetros. En el centro clavan un palo alto que servirá de apoyo principal de la cubierta. El espacio que queda entre las dos series de palos, lo rellenan con tierra, hasta llegar a una altura aproximada de un metro, que sujetan poniendo ramas de jara interior y exteriormente trabadas entre los palos. Uno de los espacios queda sin rellena, sirviendo de puerta. Desde lo alto de la estaca central parten otras a unir con las que sirven de armazón del muro, trabadas a la altura aproximada de un metro por palos curvados formando a modo de elemental carrera. Luego se cubre ese armazón primitivo con jara, quedando ya terminada la choza. En su parte central caben los moradores de pie, pero para penetrar en ella deben agacharse.

El otro tipo, elementalísimo, se forma con una armazón de palos inclinados unidos en la parte superior y trabados por otros horizontales. Encima colocan jara hasta cubrirlos, dejando un pequeño hueco para la entrada. Tan sólo echado se puede permanecer en su interior.

LAS CUEVAS HABITADAS.—En numerosos lugares de España viven las gentes en cuevas excavadas en la tierra. No son escasos los pueblos cuyos nombres así lo testimonian, como Cuevas de Vera, Cuevas de Ayllón, Cuevas de Velasco, Cuevas del Becuro, Cuevas de Reillo... Se prestan a este

(91) Obra citada.

género de habitación troglodítica los terrenos terciarios, compuestos de conglomerados, areniscas, margas y calizas, en rocas muy compactas, impermeables y altamente aisladoras de la humedad, blandas al pico y capaces de endurecerse por la acción atmosférica. Aunque se excavan y habilitan en nuestros días, su empleo como viviendas es bien sabido que tiene remotísima antigüedad. Las cuevas han visto—y seguirán viendo—todas las civilizaciones. Desde hace miles de años hay lugares en los que las gentes viven bajo tierra y aun se ven, junto a cuevas abandonadas que



Chozas de pescadores en la caleta de Málaga

debieron albergar al hombre prehistórico, muchas ocupadas actualmente. “La vida troglodítica de nuestra población es un hecho que en determinadas regiones se ha producido en todas las épocas; Tito Livio nos dice que Sertorio desde Lagóbriga volvió a la Celtiberia y en el término de Caravaña sacó a los caracitanos de sus cuevas, donde vivían al uso de los trogloditas; en cuevas se ha habitado durante la Edad Media en muchas comarcas; en cuevas debieron vivir los monjes de Albelda en la época de mayor esplendor del Monasterio”. Cuevas artificiales neolíticas existen en España, en Bocairante (Valencia), Perales de Tajuña (Madrid, Salas de los Infantes (Burgos) y Marquínez (Alava) (92).

En Castilla excávanse vastas cuevas en la arcilla, pero destinándolas

(92) José R. Melida, “Arqueología española”, Colección Labor, núms. 189-190, 1929, páginas 33 y 34.

exclusivamente a bodegas (93), casi nunca a viviendas. En la Edad Media, en cambio, parece que se vivía en ellas y *Las crónicas anónimas de Sahagún* hablan de los que en la villa “en las casas soterrañas façían sus ofiçios”.

La población troglodítica de España extiéndose hoy día principalmente por las regiones de sudeste y levante, por las provincias de Córdoba, Granada, Almería, Murcia, Valencia, Guadalajara y Zaragoza; también hay poblados de cuevas en las de Toledo y Navarra (94).

Las cuevas cordobesas. — Vive la gente bajo tierra en algunos lugares de la provincia de Córdoba como, por ejemplo, en Iznájar, en cuyas afueras, por el lugar llamado el Calvario y en otro situado en las faldas de la ermita de la Antigua, y que se conoce por Las Cuevas de los Gitanos, son numerosas esta clase de habitaciones. Para construirlas atacan la peña día tras día con una espiocha hasta abrir una especie de hornacina, recabando entonces el auxilio de los barrenos, previo el desalojo de las cuevas próximas antes de hacerlos estallar. Alegran las cuevas la blancura del encalado, el vasar, lleno de chucherías; las cantareras, protegidas por una cortina azul; los tiestos de flores de las ventanas... (95).

Las cuevas de Granada. — Son las más conocidas de las españolas, pues habitadas algunas por gitanos más o menos auténticos que tienen organizadas danzas para recreo de los turistas, a ellas concurren buen número de extranjeros, de los que visitan Granada, y no pocos compatriotas.

Ocupan estas cuevas dos lugares distintos de la población, uno en el valle del Darro, en la ladera que va del Albaicín al Sacro Monte; el otro, separado de este primero por el cerro de la Alhambra y su prolongación, en los repliegues del barranco del Abogado, vertiente ya del Genil. Las dos laderas en las que están las cuevas miran a Mediodía, recogiendo por tanto por sus puertas el sol y la luz del clima meridional, y las puertas, encaladas, regularizadas con alguna obra de fábrica, surgen entre una vegetación de pitas y chumberas. Están habitadas casi todas por gitanos, aunque en parte de raza muy mezclada por el contacto de las mujeres, que toman parte en las danzas, con toda clase de gentes.

(93) Sobre las cuevas destinadas a bodegas de los pueblos del páramo leonés, puede verse el excelente trabajo de Gustavo Fernández Balbuena, “La arquitectura humilde de un pueblo del páramo leonés”. (*Arquitectura*, año IV, núm. 38. Madrid, junio de 1922).

(94) Hay también trogloditas en muchas de las regiones del Norte de África.

(95) “España pintoresca, El hombre de las cavernas”, por Cristóbal de Castro. (En la revista de Madrid *Blanco y Negro*).

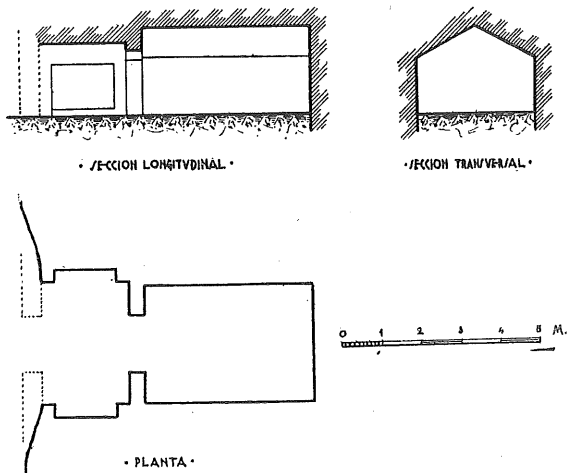
Son la mayoría de sus moradores herreros y traficante en caballerías.

Generalmente se componen de un vestíbulo o habitación exterior y otra al fondo en la que están las camas, sin más luz ni ventilación que la que proporciona la puerta a la primera estancia, y reservado su interior por una cortina de tela blanca. En la de afuera, que sirve de habitación de estar, cocina y comedor, aparecen colgados en las paredes, o sobre vasares, en pintoresca y artística agrupación, peroles, sartenes, piezas de azófar muy brillantes, velones, platos, tazas, copas, botellas, espu-maderas, cazos; todo, en fin, lo que puede necesitarse para el servicio de la casa, muy reluciente y limpio. No falta la cantarera, una o dos mesitas bajas y toscas y varias sillas con el asiento de anea.

Las cuevas de Guadix (96).—Hállase Guadix en una vasta meseta al pie de la Sierra Nevada, a unos 1.000 metros de altura. Por la cuenca

del río de su nombre extiéndense las huertas pobladas de olivos y rodeadas de masas compactas de sauces y chopos en forma de setos, descollando por encima de juncos y mimbres que sombrean la corriente. A la proximidad del cauce se alzan, sobre los campos de regadío que se extienden a lo largo, ribazos de tierra rojiza y amarilla, desnudos de vegetación.

La ciudad ocupa una suave pendiente. En la parte alta, en una meseta, se levantan aún trozos de lienzo de la Alcazaba, flanqueados por cubos, obra de fuerte tapial. Más allá y en sentido opuesto a la vertiente del caserío hay una vasta extensión llena de accidentes, de pequeños cerros, entre los cuales se ven superficies irregulares con inclinaciones varias, cercándolo todo, al par que elevándose sobre él, altos ribazos de tierra rojiza.



Cueva en la rambla de Padrón de Guadix (Granada)

Croquis de Gómez Moreno

(96) "Sierra Nevada, las Alpujarras y Guádix", Notas de viajes y apuntes, por Eduardo Soler y Pérez, Madrid, 1903; "Las cuevas de Guádix", por Juan Serrano y Gómez. (*Boletín de la Institución libre de enseñanza*, tomo xv, 1891, Madrid) y "La España incógnita", por Kurt Hielscher. Arquitectura. Paisajes. Vida popular. Barcelona, 1922.

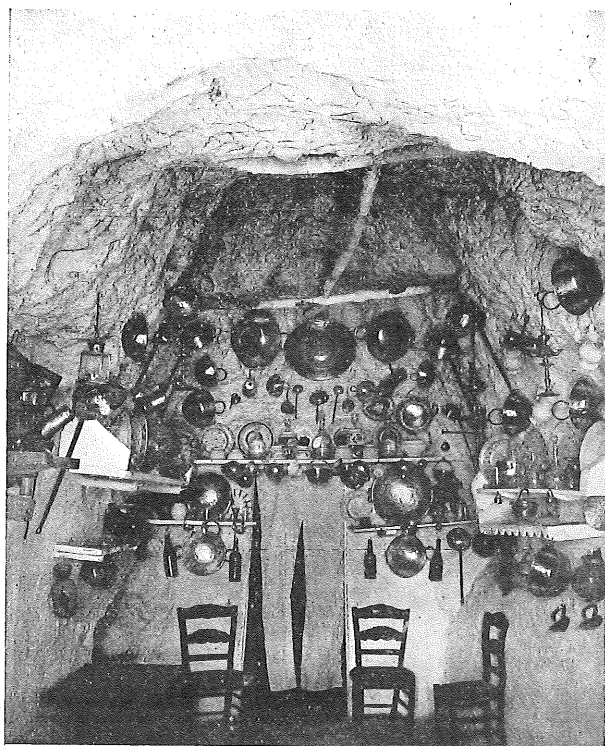
“Esos ribazos, por encima de los cuales asoman algunos de los estribos de la sierra, y al fondo ésta misma con sus manchas blancas de nieve, son los que limitan aquella parte de la ciudad, ocupada por cuevas, en gran número.” La formación geológica se presta singularmente a ello. Guadix y los pueblos inmediatos “están situados sobre enorme masa de aluvión, arena y sedimentos de arcilla, en capas alternadamente superpuestas y sensiblemente horizontales, en una extensión de seis o más leguas de largo por tres de ancho”. Las aguas se van llevando lenta, pero constantemente, las tierras que antes habían reunido al formar una extensa meseta. “De día en día se ven nuevos desprendimientos, formaciones de surcos y zanjás que pronto se convierten en profundos barrancos; mesetas y colinas que se cortan y dividen, quedando montículos aislados en forma de conos, prismas y pirámides, según la resistencia que oponen a las aguas pluviales, así las capas superiores como las secciones de los costados. Estos montículos aislados, de variadas formas, elevación y consistencia, y en los cuales domina la arcilla, son los más a propósito para labrar cuevas habitables, por lo preservadas que resultan de la humedad, sin filtraciones de lo alto, puesto que el agua se escurre con tanta rapidez como en los tejados de mayor inclinación, y sin vías de agua ni filtraciones laterales, por la solución de continuidad del terreno que generalmente se elige para esta clase de viviendas.” Por no estar emplazados en terreno análogo ninguno de los pueblos del Marquesado, en la base y estribaciones de Sierra Nevada, no viven las gentes en cuevas, haciéndolo en casas de mampostería o de muros de barro, en peores condiciones de abrigo y comodidad que en las viviendas troglodíticas mencionadas.

Las cuevas de Guadix se labran o pican en terrenos de acarreo, “donde domina unas veces la grava, pero más generalmente la arcilla: una y otra formación ofrecen suficiente garantía de seguridad y consistencia. Si existe o se presenta algún estrecho filón de arena, suelen taparlo, fijándolo con mortero para evitar desprendimientos. Tanto las capas de arcilla como las de grava en el acto de picar la cueva se dejan cortar fácilmente: las de arcilla ceden a la acción del dedo, si con éste se empuja a manera de punzón; pero se endurecen luego por la acción del aire, hasta el extremo de costar trabajo clavar un clavo. No hay orientación fija para ellas; se adaptan a las condiciones del terreno, según el que corresponde a cada habitante. Hay cuevas que ocupan un solo montículo y hay alguno de éstos bajo los cuales existen varias con sus correspondientes muros naturales de separación.” Los interiores y el de la fachada suelen tener de uno

a 1,05 metros de espesor. Las chimeneas terminan al exterior con media tinaja colocada sobre el agujero o, más generalmente, se hacen de mampostería en forma de cono truncado, de 1 a 2 metros de altura, blanqueándose.

El efecto de esta extensión de terreno poblado de cuevas es originalísimo, con sus entradas, agujeros de bordes blanqueados abiertos en las vertientes de los ribazos, y las voluminosas chimeneas humeando.

Para labrarlas se hace previamente un desmonte en el terreno elegido, quedando una placita horizontal, destinada en porción adecuada al cultivo de hortalizas y flores, aparte de las higueras o del emparrado, y otro corte vertical. Cada uno de estos planos tiene la forma de un trapecio, quedando unidos por sus bases menores; lateralmente quedan otros planos de forma aproximada de triángulo rectángulo. “Los taludes se acercan más o me-



Interior de una cueva de Granada

nos a la vertical, según la consistencia del terreno, y sirven de muro de contención, a la vez que de refuerzo al muro vertical que hace de fachada.” Algunas tienen dos pisos. En el centro del corte vertical de la fachada trazan los albañiles la puerta, arqueada, que servirá también de ventana, y cuyas jambas se revisten de ladrillo. Dejan un metro o 1'50 de espesor de muro y luego siguen picando de frente y a los costados hasta terminar el hueco del vestíbulo que llaman *portal*, excavado su techo en forma de bóveda de cañón o de arista. Esta y las restantes habitaciones suelen tener 2,50 metros de ancho con un largo variable; igual de alto en el centro y 2,10 en los arranques. A derecha o izquierda

del portal se traza el arco de entrada para la cocina y enfrente otro para la cuadra, con dimensiones muy semejantes a las indicadas. En el portal y frente a la puerta de entrada, se abre el arco para la habitación que suelen destinar a dormitorio. Si hay terreno disponible, se abre, en la segunda habitación, en línea con su ingreso, otra, y algunas laterales, según el tiempo, las necesidades y recursos familiares.

El interior es limpio y espacioso. Muchas veces no disponen de más luz que la que entra por la puerta, ni de más ventilación que la proporcionada por ésta y la chimenea. Hay otras que por la disposición y dimensiones de las colinas o montículos en que se hallan, pueden tener ventanas, a un lado de la puerta o en dirección contraria. Es costumbre blanquear frecuentemente su interior con lechada de cal; pocas son las que se revisten con ligera capa de yeso antes de hacerlo. Más generalizado está el empleo de las baldosas para el pavimento. "Lo general es, después de alisar con herramientas las paredes, arcos y aristas de los ángulos entrantes y salientes, proveerse de una brocha, comúnmente de hoja de palmera, que emplean a modo de hisopo, con cal disuelta bastante espesa en agua. De este modo, con cuidado y paciencia y lechadas sucesivas llega a formarse una costra delgada que cubre por completo a la arcilla"; si se aplicase directamente la brocha sobre la pared, se desmoronaría ésta sin admitir la cal. Teniendo las cuevas siempre muy blancas, paredes, arcos y bóvedas reflejan la luz que reciben de la puerta y el interior no es tan oscuro como pudiera creerse. "El hueco de la chimenea ábrese de dentro a fuera y de abajo a arriba, teniendo a veces que emplear primero la barra y luego un instrumento que la sustituye, con largo mango". El precio del desmonte y excavación era hace unos años de 47 a 54 céntimos el metro cúbico. "En las cuevas se disfruta una temperatura casi igual todo el año. En la cama emplean sus moradores la misma ropa en invierno que en verano", resultando las cuevas más económicas que las casas por el menor combustible que necesitan en invierno, largo y crudo en Guadix, y por ser menores también los gastos de reparación y entretenimiento.

Al mismo tiempo parece que estas cuevas son viviendas muy higiénicas, a lo que sin duda contribuyen las propiedades desinfectantes de la cal, prodigada, como hemos dicho, en frecuentes blanqueos. Como es bien sabido, consérvanse en ellas los frutos de la tierra en excelentes condiciones.

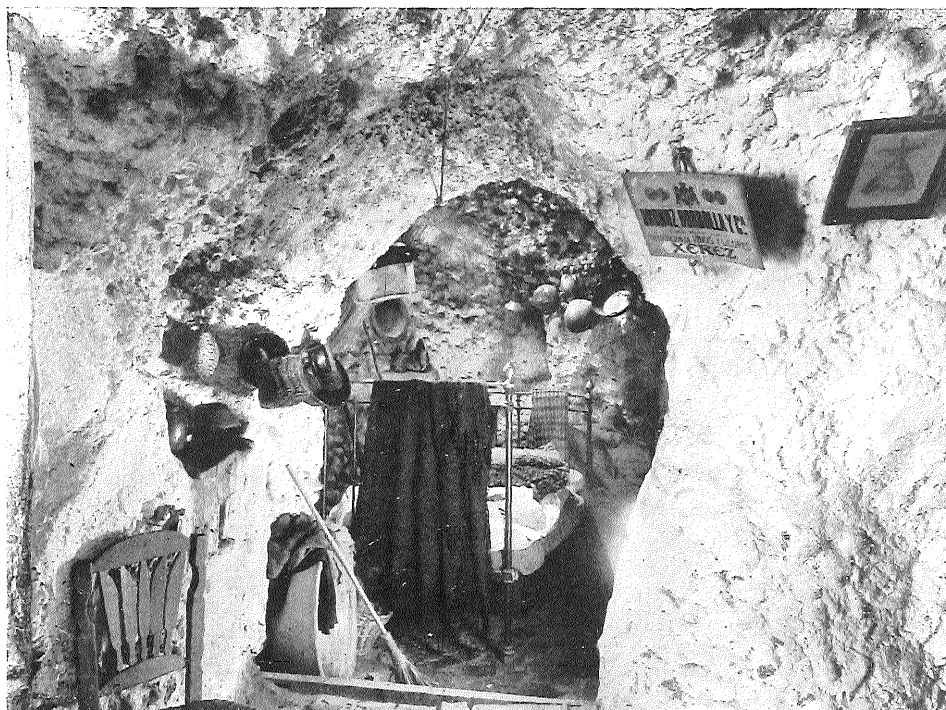
No todas las cuevas tienen rigurosamente las mismas habitaciones, dis-

del portal se traza el arco de entrada para la cocina y enfrente otro para la cuadra, con dimensiones muy semejantes a las indicadas. En el portal y frente a la puerta de entrada, se abre el arco para la habitación que suelen destinar a dormitorio. Si hay terreno disponible, se abre, en la segunda habitación, en línea con su ingreso, otra, y algunas laterales, según el tiempo, las necesidades y recursos familiares.

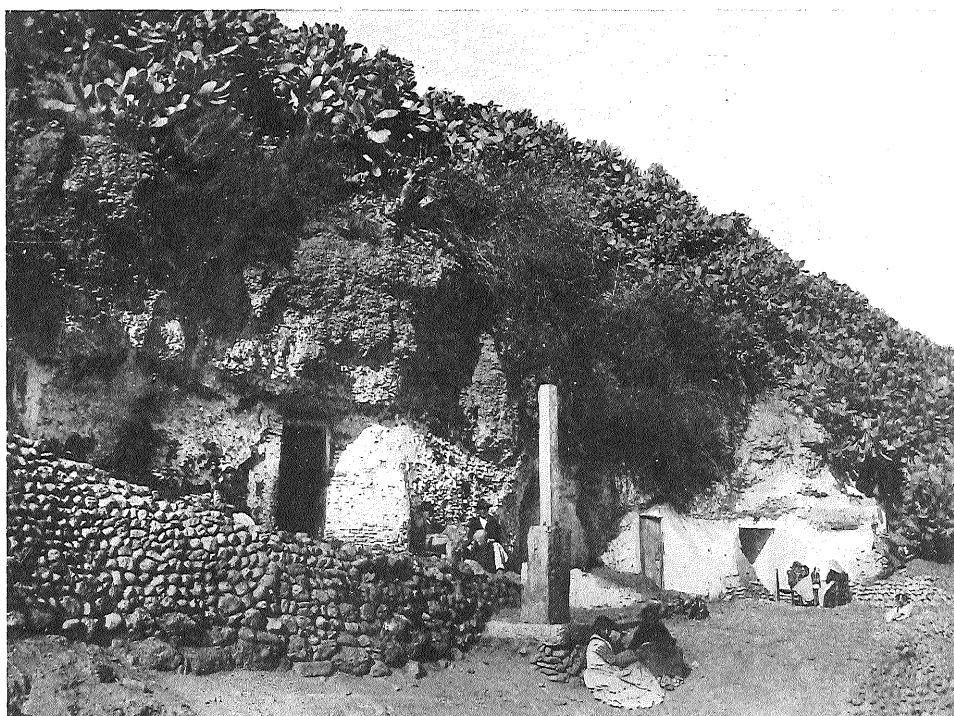
El interior es limpio y espacioso. Muchas veces no disponen de más luz que la que entra por la puerta, ni de más ventilación que la proporcionada por ésta y la chimenea. Hay otras que por la disposición y dimensiones de las colinas o montículos en que se hallan, pueden tener ventanas, a un lado de la puerta o en dirección contraria. Es costumbre blanquear frecuentemente su interior con lechada de cal; pocas son las que se revisten con ligera capa de yeso antes de hacerlo. Más generalizado está el empleo de las baldosas para el pavimento. “Lo general es, después de alisar con herramientas las paredes, arcos y aristas de los ángulos entrantes y salientes, proveerse de una brocha, comúnmente de hoja de palmera, que emplean a modo de hisopo, con cal disuelta bastante espesa en agua. De este modo, con cuidado y paciencia y lechadas sucesivas llega a formarse una costra delgada que cubre por completo a la arcilla”; si se aplicase directamente la brocha sobre la pared, se desmoronaría ésta sin admitir la cal. Teniendo las cuevas siempre muy blancas, paredes, arcos y bóvedas reflejan la luz que reciben de la puerta y el interior no es tan oscuro como pudiera creerse. “El hueco de la chimenea ábrese de dentro a fuera y de abajo a arriba, teniendo a veces que emplear primero la barra y luego un instrumento que la sustituye, con largo mango”. El precio del desmonte y excavación era hace unos años de 47 a 54 céntimos el metro cúbico. “En las cuevas se disfruta una temperatura casi igual todo el año. En la cama emplean sus moradores la misma ropa en invierno que en verano”, resultando las cuevas más económicas que las casas por el menor combustible que necesitan en invierno, largo y crudo en Guadix, y por ser menores también los gastos de reparación y entretenimiento.

Al mismo tiempo parece que estas cuevas son viviendas muy higiénicas, a lo que sin duda contribuyen las propiedades desinfectantes de la cal, prodigada, como hemos dicho, en frecuentes blanqueos. Como es bien sabido, consérvanse en ellas los frutos de la tierra en excelentes condiciones.

No todas las cuevas tienen rigurosamente las mismas habitaciones, dis-



Interior de una cueva en el barrio gitano de Granada



Cúevas del camino del Sacromonte, en Granada

tribución y dimensiones. “Las hay más grandes y más pequeñas que la descrita; otras, que de dos o más habitaciones contiguas forman un salón, sustituyendo los gruesos tabiques de tierra con pilares y arcos de ladrillo muy esbeltos. El tipo general es de cuatro o seis compartimentos, incluyendo el portal, cuadra y cocina, y suele valer cada cueva 16, 20, 25 y 30 duros. Otras son tan reducidas que viven en ellas revueltos personas



Cuevas de Guadix (Granada)

y animales. Muchas valen 4, 8, 12.000 reales, y las hay también de lujo, como la llamada del Magistral, que se calcula no habrá costado menos de 5.000 duros” (97).

“La mayor parte están inscritas en el Registro de la Propiedad y pagan contribución; unas, libres de todo censo; otras, que pagan el canon anual de una, dos, tres o más pesetas al dueño del terreno, y algunas pertenecen a obras pías, cuyo canon percibe el párroco. Los que actualmente excavan en terrenos del Ayuntamiento, se limitan a dar aviso de haberlas construído, para que las incluyan en el amillaramiento, y quedan

(97) Estos precios son de hace unos cuarenta años.

como propiedad particular con un censo moderado que pagan al Municipio.”

“En el invierno, cuando no tienen que hacer y se hallan sin jornal, suelen los pobres dedicarse a picar poco a poco una cueva, que luego venden o utilizan por sí mismos. En igualdad de circunstancias, el valor crece o disminuye en razón inversa de la distancia a que se halla el núcleo de población.”

Las que están próximas a la superficie se deterioran o destruyen algunas veces a causa de las filtraciones de las aguas pluviales; “por esto procuran los moradores conservar la superficie exterior de modo que el agua no se estanque y que tenga pronta y fácil salida. Las casas que amenazan ruina se abandonan o se reparan con arcos de ladrillo. Los gitanos suelen utilizar las deshabitadas. De éstas hay muchas que son ya inaccesibles, abiertas en elevadas cortaduras verticales, a 10, 20 y 30 metros de altura.” Es que las aguas del río van ahondando cada vez más su cauce y esas cuevas cuya entrada vemos hoy a considerable altura, cuando se habitaron, debieron estar al nivel del valle. Ello explica el tan repetido hecho de encontrar cuevas deshabitadas a gran altura de los taludes que forman los barrancos, sobre todo en esta región sudoeste, cuevas que a veces están en filas a distintos niveles, siendo sin duda las más elevadas las más antiguas.

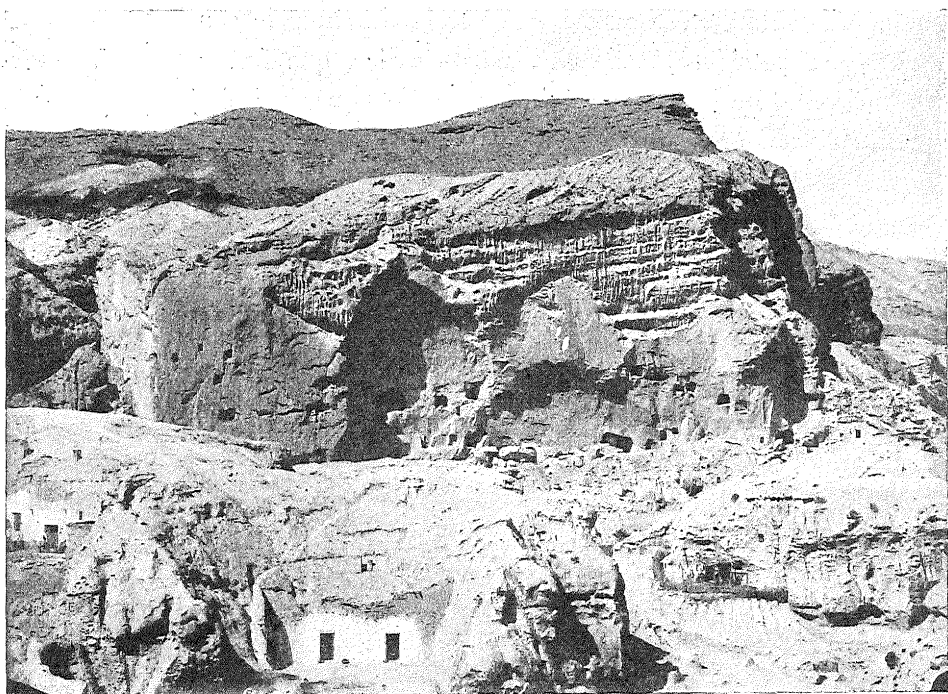
Se calcula que viven en Guadix bajo tierra unos 10.000 seres, la mayoría labradores, jornaleros y gitanos. En el barrio de Santiago, incluso la iglesia está bajo tierra.

Existen cuevas habitadas no sólo en Guadix, sino también en gran parte de su comarca, al pie de Sierra Nevada.

Purullena tiene 328 vecinos; excepto 50 que viven en casas de mampostería, el resto se acomoda en cuevas; Benalúa, con 200 vecinos, tan sólo tiene fuera de tierra la iglesia, la posada y la casa que perteneció al conde titular del pueblo, constando alguna de sus cuevas de tres pisos; Paulenca tiene 60 vecinos y sólo la iglesia y una casa sobre la superficie; Charches, 180 vecinos que viven en cuevas y 12 en casas de mampostería; El Raposo, 50 vecinos en cuevas y unos 18 en casas; Esfiliana, 100 vecinos bajo tierra y 150 sobre la superficie; Alcudia, 400 vecinos, de los que 200 habitan en cuevas, y Graena, 200 vecinos y 14 casas, incluídas las del balneario. En la misma provincia de Granada, Galera tenía a mediados del siglo pasado 130 vecinos habitando en cuevas, distribuídas, en tres barrios, y Castilléjar tan sólo contaba en esa fecha 12 casas antiguas de

mala construcción, pues las restantes, incluso la cárcel, eran viviendas subterráneas.

En todos estos pueblos las faldas de las colinas sirven de frente a las casas, y de calles los espacios entre ellas. Delante de algunas crecen gigantes y nudosos cactus y altos agaves. Su menaje es modesto: caldero de cobre en el fogón, cántaros de barro, taburetes o un banco, candiles, un



Cuevas de la Sima de Calgueri, en Cuevas de Vera (Almería)
antiguas viviendas árabes

lecho sobre el suelo y la imagen de la Virgen o de algún santo. Sus moradores cultivan las hondonadas de los ríos, tierras feraces, y por ello las cuevas muestran claramente mayor bienestar que algunas viviendas de las que se describen a continuación. Como aquí no disponen de paredes verticales, sino que las laderas de los cerros son quebradas y desiguales, tienen que preparar un plano vertical en el que colocar la puerta. En lugar de obtenerlo excavando en la roca, es decir, igualándola, hacen su entrada de fábrica, ladrillo o mampostería, cubriendo el hueco que queda en alto, entre ese muro y la roca, con cubierta de tejas curvas. Presentan así las cuevas pequeñas fachadas de fábrica, muy blanqueadas, como de costum-

bre. Las puertas son en arco de medio punto y no adinteladas como en las excavadas.

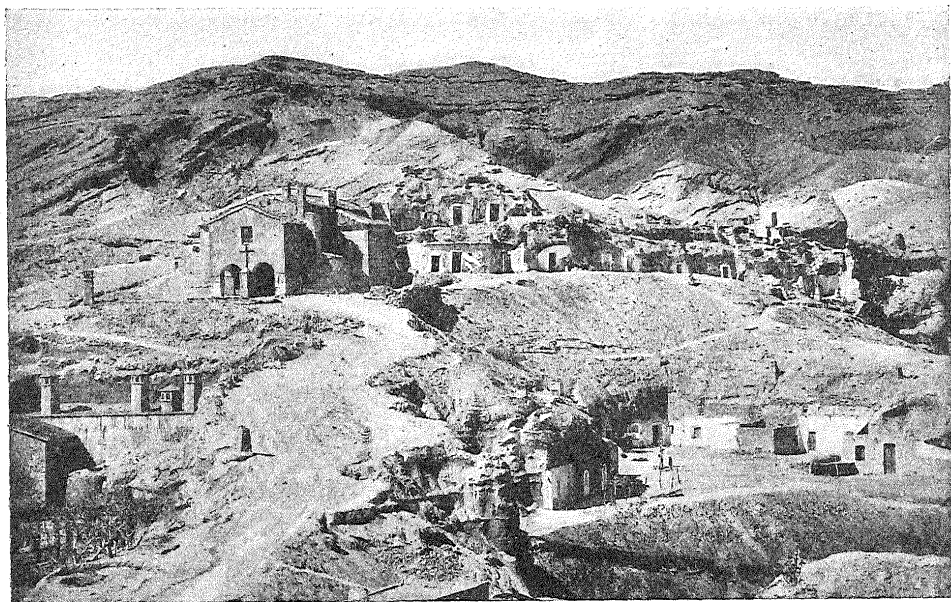
En el pueblo de Gor, al pie de la sierra de su nombre, se han construído modernamente más de 50 cuevas. Disgregóse del núcleo de la población, formada por casas de mampostería, parte del vecindario para aproximarse a la carretera que se dirige a Baza, y encontrando junto a ella un talud a cuyo pie pasa el río, abrieron en la cresta de aquél viviendas alineadas, a las que sirve de techo la capa de consistente conglomerado, por petrificación de un cemento calizo, que forma extensa superficie horizontal de 1 metro próximamente de espesor. Debajo de esa capa, siguen otras de arcilla y grava que se dejan trabajar bien y facilitaron a aquellas gentes el medio de proveerse de viviendas cómodas, seguras y económicas.

Análogos cerros calizos desgarrados por profundas cárcavas, típicos de esta región oriental de Granada, vense también en Huéscar; la gente pobre los horada para vivir dentro. Por cuevas está formado el "Barrio Nuevo", de Huéscar. Tienen generalmente tres habitaciones: zaguán, alcoba y cuadra, con un agujero en lo alto. "Cortinas blancas, cromos; innumerables cachivaches, vasos, jarras y peroles de cobre pendientes de la pared. Temperatura igual, aunque abrase el sol o entre nieve por la chimenea." Las habitan familias de trabajadores, de trajinantes o de mendigos; también hay quién tiene su tierrecita y su ganado, y no sale de Barrio Nuevo. "Lo que sí llega a darles carácter es su independencia. Irse a las cuevas es como saltar al otro lado de la valla. De hecho, eximirse de tributos. El cerro tiene su propietario, que por diez pesetas concede derecho a abrir una puerta y cavar lo que se quiera, mientras no haya perjuicio de vecino." Si se manda cavar una cueva costará 30 ó 40 duros; pero aquí se la hacen los que van a habitarla. "El contrato, particular, ante el notario de las Cuevas, especifica bien, con su fórmula tradicional: el vendedor se compromete a la "vición" y saneamiento. Los linderos son los montes y cuando no hay otra cueva "no tienen linderos." Hay en este Barrio Nuevo de Huéscar unas 700 viviendas (98).

Las cuevas almerienses. — Parece ser Almería la provincia en la que más extensión alcanzan actualmente las viviendas troglodíticas. La misma capital tiene, enfrente del puerto, un barrio entero bajo tierra,

(98) "Visita de escuelas, Regreso por Granada. Puebla de Don Fadrique, Huéscar", por Luis Bello. (En el núm. 3,637, año XIII, del diario de Madrid, *El Sol*).

excavado en el terraplén de un cerro. Le habitan gitanos y es de lo más mísero de la ciudad. Abundan también en todos los pueblos del río de Almería y en Vera, formando barrios enteros. En algunos de estos pueblos troglodíticos vense grandes peñascos calizos, cortados casi a pico, con numerosas oquedades, formando una extraordinaria colmena humana. A veces hay cinco pisos de cuevas superpuestas, a las que se sube por rampas talladas en la roca. Si la peña es muy escarpada se cava desde el interior hacia arriba, existiendo pisos altos con claraboyas a bastante altura.



Vista general de la Ermita del Calvario, en Cuevas de Vera (Almería)

Para llegar cómodamente de una a otra cañada se perforan túneles en las paredes de piedra. Chiquillos completamente desnudos, en aquel clima meridional, contribuyen a acrecentar la impresión de primitivismo. Algún industrioso troglodita, aplanando el peñasco, hace de su cueva taberna, lugar de recreo y jolgorio. Las puertas, rectangulares, se acompañan con fábrica de ladrillo o mampostería muy blanqueada, que regulariza la entrada y sujeta el cerco. Las chumberas suelen crecer en los pequeños rellanos de la montaña, entre los agujeros de las cuevas, y abajo, en el valle, levántanse las palmeras, contrastando su lozanía con la aridez del cerro habitado. Por encima de la entrada de las cuevas pobladas, vense en algunos sitios las bocas de otras hoy inaccesibles, que sin duda sirvieron de

habitación al hombre prehistórico. De tal manera se perpetúan en nuestro país las condiciones de vida a través de docenas de siglos (99).

Las cuevas valencianas (100).—Se encuentran en los lugares de Burjasot, Godella, Rocafort, Moncada, Bonrepos, Benimámet, Paterna; aguas arriba del Turia, en Ribarroja y Villamarchante, y al norte, en Bétera. Hay una población que se caracteriza con su nombre: “Coves de Avinromá” (Castellón). Habitan en ellas las gentes pobres de esas aldeas. El que quiere poseer casa propia no tiene más que escoger el borde de un morro poco elevado y empezar su trabajo de topo. Comienza por abrir la puerta de la futura casa y, sin más instrumento que una piqueta, una ligona y un capazo para transportar la piedra que va extrayendo, avanza formando túnel hacia el interior. Trabaja sin interrupción hasta tener excavada una habitación en la que instalar su lecho; luego ya no emplea más que los días festivos y los ratos que le deja libre su ocupación ordinaria, y poco a poco—a veces tarda cuatro o cinco años en concluirla—va horadando la roca y ensanchando la vivienda según el gusto personal y las necesidades de la familia; la agujerea hacia arriba para que salga el humo del hogar y entren la luz y el aire. Interior y exterior están muy limpios, muy enjalbegados, decoradas a veces en su frente con despiezos y chapados de azulejos, algunas con balcones, tal como se observa en Paterna, pues se encuentran cuevas con piso alto.

Las cuevas toledanas (101).—Las moradas troglodíticas son frecuentes en los pueblos toledanos de Villacañas, Quero, Romeral, La Guardia y Ontígola, entre otros, situados casi todos en un medio estepario de terreno ingrato, clima rudo y gran escasez de agua. Son de diversas clases, correspondientes a un tipo común. Las hay más bajas que el nivel del terreno en que se asientan (Villacañas). Otras, excavadas en un cerro, tienen varias habitaciones, sin más ventilación que la puerta de entrada; algunas se hallan provistas de chimenea y aun de ventanas, en la fachada natural del cerro.

Un tipo curioso de estas habitaciones troglodíticas es el de las cuevas de Ontígola, talladas a pico “en un conglomerado mioceno, de gran dureza, por lo que el trabajo de construcción de la vivienda tiene que ser

(99) Obra de Hielscher citada.

(100) “La Barraca valenciana”, monografía geográfica, por Antonio Mitjavila. (Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica). Madrid, 1918.

(101) “Notas para el estudio de la Prehistoria, Etnología y Folklore de Toledo y su provincia”, por Ismael del Pan y Fernández, Toledo, 1928; Eduardo Reyes Prósper, “Las estepas de España y su vegetación”, Madrid, 1915; Santiago Camarasa, “De la España ignorada. Viviendo bajo la tierra. Los trogloditas del siglo xx.” (En el diario de Madrid, A. B. C.)

lento y de mucho esfuerzo. Vistas estas casucas por el exterior, sólo muestran la puerta, un tanto trapecial, y como coronamiento, una chimenea en forma de tronco de cono, fabricada con los mismos materiales del conglomerado antes dicho.”

“Unas junto a otras se alinean las puertas, acompañadas de algún que otro ventanuco, rasgado en la fachada natural del altozano. Por aquella grieta, más que ventana, penetra tan escasa cantidad de luz, que no basta



Patio de una cueva en Benimámet (Valencia)

a disipar las tinieblas, perennes, del interior de estas rudas y primitivas habitaciones.”

“Por medio de una rampa se llega hasta la puerta de la vivienda, y ya en el interior, se tropieza, primero, con una habitación o pieza en forma de rotonda, especie de recibidor y de cocina, pues a la izquierda se ve el hogar, tan primitivo como el de los pueblos pastores, sin más diferencia con el de éstos que haber aquí una salida ascendente para los humos.” Suele haber una excavación en la pared frontera a la puerta, destinada a sostener los cántaros para el agua. “No existe fregadero, pues tanto para fregar el servicio de cocina como para el lavado de la ropa,

hay en el exterior unas curiosas tinas, hechas con la mitad de un tinajón de los de vino, partido en sentido longitudinal.” El humilde ajuar rebosa limpieza. El amor al terruño parece centuplicarse en este medio inclemente y hostil.

En Villacañas se siguen construyendo cuevas. En La Guardia todo el pueblo está formado por viviendas troglodíticas excavadas en una gran montaña parda que surge en medio de la llanura manchega. Son hogares modestos, pero confortables y completos, limpios, con sus fachadas enca-ladas y sus tejaditos rojos, habitados por labradores y trajinantes. Los más espaciosos tienen cuadra, cámaras y bodegas. Hasta el santuario venerado, la ermita del Santo Niño Mártir, patrono del pueblo, es una cueva enorme, con su gran fachada encalada, destacándose risueña sobre el fondo gris de la montaña, con un pequeño campanario y un principio de tejado.

Análogas cuevas encuéntrase en terrenos esteparios de las provincias de Madrid y Cuenca, como en Perales de Tajuña y Tarancón, alcanzando hasta la de Guadalajara.

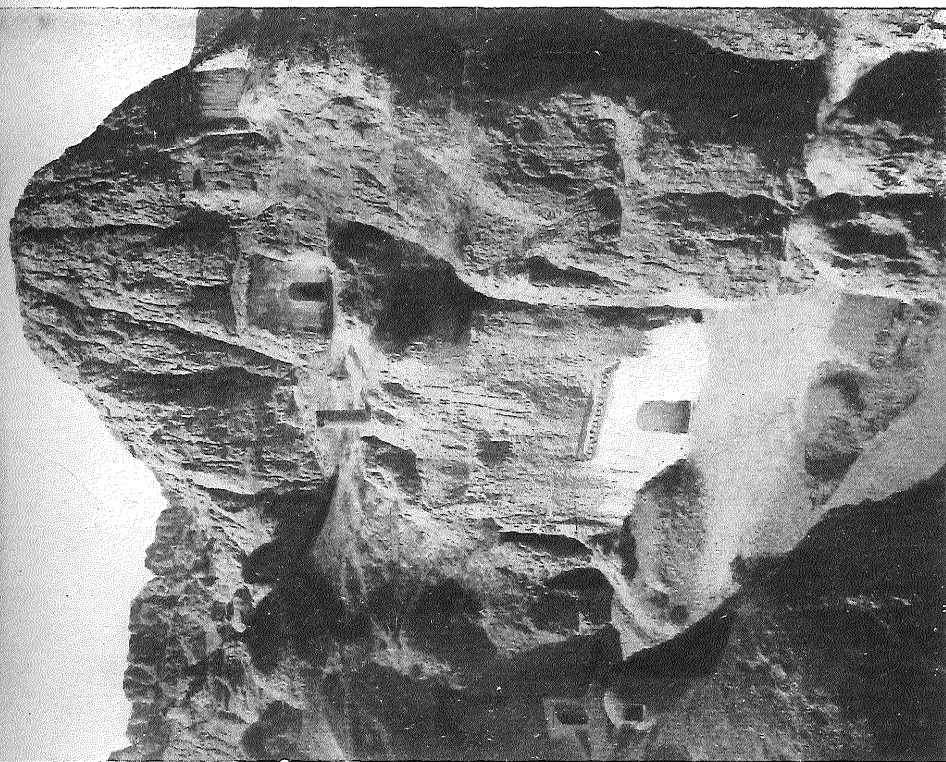
Las cuevas navarras (102).—A diferencia de muchas aragonesas, se caracterizan por estar excavadas en un acantilado, mientras que aquéllas lo están bajo el suelo.

“La zona ocupada por las cuevas en Navarra es bastante extensa y se encuentra situada en pleno dominio del ladrillo y del adobe, extendiéndose al otro lado del Ebro. Existen viviendas subterráneas o cuevas en Milagro (35 por 100 de las habitaciones), Valtierra (27 por 100), Arguedas (30 por 100), Andosilla (10 por 100), Azagra (20 por 100), Mendavia, Caparroso (20 por 100), Peralta (20 por 100), Buñiel (algunas), Lodosa, Lerín, Los Arcos, Murillo el Fruto (algunas), Funes, Falces, Carcar y Sesma.”

“En Navarra las cuevas no llegan a la perfección de algunas que se ven en Aragón, por ejemplo. Las de Lerín, pongamos por caso, son de un solo piso, pequeñas y con una sola fachada. No están bien ventiladas ni blanqueadas, y en ellas viven las personas más pobres del pueblo.”

Refiriéndose a las cuevas de Arguedas y Caparroso, ha escrito el doctor Juaristi: “Para construirlas se adquiere el permiso del Municipio, por simple solicitud. Casi siempre es con motivo de una boda próxima. Se heredan. No pagan impuestos. Se escoge un terreno yesoso, bien igual y compacto: un montículo que tenga un corte al E. o al S.; se comienza

(102) Leoncio Urabayan, “La casa navarra”, Madrid, 1929, págs. 110 a 114.



Cuevas de Guadix (Granada)



Cuevas del camino del Sacro Monte (Granada)



Interior de una cueva, en Benimamet (Valencia)



Entrada en una cueva, en Benimamet (Valencia)

con un pico la galería por lo más alto. Si ha de tener dos pisos se hace primero el superior. Casi siempre tienen una fachada. Algunas tienen dos caras: una, más extensa, la del corte del monte al S. o al E.; otra, pequeña, opuesta, en ángulo. Los pisos únicos abundan más. Las cuevas de dos pisos pertenecen, o bien a una misma vivienda, por lo que tienen escalera interior, labrada en el mismo yeso, o bien a dos viviendas distintas, en cuyo caso la más alta necesita una escalera exterior, labrada también en el terreno. Esto ocurre cuando no hay una fachada disponible bien orientada. Cuando el montículo es elevado se prefiere hacer las galerías más cerca de la cumbre que del suelo, para que no pese sobre los techos mucha masa; esto obliga a labrar escaleras exteriores. Las casas de una planta tienen en ella portal pequeño, cocina, dormitorios y cuadras, además de una despensa o bodega. La despensa o bodega no tiene ventana al exterior. Las casas de dos plantas tienen en la más alta la cocina, cuya chimenea se labra en el yeso hasta la cumbre del montecillo. No hay retretes. Los menesteres se hacen lejos y fuera. Las ventanas tienen sus maderas al uso del país; en muchas los jambajes están pintados a la cal. Algunas casas tienen balcón sin saledizo. Otras, un corredor sin saledizo, de tres o cuatro metros de largo por uno de fondo. Las habitaciones son grandes y muy limpias, blanqueadas con cal ligeramente teñida de azul. Los techos son un poco abovedados. No hay puertas interiores o son escasas. Los dormitorios se separan por cortinas. El suelo está muy apisonado y es limpio. En algunas hay baldosa de barro cocido en alguna estancia. El mobiliario es el corriente y sencillo. Son característicos los tinajones pintados de almazarrón. La temperatura es siempre muy agradable. La bodega o despensa, oscura y profunda, hacia el N., es fresca. En todos los dormitorios y cocinas entra el sol. No hay la menor humedad ni olor. La cubicación es más que la suficiente, aunque los techos son bajos (2'20 a 2'50 metros)."

En el partido judicial de Estella y jurisdicción de la villa de Carcar hay un despoblado conocido por Villavieja, con numerosas cuevas, habitadas en otro tiempo, y algunas ocupadas todavía.

Las cuevas aragonesas. — Abundan las viviendas troglodíticas en las riberas del Jiloca y del Jalón, cuya constitución geológica se presta admirablemente a excavarlas. Forman barrios enteros en Calatayud o núcleos importantes dentro de ellos—el Picado, la Rosa, San Roque, etc.—; antes vivía bajo tierra la quinta parte de los habitantes de la villa; hoy tienden a disminuir por el mejoramiento económico de los labradores y

las numerosas expropiaciones, bien pagadas, que ha habido que realizar en evitación/ de que muriesen aplastados sus moradores por la caída de rocas descompuestas de los cerros a cuyo pie se hallan.

En Salillas del Jalón ábrense, no en una ladera, como es lo frecuente, sino en la tierra, por ser el terreno muy llano. Barrios de cuevas habitadas hay en Epila, Ariza, Aniñón—barrio de San Ramón—y vivien- das sueltas en muchísimos pueblos de esta comarca.

Abundan también las cuevas en algunos pueblos aragoneses de la fértil ribera del Ebro, como Cervera, Alfaro y Albelda, siendo muchas de ellas viviendas confortables. En un despoblado celtíbero o romano inmediato a Cervera del Río Alhama se conservan más de treinta, muchas todavía en uso, artificiales, dispuestas en líneas escalonadas con cierta regularidad, en las vertientes de dos cerros; algunas se hallan cegadas y hundidas otras. “Comúnmente están por completo excavadas en la roca, pero algunas veces sólo se excavó su tramo posterior, y delante, en la superficie vertical de la peña, se ven mortajas para encajar las vigas de la techumbre y el arranque de tapias que completan en forma de cabaña el área complementaria de la cueva. Todas tienen la misma disposición: de planta rectangular, de unos 8 por 4 m., con la techumbre excavada a dos vertientes de largos faldones que van a morir a las paredes laterales, con una altura media de 2,50 m. en el caballete y 1,60 m. en los muros terminales, dando acceso a la cueva el vano completo de la cara anterior del rectángulo. A veces estas cuevas artificiales forman grupos de tres, sólo separadas por el débil tabique, sin perforar, de la roca misma, y con su abertura cada una. Casi siempre van las cuevas precedidas de una corraliza rectangular, cuyo tamaño medio en las aisladas es de 6 por 4 m. y en las agrupadas, de 12 por 7, fabricada de tosca mampostería y siendo común y sin divisiones en los casos de agrupación de cuevas” (103).

En Asturias, en Cabrales, hay cuevas en las que se refugian los pastores con el ganado los días de mal tiempo, y por Boal existen otras en las que vive de lleno el troglodita (104).

En Cataluña existen algunas pocas cuevas habitadas en Tortosa, partida llamada de Campredó, y en Abella de la Conca (Lérida).

(103) B. Taracena y Aguirre, “Noticia de un despoblado junto a Cervera del Río Alhama”. (*Archivo Español de Arte y Arqueología*, núms. 4-5, año 1926, enero-agosto).

(104) Constantino Cabal, “Las costumbres asturianas, su significación y sus orígenes”, Madrid, 1931, págs. 109 y 110.

Es lugar común el considerar a los actuales habitantes de las cuevas como los parias más desamparados y míseros de nuestra sociedad. Nada más lejos de la realidad. Las cuevas suelen ser alojamientos más confortables que las casas de infinitos pueblos de la España árida. Ofrecen al hombre una vivienda templada en invierno y fresca en estío. La orientación de su puerta y ventana o ventanas, casi siempre a saliente o mediodía, permite más insolación y aireación que en la mayoría de las moradas que forman los caseríos, apelmazados en callejuelas estrechas. Muestran, más que una supervivencia ancestral y bárbara basada en un estado de miseria e incultura, una feliz adaptación al medio geográfico. Sus interiores, cuidadosamente blanqueados, limpios, cubiertos los muros por utensilios de cobre y ajófar, y por toda clase de cacharros, dispuestos graciosamente, pregonan, no tan sólo un relativo bienestar, sino también una preocupación estética propia de estos pueblos meridionales.

Al otro lado del Estrecho, encuéntranse también análogas habitaciones troglodíticas en un medio natural muy semejante.

LOS ABRIGOS DE PIEDRAS SUELTAS DEL CAMPO DE TARRAGONA Y DE LAS BALEARES (105).—Se encuentran estos humildes abrigos o barracas, contruídos totalmente de piedras sueltas, sin mortero, en regiones que tienen o han tenido abundantes viñedos, pues casi todos sirven de albergues temporales en los momentos de la poda, de la vendimia, etc. Parece que responden a un tipo de construcción esencialmente mediterráneo, extendido por las orillas de este mar y de remotísima tradición. Han sido analizados someramente los del campo de Tarragona y los de las Baleares, pero en nuestro país deben existir en otras regiones.

La comarca en la que se encuentran en más abundancia está incluida en un perímetro que, aproximadamente, se podría limitar por las ciudades y villas de Tarragona, Montblanch, Santa Coloma de Queralt, Calaf, Sallent, Monistrol, Collbató, Capellades, Vilafranca y Vendrell. El foco, el punto central, lo constituye la parte más septentrional del campo de Tarragona, extendiéndose el área de dispersión siempre hacia el norte y se concreta e intensifica aquí o allá, según influyan diferentes circunstancias, facilidad en los materiales de construcción, frecuencia de las lluvias y vientos imprevistos y molestos y cultivo de los viñedos. Una de las comarcas en las que se encuentran en mayor número es la que está entre Igualada y

(105) Juan Rubio, *Construccions de pedra en sec*, *Anuario de la Asociación de Arquitectos de Cataluña*, 1914, págs. 35 a 105; Vicente Lampérez y Romea, "Arquitectura Civil Española de los siglos I al XVIII." Tomo primero, 1922, págs. 83 y 84.

Capellades; también existen al norte de Monistrol, al sur de Manresa, en la marina, por Creixell, Roda y San Vicente de Calders, y en el cabo de Creus.

Las plantas de estos refugios suelen ser cuadradas, cubriéndose todos con bóvedas cónicas, variando algo tan sólo las diversas soluciones—pechinass—para pasar de la planta cuadrada a la circular.

La construcción de tales abrigos supone la existencia en la región de piedras algo planas y generalmente calizas. Sus dimensiones son variables: los hay desde un diámetro interior de 1'20, con carácter de albergue temporal para guardaría o guarecerse de la lluvia, hasta 3'30, y aun mayores. Algunos son dobles, constando de dos y aun más locales en comunicación entre sí, formando como una pequeña casa o vivienda agrícola permanente, con cocina, chimenea y cuadra. Son mucho menos frecuentes los circulares interiormente, y aun más raros los que tienen esta forma también al exterior.

Las piedras sueltas que forman los muros pueden colocarse en éstos tal como se encuentran, o dándolas con el martillo una forma apropiada para su mejor acoplamiento. En el primer caso, los muros se forman por piedras de un tamaño aproximadamente igual, puestas unas sobre otras, o por piedras grandes acunadas con otras pequeñas.

Respecto a las puertas de entrada a estos abrigos o barracas, su variedad es muy grande: puede decirse que no hay dos que se asemejen. Empléase el dintel, el arco y sistemas mixtos, de desarrollo más complejo.

El dintel único se utiliza en las comarcas en las que la piedra caliza se presenta en bancos de poco espesor. Entonces, si esta piedra tiene el grueso y la longitud conveniente, la puerta es rectangular. Si es de suficiente longitud, pero de poca resistencia, se impone la multiplicidad de dinteles. Y si la piedra de que se dispone es del suficiente grueso, pero corta, entonces las líneas de las jambas se hacen convergentes, estrechándose la puerta de abajo a arriba. La solución que no aparece nunca es la de las ménsulas salientes sobre las jambas, apeando el dintel.

En las puertas de arco hay también múltiples soluciones. La más sencilla es la que consiste en formarlo por dos piedras largas en ángulo. Cuando el arco está formado por varias dovelas, se suelen colocar éstas en una disposición diferente de la usual en las construcciones eruditas: se comienza el arco con upas dovelas horizontales o radiales, pero a partir de su tercio, aproximadamente, las dovelas, situadas según una inclinación conveniente, se colocan paralelas entre sí hasta llegar a la clave, formándose

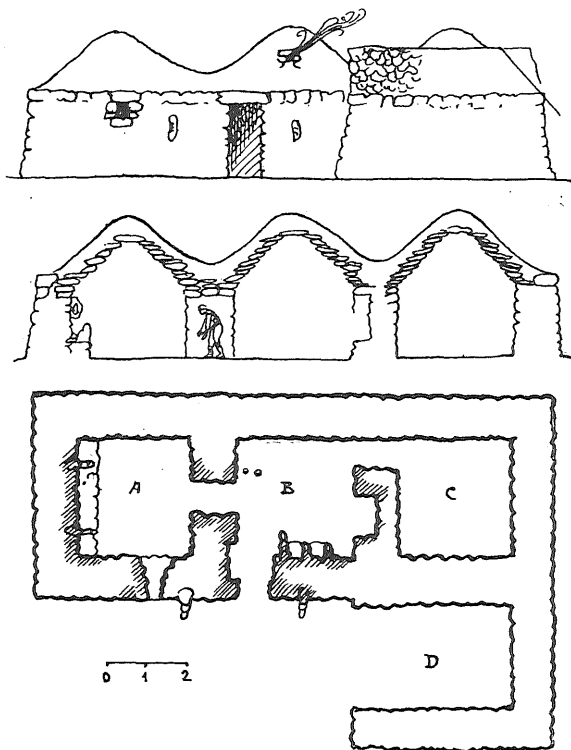
ésta por una piedra triangular o una serie de piedras, a manera de espina de pez. Se acumula así la inclinación en la clave, resolviéndola allí de una vez, pues es difícil encontrar una serie numerosa de piedras trapezoidales cuyas caras tengan la inclinación necesaria para formar el arco. A medida que la obra va subiendo y las dovelas formando aquel, se impone el apuntalamiento de las piedras, que se hace con troncos y ramas, lo que explica el que esté con frecuencia descendida la clave.

Hay sistemas mixtos de dintel y arco. El dintel, a veces, aparece aliviado por rudimentario arco situado sobre él. Excepcionales son los casos de puertas o huecos de ángulo formados por piedras que van avanzando hasta llegar a unirse las jambas.

Cuando el abrigo no es redondo, sino cuadrado o rectangular, se complica el problema de su construcción. Impónese entonces la pechina, que se construye de muy diversas maneras, según la clase y dimensio-

nes de los materiales de que se dispone. Los abrigos circulares cubiertos con bóvedas cónicas, contruidos sin cimbra y por hiladas horizontales voladas sucesivamente, casi siempre tienen sus muros formados por piedras gruesas en el exterior de la parte baja; su bóveda se levanta con piedras planas de las mayores dimensiones posibles, calzándose unas con otras para que sus hiladas no sean fácilmente deformables. Toda la bóveda trabaja a la compresión y se construye siempre poniendo las piedras que la forman no horizontales, sino ligeramente inclinadas hacia la parte de afuera.

Además de estos abrigos con bóveda cónica, caso el más general y ca-



Alzado, sección y planta de una barraca de la marina de Lluchmayor (Mallorca)

Dibujo de J. Rubio

racterístico, se encuentran otros dos tipos excepcionales. Uno de ellos es el de planta rectangular, cubierta con bóveda cilíndrica. El otro es el de igual planta cubierta por medio de voladizos en el interior de sus cuatro muros.

Se dan cuatro casos de pechinas: 1.º La bóveda cónica conserva en todos sus puntos la forma propia. La intersección de la superficie del cono recto de base circular con los cuatro paramentos verticales interiores, da cuatro ramas de hipérbole. 2.º La bóveda cónica se deforma en las proximidades de los cuatro ángulos del abrigo. La deformación consiste en curvarse la generatriz del cono con la concavidad mirando hacia afuera. 3.º La bóveda cónica también se deforma en las proximidades de los cuatro ángulos de la barraca. La deformación consiste en curvarse la generatriz del cono con la cavidad mirando hacia adentro. 4.º La bóveda cónica conserva en todos sus puntos la forma propia. El paso de la planta cuadrada a la circular se hace por medio de una forma más o menos irregular.

El lugar en el que la primera forma adquiere una caracterización más singular es en Rodonyá, así como en las montañas que separan la cuenca del Gayá de la Riera de Foix; cerca de Montinell y San Jaime de los Domenys hay una pequeña variante, que se encuentra también entre Capellades e Igualada, especialmente hacia la Poble de Claramunt, y que consiste en construir un muro al costado de la puerta, como protección contra el viento.

La segunda forma de pechinas se encuentra localizada en la comarca comprendida entre Valls, Montblanch, Cabra y Santas Creus. La tercera parece propia de una comarca mallorquina, comprendida entre Manacor y Artá. También en Menorca se encuentran abrigos con disposiciones análogas. La última forma se encuentra en Sampedor.

Particularidad muy característica y general de la construcción de estos abrigos, es el *cocó*, lugar acondicionado expresamente para guardar el cántaro con el agua que se conserva en él buena y fresca. Está siempre en el suelo, con frecuencia dentro; al hallarse fuera, hay que protegerlo de la lluvia por medio de piedras sueltas formando vertiente.

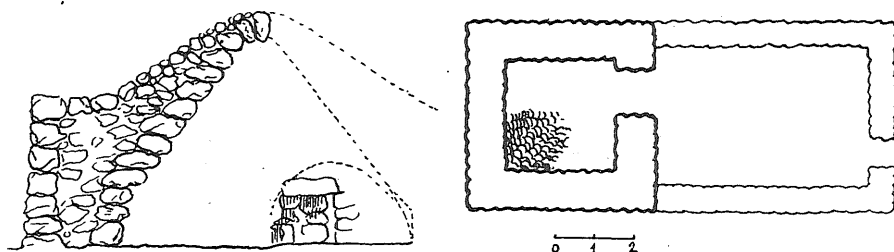
Además del agua del cántaro, insuficiente si se trata de dar de beber a algún animal o de otras necesidades, es frecuentísimo, en comarcas en las que la capa de tierra vegetal es de poco espesor, y la piedra, por tanto, muy superficial, disponer una área más o menos grande, con sus regueros, para que el agua de lluvia se recoja en un pequeño pozo, pasando antes por un hoyo filtrador, en el fondo del cual se depositan los materiales pesa-

dos y a través de un pequeño haz de hierba seca o de ramas que detienen las hojas y brozas.

Existen abrigoes dobles; en Mallorca, en la marina de Lluchmayor, hay alguno que tiene tres habitaciones, con sus bóvedas independientes: establo, cocina con dos fogones, otro tercer local (la *pallica*) y uno abierto al exterior, para guardar el carro, cubierto con un envigado de troncos sobre los que descansa un enlosado con arcilla encima.

También se encuentran en esta región catalana barracas rectangulares, de piedras sueltas, con cubierta de ramas de árbol y paja, para guardar el ganado. Otras hacen los carboneros de paja y ramas, de carácter provisional.

LAS BARRACAS LEVANTINAS. — El último escalón, junto al mar, de la amplia gradería levantina que desde los altos montes del sistema ibérico,



Sección y planta de la barraca "Sa Carrotja" (Mallorca)

Dibajo de J. Rubio

límites de la meseta central, se extiende hasta el Mediterráneo, fórmalo la planicie litoral, de aluvión, abierta y dilatada, engendrada en su mayor parte por el arrastre de tierras, verificado por los ríos que descienden de la región alta que, con sus depósitos de estratificación, fueron robando al mar esta comarca. La costa es llana, en suave pendiente, de clima mediterráneo, con atmósfera limpia y transparente. Es esta la región de las huertas, manchas no extensas de regadío, cuyos cultivos son los primeros de España en riqueza y técnica. En donde los ríos, desembocando de la garganta, viértense en la llanura del litoral, se detienen y represan sus aguas para aprovecharlas en su riego. Una red de acequias de complicados y numerosos brazales, la reparte por el terreno "y unas ordenanzas de riegos regulan su disfrute colectivo con arreglo a principios de equidad y justicia. Circunstancias locales imponen sus variantes: el disfrute del agua es gratuito en la huerta de Valencia; se subasta, por el contrario, diariamente, en Elche y Lorca... Eliminada mediante el regadío la adversa aridez extremada del país, la huerta cultiva de todo (principalmente hortalizas y árboles frutales,

como el naranjo), en cosechas sin tregua, en el seno mismo de la estepa o terrenos áridos circundantes" (106). En las formaciones délticas, o albuferas, cultívanse los arrozales.

Concéntrase la población en estos ricos oasis de las huertas, en contraste con las tierras levantinas del interior.

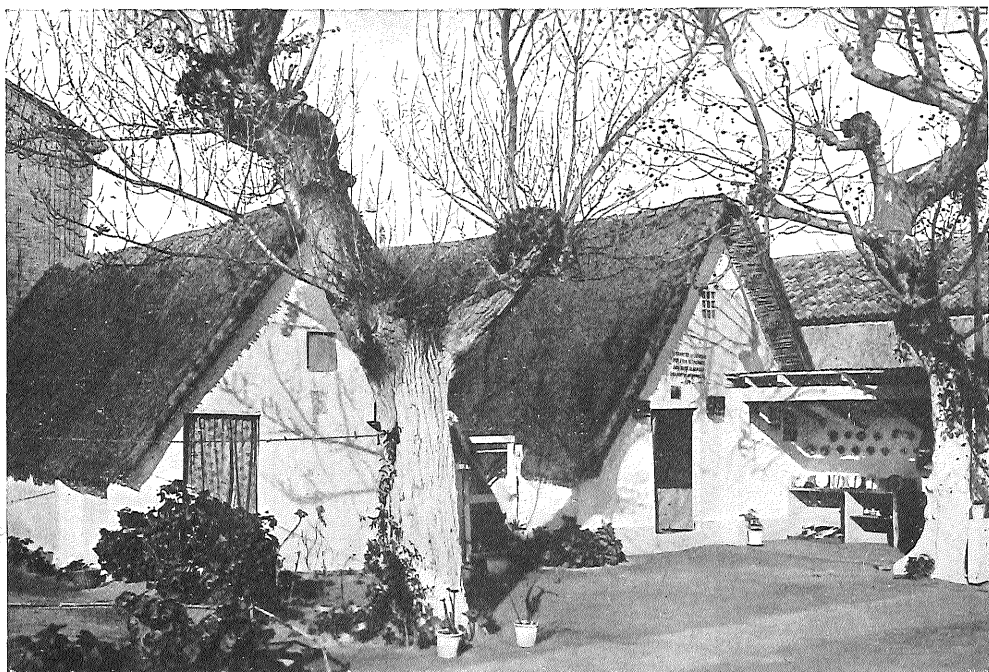
En gran parte de las huertas del litoral no se diferencia el caserío de el del resto de la comarca. Pero, como supervivencias tal vez de tiempos antiguos, han quedado en ellas tres manchas principales en las que el labrador vive en barracas, construcciones elementales propias de un país cuya temperatura es benigna y fácil la vida, que en gran parte puede hacerse al exterior, y en el que el cultivo intensivo de una pequeña porción de terreno muy fecundo, exige la absoluta esclavitud a él. Esas tres manchas son las de la huerta y albufera valenciana, de la huerta murciana y de la de Orihuela; otra hay, comparable con las anteriores, en el Delta del Ebro.

Las barracas valencianas. La huerta. — "Desde Puzol a Catarroja (de norte a sur) y de Villamarchante — zona de colinas — al mar, salvo siempre la estrecha faja de los marjales costeros, se extiende la rica huerta valenciana. Cientos de millares de hombres se agrupan en un reducido espacio, unidos a la tierra en el cultivo intensivo... No hay en España ejemplo de superpoblación semejante, y para hallarle parecido en el mundo, hay que recurrir al delta del Gangés o al valle del Nilo, originada también por razones agrogeográficas. Aparte el centro urbano de Valencia, miles de barracas, a la sombra de la higuera, dispersas entre naranjos, forman la urbe arcádica de la huerta. Sobre las arcillas rojas de la llanada extensa, "formando grandes cuadros cortados por sendas y acequias, la cristalina transparencia del ambiente mediterráneo, en el vernal atardecer, sombras azules y encarninadas..." (107). Es el paisaje descrito por Blasco Ibáñez con enérgicos trazos:

"En el inmenso valle, los naranjales como un oleaje aterciopelado; las cercas y vallados de vegetación menos oscura, cortando la tierra carmesí en geométricas formas; los grupos de palmeras agitando sus surtidores de plumas, como chorros de hojas que quisieran tocar el cielo, cayendo después con lánguido desmayo; villas azules y de color de rosa, entre macizos de jardinería; blancas alquerías casi ocultas tras el verde bullón de un bosquecillo; las altas chimeneas de las máquinas de riego,

(106) "Ensayo acerca de las regiones naturales", por J. Dantín Cereceda.

(107) Dantín Cereceda, obra citada.



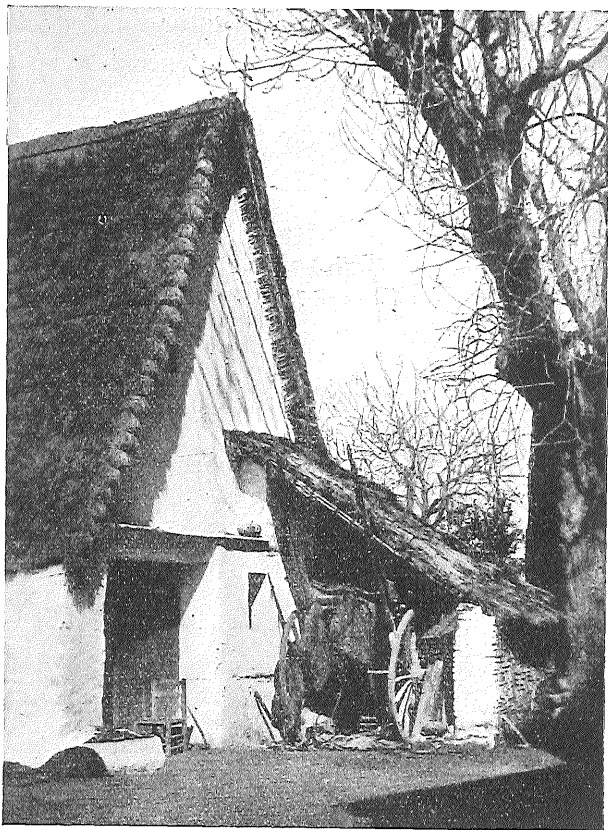
Barracas de la huerta de Valencia



Barracas de la huerta de Valencia (Cabañal)

amarillentos como cirios con la punta chamuscada; Alcira, con sus casas apiñadas en la isla y desbordándose en la orilla opuesta, toda ella de un color mate de hueso, acribillada de ventanitas, como roída por una viruela de negros agujeros. Más allá, Carcagente, la ciudad rival, envuelta en el cinturón de sus frondosos huertos; por la parte del mar, las montañas angulosas, esquinadas, con aristas que de lejos semejan los fantásticos castillos imaginados por Doré, y en el extremo opuesto los pueblos de la Rivera alta, flotando en los lagos de esmeralda de sus huertos las lejanas montañas de un tono violeta, y el sol que comenzaba a descender como un erizo de oro, resbalando entre las gasas formadas por la evaporación de incesante riego.”

La barraca (108).—La barraca valenciana ha sido cantada por poetas, descrita por novelistas, y detalladamente analizada por arquitectos y escritores.



Barraca valenciana

El huertano, escaso de medios económicos, no puede construirse una casa como las corrientes de los pueblos. La piedra está lejana y es costosa de acarrear, la madera que tiene a mano, es poca y mala para la construcción. Ha de recurrir a los materiales más inmediatos: tierra arcillosa, cañas

(108) “La barraca valenciana”. Monografía geográfica, por Antonio Michavila. (Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica). Madrid, 1918, artículo citado más adelante, y *The Barracas (Cottages) of Valencia*, by Francisco Almela y Vives, *Publications of the Patronato Nacional del Turismo, Illustrated monographs of artistic and picturesque places in Spain*, N. 3, Madrid.

que crecen en las márgenes de las acequias, madera de chopo, y paja, enea o broza de tallo largo y resistente. Con todos ellos edifícase una vivienda ligera y confortable, gracias a la benignidad del clima y a las escasas lluvias. El mismo es arquitecto y albañil de su modesto hogar.

La BARRACA

La planta es un rectángulo de 9 metros de largo por 5 y medio de ancho, por término medio. Para cimentarla se abre una zanja de 50 centímetros de ancho por 40 de profundidad en todo su perímetro, suficiente para quitar la capa laborable y encontrar en la vega un terreno arcilloso bastante compacto que resista las débiles presiones de las paredes. Estas fórmanse de adobes—*gasons*—(de $40 \times 35 \times 6$ centímetros) contruídos de tierra arcillosa extraída de su mismo campo, adobes que enjuga y tuesta al sol de la canícula después de amasados con paja. A veces va superponiendo el barro en paletadas. Las paredes tienen una altura de 2,50 metros; sobre las laterales se coloca una carrera (*cadorsa*), a la que se clavan los pares (*costelles*) de la armadura y las vigas del piso que sirven de tirantes. La armadura es la elemental de par e hilera, distanciadas dos metros. La madera empleada es la de los árboles que el labrador encuentra en el terreno. Sobre los tirantes y normalmente a ellos se coloca un cañizo resistente—cuyo material abunda en la huerta—que constituye el piso sobre el que pueden dejar provisionalmente las cosechas de poco peso.

Con objeto de hacer más cómoda y segura la circulación por dicho piso superior (*andana*), se establece un paso con tablas llamado *coster*, a cuyo lado se disponen unos pies derechos, desde el tirante al par, unidos longitudinal y transversalmente por medio de listones, formados unos con marcos o bastidores sobre los que se colocan los cañizos, destinados a la cría del gusano de seda. Los tirantes están apoyados además en una viga normal a ellos, sostenida por pies derechos de madera rolliza, colocados en el tabique que divide longitudinalmente la planta baja.

Sobre el elemento resistente de la cubierta, formado por los pares y riostras, se coloca un cañizo con las cañas horizontales y las guías más gruesas, en sentido de la pendiente; encima de éstas, normalmente, van otras cañas espaciadas 40 centímetros, a las que se ata la broza que forma la capa exterior. El tejido de la cubierta comienza por la parte inferior en voladizo o alero (*polsera*); para que tenga rigidez y se sostenga en el plano de aquélla, se coloca una capa de paja de trigo. Esta broza o paja, que bien tejida, da protectora cubierta a la modesta barraca, es de 1,50 metros de longitud y de sección triangular; se coge en los carrizales de la Albufera, si bien existe en menor cantidad en casi todas las zonas arroceras

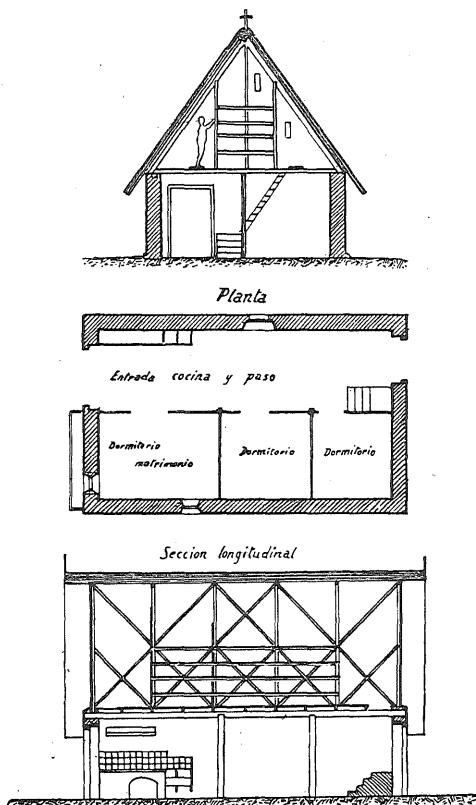
de la costa, y se ata por su extremo más grueso a las cañas horizontales exteriores, formándose así la primera hilada inferior. Sobre la caña, inmediatamente superior, se ata la segunda hilada, que solapa sobre el anterior 1,10 metros, y así sucesivamente, hasta llegar a la superior, que carece de solapa, pero que se ata a una caña exterior, oprimida por la de abajo; así se llega al caballete, cubierto con barro, después de recortar las esbezas de la parte superior de las brozas.

A los extremos del caballete, y rematando las dos fachadas principales, colócase una cruz de madera, clavada sobre la testa de la hilera, que corona y santifica el rústico albergue.

La cubierta avanza sobre la fachada unos 70 centímetros, formando el ala del penal, cuya broza del borde (*cap*) se rodea de caña muy fina (*senill*), formando un cilindro protector. Cada cinco años suele repararse cambiando la broza.

La parte de fachada que forma el penal o piñón, como no soporta ninguna carga, sólo es elemento de cerramiento y se construye de cañizo, revestido exteriormente de barro y sujeto por el interior a tres pies derechos: el central, que

termina en el caballete, y los laterales, en los pares. En dicho cañizo se dejan estrechos huecos para luz y ventilación de la *andana*, a la que se llega desde el interior por medio de una escalera de mano. La poca consistencia del material de que están formadas sus paredes, no tolera grandes ni muchos huecos, que no hacen falta en una región de atmósfera tan luminosa. A un lado de la fachada, a oriente o mediodía, se dispone la puerta, amplia para que dé iluminación suficiente, y al otro una ventana; en la parte baja, un banco, y al pie de las paredes laterales un pequeño terraplén para evitar humedades, con plantas de hoja perenne y raíces cortas,



Planta y secciones de una barraca valenciana

Dibujo de Gosálvez

como geranios, dompedros, etc. Precede a la barraca el emparrado, sostenido por pilares; chopos y alguna higuera suelen dar sombra en verano a la plazoleta de entrada.

El interior queda dividido a lo largo en dos partes desiguales: una que es pasillo, y otra, con tres dormitorios generalmente y la cocina. Algunas veces ésta se reduce a un banco y vasar en el pasillo y los hornillos se sitúan en otra barraca pequeña, separada por temor a los incendios (109). Si la barraca está orientada al sur, el penal de la parte posterior se recubre con broza para evitar las molestias de los vientos del norte en los fuertes temporales. Completamente enjalbegados están el poyo y el horno de pan cocer. El piso alto, la andana, destínanse exclusivamente a almacenaje.

Para defenderse de la humedad ambiente y del fuerte calor solar se enjalbega muy a menudo su exterior y su interior; en alguna se aprecia doble capa de cal de 5 centímetros. Bien blanqueada por dentro y por fuera, esmeradamente pulcra, con la estampa de la Virgen de los Desamparados o del Cristo del Salvador clavada en el interior de la puerta, las cortinas de vistosa indiana en los cuartos, los platos de Manises y los pucheros de Alacuás en los vasares, los melones colgados del techo o las mazorcas de maíz, queda completado el modesto hogar. Su coste era, hace unos quince años, de unas 750 pesetas.

Area geográfica de la barraca.—En la huerta valenciana extiéndense las barracas en un círculo que tiene por centro la Albufera, y cuyo radio no excede de 12 kilómetros. Además de esta zona, en la primera mitad del siglo pasado extendíanse también por otra mucho mayor, desde la parte norte de la Albufera hasta el límite septentrional del término de Masalfasar, en el sentido de la costa, y desde el mar hacia el interior en una faja de unos 6 kilómetros. Los pueblos situados dentro de ella, tales como Masalfasar, Albuixech, Albalat, Foyos, Meliana, Almacera, Tabernes, Benifaraig, Alboraya, Ruzafa, etc., tienen su origen en barracas.

Hoy tiende su número a disminuir considerablemente. Hace pocos años Albuixech, Alboraya, Cabañal y Ruzafa eran pueblos en su totalidad constituídos por barracas. Casi todas sus calles conservan alguna, supervi-

(109) Esta detallada descripción cópiase casi al pie de la letra de la ponencia del tema IV, "Intervención del Arquitecto en la Arquitectura rural y medios para conseguir en ella un fin artístico", presentado al VII Congreso Nacional de Arquitectos, por los señores don Antonio Martorell, don Francisco Mora y don Víctor Gosálvez. (*Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, año 1, núm. 20, Madrid, 30 octubre, 1917).

vencia de la antigua construcción. La facilidad grande con que se incendiaban, la prosperidad de labradores y pescadores en estos últimos años, el afán de vivir en casas a estilo de ciudad, aunque con frecuencia pierdan en el cambio en comodidad e higiene, y el haberse prohibido se construyan más para evitar incendios, son causas de que la barraca tienda a desaparecer, sobre todo de los poblados, quedando reducida a la huerta, en donde también comienza a sustituirse por viviendas modernas (110).

Algo de historia.—La etimología de la palabra no está dilucidada. Se ha supuesto que las barracas levantinas tienen su origen en las construcciones palafíticas de los tiempos prehistóricos; es muy aventurado afirmarlo e inútil el tiempo gastado en discutirlo. Gran parte de lo que hoy es la huerta valenciana, fué en época no muy lejana un lago, del que aun queda la pintoresca Albufera. Aparecen en un retablo pintado por Jaime Mateu en la primera mitad del siglo xv, representando a Santa Ana; consérvase en el Museo de San Carlos, de Valencia.

Cavanilles, en su "Historia Natural del Reino de Valencia", afirma que en tiempo de la Reconquista la playa estaba habitada por pescadores que vivían en pobres barracas de cañas y paja. El Rey Conquistador, con el fin de poblar aquellos lugares, concedió franquicias a todos los marineros que en ellos levantasen su albergue y rápidamente nació un gran caserío de barracas que Don Jaime bautizó con el nombre de Villanueva del Mar. Supónese, pues, que la barraca tuvo sus orígenes y primer desarrollo a la orilla del mar y en la Albufera y que de aquí se extendió por las huertas, lo que es muy verosímil.

Sufrieron las barracas múltiples incendios. Fué famoso el ocurrido en 1796, que consumió 107 barracas del Cabañal, barrio marítimo de la ciudad de Valencia. La parte media del pasado siglo puede considerarse como la del apogeo de las barracas, que comenzaron luego a decaer.

Los diferentes tipos.—Dentro de la unidad arquitectónica de la barraca valenciana, existen diferentes tipos. Como producto natural de los factores geográfico y humano, a poco que varíen las condiciones de éstos, ha de modificarse algo su disposición.

La descrita en párrafos anteriores es la barraca de la huerta. Diferénciase algo de ella la de los pescadores que viven sobre la playa arenosa del litoral valenciano y la de la Albufera. Las de pescadores, como el

(110) El Patronato Nacional del Turismo promovió recientemente un concurso para estimular su conservación.

fango negro de los marjales o la tierra arcillosa suelen estar lejanos, se construyen con pajas, cañas, maderas rollizas de chopo, que constituyen el armazón, y broza. El interior es pobre y sucio, sin aquel esmero y orden de las viviendas huertanas.

La barraca de la Albufera, gran laguna insalubre, separada del mar por angosta y prolongada lengua arenosa cubierta de raquítico pinar y espesos matorrales, tiene también sus particularidades típicas. Las orillas del lago, antes marjales incultos y malsanos, se han convertido en fértiles campos de arroz que cada día van ganando terreno a la laguna. Las barracas construídas allí tienen sus paredes hechas de barro negro, casi todo turba de los enormes fangales, siendo más bajas que las de la huerta; las cubiertas de paja casi arrancan del suelo, probablemente como resguardo del frío y de la intensa humedad, y, en vez de ser de dos vertientes, abarcan todo el perímetro de la barraca, redondeada por el lado posterior o por los dos extremos, forma que se ha supuesto derivada de las de las barcas usadas en la Albufera; tal vez su razón esté en la mayor resistencia que ofrece al viento y al agua una superficie curva que el encuentro en ángulo de otras dos planas. Su interior no es comparable a las huertanas. Viven juntos los pescadores que la habitan, desamparados y mugrientos, con los animales domésticos. Del techo cuelgan los trajes impermeables y en todos los rincones vense redes, *fitoras* y artes de pesca: no suele faltar la escopeta. Más cuidadas y pulcras, redondeadas por el lado posterior, son las de El Palmar, en la misma Albufera, que se levantan entre eneas y espadañas.

Hay, además, en la Albufera barracas construídas solamente de madera y de paja, con la techumbre gris, los *vivers*, destinados a viveros de anguilas, levantadas mediante estacas y apoyadas en las eminencias laterales, sobresaliendo algo del agua, dispuestas para tal fin: excepto estos apoyos, todo el espacio interior y circundante está invadido por las aguas. Tienen gran puerta, capaz para dar entrada a las barcas que llevan las anguilas pescadas, las que se conservan dentro de grandes cestos de mimbre cerrados, colgados de estacas y hundidos en el agua del interior: algunas otras barracas pueden también considerarse como semilacustres; son las que se levantan en terrenos altos de la Albufera, los que, cuando suben las aguas, quedan aislados y sin otro medio de comunicación que las barcas.

El morador de la barraca. — Constituyen una raza de agricultores fuertemente adheridos al terruño natal. Siempre en el campo desde que el

sol sale hasta que se pone y muy a menudo durante la noche, en espera del turno de riego. Cavanilles dice de ellos: "Con los brazos y las piernas al descubierto, el pecho casi siempre al aire, son duros como el bronce e infatigables; sobrios en sus comidas, reducidas a lo necesario para vivir con robustez y fuerza. Cansados de trabajar durante el día, no necesitan colchones para conciliar el sueño. Un serón, una piel lanuda de carnero y una de las mantas de sus caballos forman ordinariamente la cama; las tienen de colchones que empiezan a usar cuando se casan y que pronto



Barracas en La Albufera (Valencia)

abandonan. Se levantan antes de amanecer y empiezan sus trabajos al romper el día. A esto y a vivir cerca de sus haciendas se debe en gran parte los preciosos frutos que recogen."

El huertano es amante del jolgorio y de la fiesta ruidosa, sobre todo de las funciones de pólvora. Tiene concepto exagerado de la dignidad y del honor. La guitarra falta raramente en el ajuar de la barraca; la acompañan, como instrumentos populares, la estridente *donzaina* y el rítmico *tabalet*.

Las barracas murcianas (111).—Semejante al tipo de barraca valen-

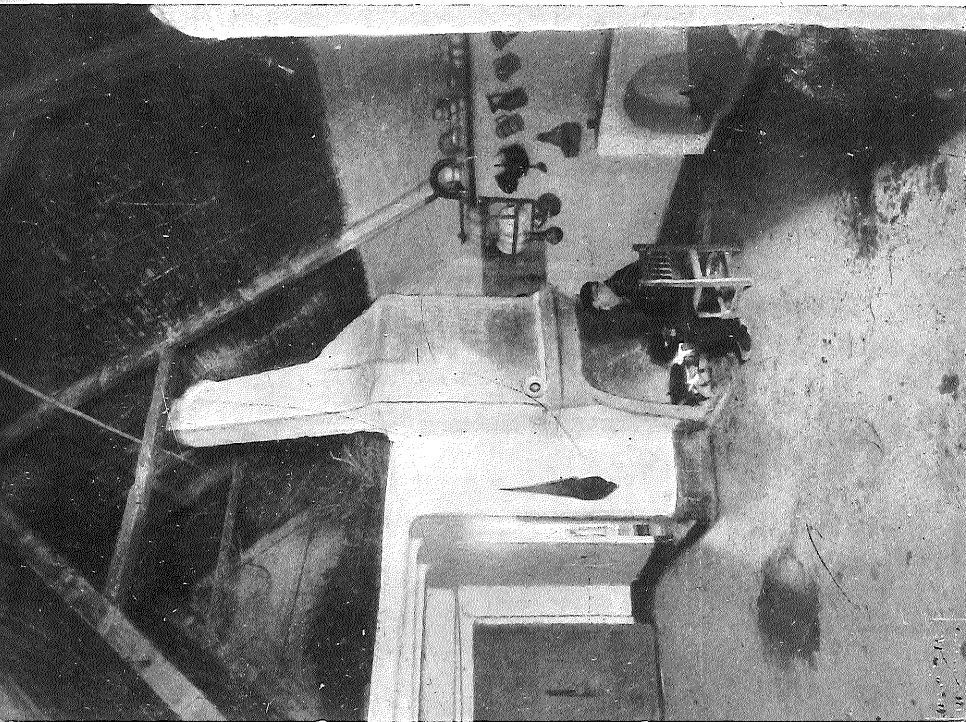
(111) Azorín, "El paisaje de España visto por los españoles", Madrid, 1917; José Marín Baldo, "Cuadros de costumbres murcianas", Murcia, 1879; don Rodrigo Amador de los Ríos, "Murcia y Albacete". (España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia). Barcelona, 1889.

ciana, aunque más provisional y ligero, es el que se encuentra entre una fecunda vegetación tropical de palmeras y chumberas en las huertas de Murcia y Orihuela, situadas ambas en la depresión del Segura, aguas abajo la segunda de la murciana. El riquísimo suelo de aluvión que las forma y su complejo sistema de riego son causas de que la población sea muy numerosa, estando diseminadísima, alcanzando su máximo en las orillas del Segura, en contraste con lo escasamente pobladas de las sierras áridas del occidente y norte de la región, cuyas primeras y altas colinas, desnudas, destacan en el horizonte luminoso con perfiles elegantes y suaves. El aire en esas vegas es transparente y cálido; el cielo, de azul purísimo. Hay en la huerta anchas y pomposas higueras; "los azarbes y las acequias brillan de agua corredora, que acá y allá se espeja brillantemente entre la verdura, al recibir los rayos vívidos del sol. Un caminejo torcido y pedregoso sube por una montaña, sin árboles, matizada de rastreras plantas olorosas. El romero, el tomillo, el cantueso, el hinojo llenan de un sutil y penetrante aroma el ambiente. De raso en raso quizás haya un macizo de pinos olorosos, henchidos de resina, que susurran a ratos al blando viento".

Las gentes que allí viven son sencillas, afables e inteligentes. "Trabajo, perseverencia y modestia: tres palabras son éstas que resumen la psicología del matiego murciano. No hay mejores hombres, mejores ciudadanos, cuando se les trata con lealtad. Pero, ¡tened cuidado con no faltar a vuestra palabra, con no vejarles, con no ultrajar su dignidad caballeresca! No habrá reivindicadores más celosos y terribles de su derecho y de su honor."

Desde hace siglos, estos labriegos viven con su familia en una habitación llamada barraca, que tiene más de choza que de casa. Se hacían hasta comienzo de este siglo del mismo modo, con idénticos materiales, forma y dimensiones que los antecesores de los hūertanos contemporáneos, pero desde sus comienzos, a causa del mejoramiento económico de los huertanos y a la facilidad de los medios de comunicación, han ido desapareciendo y hoy tan sólo quedan escasos ejemplares en los lugares más apartados de la huerta.

La planta de las barracas es rectangular, abriéndose la puerta al mediodía. No necesitan cimientos. Se construyen por los mismos labradores, que hacen los adobes para sus muros, plantan los girasoles que nacen y crecen en dos meses, vendiendo las coronas que producen y conservan los troncos fuertes y ligeros, después de secos, utilizándolos entonces como maderos de construcción de la armadura. Ellos mismos cortan las cañas



Interior de dos barracas en La Albufera (Valencia)

